

los Templarios

Fernando Díez Celaya

SUS ORÍGENES Y SU MISTERIO.

LAS CRUZADAS. LOS GRAN-

DES MAESTRES. EL

IMPERIO Y EL PA-

PADO. LOS REYES

DE JERUSALÉN.

CON UN GLOSA-

RIO DE TÉRMINOS

Y PERSONAJES.



S. 79

568



ACENTO
EDITORIAL

LOS TEMPLARIOS

Fernando Díez Celaya

Primera edición: junio 1996
Segunda edición: octubre 1996

Diseño de cubierta: Alfonso Ruano / César Escolar

© Fernando Diez Celaya
© Acento Editorial, 1996
Joaquín Turina, 39 - 28044 Madrid

Comercializa: CESMA, SA - Aguacate, 43 - 28044 Madrid

ISBN: 84-483-0125-0

Depósito legal: M-36621-1996

Fotocomposición: Grafilia, SL

Impreso en España-Printed in Spain

Huertas Industrias Gráficas. SA
Camino Viejo de Getafe, 55 - Fuenlabrada (Madrid)

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN.....	5
I. ORÍGENES DE UNA MISIÓN.....	7
1.1. Tierra Santa y la cuenca del Mediterráneo	7
1.2. Las tres religiones monoteístas.....	8
1.3. Los intereses Políticos: las cruzadas.....	9
1.4. La toma de Jerusalén	10
1.5. Una empresa destinada al fracaso.....	11
1.6. Los protectores de los peregrinos	13
1.7. Fundación del Temple	14
1.8. San Bernardo de Claraval	16
1.9. La importancia del Císter	17
1.10. Los nueve caballeros	18
II. LOS CABALLEROS DEL TEMPLO.....	20
2.1. Siervos de otros	20
2.2. Freires y maestros	22
2.3. Non nobis, Domine.....	25
2.4. Los templarios en Tierra Santa.....	25
2.5. Sufíes y cabalistas.....	28
2.6. Fieles e infieles	30
2.7. La orden en Europa: donaciones	31
2.8. Posesiones y encomiendas.....	33
2.9. Los reyes templarios.....	34
2.10. Los paladines de la causa.....	36
III. ENTRE DOS PODERES.....	39
3.1. El imperio y el papado.....	39
3.2. El acoso de Saladito.....	40
3.3. Jerusalén, la Bienamada	41
3.4. Otros maestros del Temple	43
3.5. Inocencio, azote de herejes.....	44
3.6. La oriflama de san Luis	45
3.7. Federico, ímperator mundi	45
3.8. El fin de los Hohenstaufen.....	49
3.9. Conradino, duque de Suabia.....	50
3.10. La mano izquierda y la mano derecha	51
IV. SE ALZA LA ESPADA.....	52
4.1. Los perfectos de Albi.....	52
4.2. La huida a Chipre	53
4.4. El papa de Aviñón	54
4.5. Los últimos Capetos	55
4.5. Empieza la caza	55
4.6. Las acusaciones	56
4.7. La infamia.....	57

4.8. La herejía	58
4.9. Un poder secular	59
4.10. La tortura medieval.....	60
4.11. La hoguera: París, 1314.....	62
4.12. La maldición	64
4.13. Los hermanos en la fe.....	65
V. EL MISTERIO TEMPLARIO.....	67
5.1. El templo de Salomón	67
5.2. Los extraños visitantes.....	68
5.3. Ordo Templi Salomonis	69
El arca de la alianza	70
La lanza de Longinos	71
5.4. El santo Grial	72
5.5. El arte gótico.....	72
5.6. El neotemplarismo	72
5.7. El misterio templario	73
VI. ANEXOS.....	75
6.1. Glosario de términos y personajes.....	75
6.2. Cronología	83

INTRODUCCIÓN

Ninguna orden de caballería o de cariz religioso ha despertado a través de las épocas tanto interés ni ha provocado opiniones y actitudes tan enconadas durante los dos escasos siglos que duró su existencia como la Orden de los Caballeros del Templo de Jerusalén, conocida como *Orden del Temple*.

De origen y planteamientos misteriosos pese a sus conocidos estatutos, redactados por san Bernardo de Claraval en 1128, estudiosos, filósofos, teólogos y eruditos de la tradición oculta han investigado hasta la actualidad los fundamentos de esta orden de monjes-soldados, cuyos postulados, en apariencia eminentemente cristianos, conjugaban la vida monástica con su actividad guerrera.

Creada la orden con la finalidad de defender a los peregrinos que acudían a los Santos Lugares de Tierra Santa de todo asalto, violencia o robo —al igual que los hospitalarios—, la filosofía particular y las actividades en Jerusalén de los templarios alejaron a la orden de su un primordial, guerrear contra el infiel, por lo que los caballeros del Temple se convirtieron en aliados espirituales de sufíes, *ashashins* y otras sectas esotéricas islámicas, aunque sin apartarse del espíritu cristiano de fraternidad, pobreza, obediencia y ayuda a los necesitados. Esta actitud, que dio a muchos poderes Tácticos de la época un motivo más en que fundamentar su repulsa y su alegato en contra de la orden, acercó a los templarios a metas más trascendentes que aquellas para las que, aparentemente, fueron creados y los condujo a la adquisición de una sabiduría y un conocimiento que sobrepasaría después, con mucho, las fronteras reducidas del ámbito geográfico que delimitaba su competencia.

Un siglo más tarde los templarios poseían ya grandes territorios y numerosas encomiendas, no sólo en Tierra Santa, sino también y principalmente en Francia. España. Portugal e Inglaterra.

Se trataba quizá de una experiencia política nunca llevada a la práctica en Europa: la hegemonía de la orden templaria que, como representación bicéfala de un poder político y una autoridad espiritual, se imponía en todo Occidente paulatinamente, borrando bajo el blanco manto de sus caballeros las diferencias sociales, religiosas y étnicas y unificando todos aquellos países en los que tenía predominancia. Todo ello desde el interior de la infraestructura social, política, religiosa y económica: una solapada tarea de termitas cuyos artífices no siempre se mostraron interesados por detentar el poder temporal o apoyarlo y no siempre estuvieron de acuerdo con la política ejercida por los titulares del papado o el imperio.

Entre ellos se contaron freires que educaron a príncipes; en sus filas militaron los más probados caballeros de la nobleza francesa, alemana, castellana o catalana, y hubo reyes, emperadores y papas que se vincularon secretamente a la orden o la protegieron sin ambages.

Pero, entre todos los misterios que rodearon al Temple, el más actual es quizá la idea sinárquica del gobierno del mundo que persiguieron; sus fundamentos se asentaron en las fuentes de las que, hasta entonces, habían bebido las religiones oficiales, es decir, en las creencias de las religiones místicas y en la tradición común al cristianismo primitivo, a

los druidas y a los sufíes y gnósticos, entre otras sectas. La idea del mundo gobernado por una élite de hombres virtuosos y justos que no cayesen en las trampas que ofrece el poder político era ya muy antigua y había sido enunciada por epicúreos y estoicos, pero hasta entonces nunca se había intentado seriamente llevarla a la práctica.

Quizá Alejandro Magno, Marco Aurelio u otros emperadores romanos o estadistas —de uno u otro signo— de Occidente, en un momento dado de la historia, pretendieron dar cuerpo a un ideal que tarde o temprano se convertiría en pavesas: de sus buenas intenciones sólo quedó, confusa y vaga, una idea de escuálido imperialismo, sin otro motor que el deseo humano de hegemonía y poder ilimitado sobre un pueblo o varios, el dominio del territorio vecino, la superación de la frontera mediante la campaña militar o, en última instancia, la anexión pura y simple de otros Estados a una determinada Corona.

Ésta fue, sin duda, la decadencia templaria: la constatación de que tampoco aquella orden creada con un fin universalista podría superar las trabas del interés político y del ansia de poder humanos. La tergiversación de los fundamentos ideológicos de la orden la puso en evidencia ante sus enemigos políticos y la acumulación de riquezas y poder le creó temibles contrincantes: en 1307 comenzaron los encarcelamientos masivos de templarios en París; en 1312 el concilio de Vienne dictó su disolución; en 1314, el gran maestro Jacobo de Molay murió en la hoguera, condenado por el papa y ejecutado por el brazo secular del rey de Francia,

Pero pese a la persecución de sus caballeros-monjes, la orden continuó su soterrada labor mediante el concurso de otras cofradías u órdenes militares —Santiago, Calatrava, Alcántara, la portuguesa Orden de Cristo— y sus postulados pervivieron posteriormente. En los últimos siglos, diferentes logias, sectas y organizaciones de carácter místico-religioso reivindican para sí el derecho a llamarse continuadoras de la misión templaria.

La idea cósmica de los caballeros jerosolimitanos del Templo de Salomón queda, pues, expresada ahí, en ese dramático y valeroso intento de los siglos XII y XIII, que permanece como iniciativa *ante litteram* de tendencias colectivas que ya contempla la sociedad actual y cuyo embrión fue la Sociedad de Naciones y la Organización de las Naciones Unidas (ONU). Quizá el teórico fracaso de la misión templaria estriba en que sus planteamientos se adelantaron a su época, un tiempo en el que la humanidad no estaba todavía preparada para comprender que el progreso auténtico de la sociedad mundial requiere del esfuerzo individual de las naciones para lograr un desarrollo colectivo.

F. Diez Celaya

I. ORÍGENES DE UNA MISIÓN

«No es coincidencia que la mayor orden de caballería de la historia sea el Toisón de Oro. Con lo que queda claro lo que esconde la expresión *Castillo*. Es el castillo hiperbóreo donde los templarios custodian el Grial, probablemente el Monsalvat de la leyenda.»

(Umberto Eco, *El péndulo de Foucault*).

El misterio ha envuelto desde siempre las auténticas motivaciones que surgieron en el ámbito político y religioso europeo del siglo XII para que determinadas instancias de poder decidieran la creación de una orden militar y religiosa a la vez, tan compleja en su trayectoria y tan desmedidamente poderosa en el corto lapso de medio siglo como la Orden del Templo de Salomón.

En el contexto de los avalares sociopolíticos de este siglo y de los que siguieron, destacan importantes figuras que estuvieron en relación con la orden, que la favorecieron abiertamente, que la apoyaron desde una clandestinidad sorprendente —pues se trata de un apoyo que se produjo *antes y después* de su interdicción—, que colaboraron en su engrandecimiento y quizá después en su caída y ruina, o que la combatieron sin ambages desde su fundación.

Desde san Bernardo de Claraval, su presunto fundador, a Inocencio III o Clemente V; desde el emperador Federico II Hohenstaufen al rey de Francia Felipe IV el Hermoso, pasando por los reyes trovadores, los condes-reyes templarios catalano-aragoneses, los condes de Provenza, los sultanes de Egipto o los reyes de Jerusalén: todos ellos se interesaron por los templarios, por su sabiduría, sus secretos y su poder, basado muy en parte en su floreciente economía.

1.1. Tierra Santa y la cuenca del Mediterráneo

En el siglo XII, hacia el año 1128, fecha en que se aprobó la creación de la Orden del Temple en el concilio de Troyes, la cuenca mediterránea se hallaba cada vez más sometida a la influencia del islam, que llegó en un avance incontenible hasta Occidente de mano de los diversos pueblos y naciones árabes que acabaron instalándose en las fértiles orillas de un mar al que los romanos llamaron *Mare Nostrum*. El sur de la península Ibérica pertenecía a los príncipes omeyas de Córdoba y a otras familias de origen damasceno o simplemente magrebí cuyos territorios degeneraron en los reinos de taifas; en esta época, los invasores almorávides y almohades se alzaron con el poder, al igual que en toda la costa norteamericana, y su influencia se extendió por el centro del territorio peninsular hasta abarcar los reinos moros de Valencia y Zaragoza, que lindaban peligrosamente con los territorios portugueses, castellano-leoneses y catalano-aragoneses. Y mientras que el sur de Francia ya se hallaba libre de los conquistadores musulmanes —pues éstos, en su avance, habían llegado hasta el Rosellón—, y lo mismo sucedía con la península Itálica, la amenaza y el empuje del islam continuaba siendo notable en el archipiélago y la península helenos,

sede del imperio bizantino de Constantinopla, en la península de Anatolia, donde triunfaba y se expandía cada vez más el imperio selyúcida de Bagdad, y en Egipto, donde reinaban fatimíes y ayubíes.

Ya en el siglo XV, el cristianismo hispanovisigodo habría arrojado de la península Ibérica al último rey moro tras la toma de Granada (1492) y los Santos Lugares obrarían de nuevo en poder del sultán de Egipto. A mediados del siglo XVI el imperio otomano había tomado el relevo a la preponderancia árabe y dominaba toda la cuenca mediterránea, a excepción de la zona correspondiente a Europa occidental y un nuevo peligro se cernía sobre la cristiandad: los ejércitos del imperio turco llegarían hasta las puertas de Viena, para conmoción de Europa entera.

Pero en 1128 sólo una zona en la cuenca oriental del Mediterráneo pertenecía al orbe cristiano: el reino latino de Jerusalén, es decir, la franja que delimita los Estados Latinos en Palestina, en ese momento en poder de los nobles europeos o de sus sucesores, que se habían abierto camino hasta el Mediterráneo oriental merced a las *cruzadas* predicadas por los papas romanos. Estas expediciones bélicas habían surgido como una necesidad religiosa de recuperación de los lugares que la cristiandad consideraba sagrados, en territorio sirio, pues en ellos había transcurrido la vida, la pasión y la muerte de Jesús de Nazareth. Sin embargo, las instancias cristianas del momento —la jerarquía de la Iglesia católica— olvidaba que aquellos lugares eran también sagrados para judíos y musulmanes, pues en ellos habían vivido y predicado, al igual que Jesús el Cristo, tanto Moisés como Mahoma. Por eso, Jerusalén, la Ciudad Sagrada, era también «la tres veces santa», y en ella subsistían las ruinas del que fuera el templo de Salomón —la mezquita de al-Aqsa—, que fue edificado según las estrictas normas que Yahvé había dado a Moisés y cuya construcción aparecía puntualmente detallada en el *Libro* por antonomasia, respetado también por las tres religiones monoteístas surgidas a orillas del mismo mar: la Biblia. Como se verá, tanto este privilegiado emplazamiento y su tripartito pasado religioso como las enseñanzas bíblicas referentes al templo de Salomón obraban ya en conocimiento de los fundadores de la Orden del Temple cuando arriban a Jerusalén en 1118 y se presentan ante el rey Balduino II.

1.2. Las tres religiones monoteístas

Las tres religiones monoteístas por antonomasia, judaísmo, cristianismo e islam, predicán, en esencia, lo mismo: la salvación del alma por medio de la fe y de las obras. La fe en un único Dios: para los cristianos, el Padre, del que procede el Hijo hecho hombre; para los judíos, Yahvé, que ha elegido y guiado al pueblo israelita, y para los musulmanes, Alá, el Misericordioso, que ha inspirado a Mahoma las enseñanzas del Corán. Pero, por desgracia, estas tres religiones —o, al menos, la interpretación que de ellas y de sus sagrados textos hacen sus sacerdotes y exegetas— son excluyentes, pese a su monoteísmo y a su creencia en un único Dios misericordioso, justo, sabio y omnipotente.

Estas divergencias y la necesidad política de aplicar criterios religiosos a actuaciones en el terreno económico y sociopolítico provocaron durante siglos sangrientas guerras de religión en las que ninguno de los tres credos enunciados renunciará a la violencia o a métodos expeditivos para predominar o abrirse camino frente a uno de los otros dos. Más allá de las

medidas que en muchos países y en todas las épocas se tomaron contra los judíos (1306, expulsiones masivas en Francia; 1492. expulsión definitiva de Castilla y Aragón), los enfrentamientos entre cristianos y musulmanes provocaron serias crisis de identidad en numerosos pueblos, y en muchos lugares en los que existía una tradición tolerante y una convivencia pacífica de las tres religiones (Toledo, Zaragoza, Narbona) se asistió con horror a pogromos y autos de fe. La guerra empezaba a ser santa para los cristianos (*bellum justum* y *bellum sacrum*) y para los musulmanes (*yihad*¹), y el conflicto bélico se apoyaba en premisas y expectativas que obedecían a motivaciones ya muy antiguas: conquista de nuevos territorios, expansión política sustentada en la expedición militar, sojuzgamiento de etnias extranjeras, sometimiento de credos no ortodoxos y apertura a nuevos mercados e intercambios comerciales.

1.3. Los intereses Políticos: las cruzadas

Las cruzadas surgieron por dos motivos: los meramente espirituales y los económicos. Los primeros obedecían a una necesidad íntima de miles de personas que, acosadas por la urgencia de trascendencia espiritual, se ponen en marcha desesperadamente, como si se tratara de una migración animal abocada a la autodestrucción, y que consolidó el fenómeno de la cruzada espiritual propiamente dicha. Este impulso colectivo recibió posteriormente el espaldarazo de la jerarquía religiosa católica, dispuesta a fomentar en una época de peligroso oscurantismo, como los albores del siglo XII, todo aquello que, a la larga, representase una ocasión para asentar sus privilegios, lucrativos o políticos, toda vez que a partir de esta época la Iglesia católica se configuró en Occidente como el Estado más poderoso y acaudalado de la cristiandad, al que sólo los templarios eran capaces de salir fiadores y prestar sumas fabulosas.

Los motivos económicos de la aventura cruzada radican precisamente en esta necesidad que tenía la Iglesia de aumentar y consolidar su patrimonio. Las naciones católicas enarbolan el estandarte de la fe y marchan a Tierra Santa a arrojar a los *infieles* de los santos lugares y de toda Palestina, pero a nadie se esconde que tras la pretensión religiosa subyace sin paliativos un programa de conquista de nuevos territorios, encaminado a conseguir que los convoyes y las naves comerciales transiten pacíficamente por las rutas de la seda y de las especias, liberar el Mediterráneo y acceder al exótico mercado de Oriente, como intentaría Marco Polo; crear un punto de anclaje de ejércitos Celes a la cristiandad (el reino latino de Jerusalén) que sirva de arsenal y frontera ante el avance del islam. Y en todo esto, una orden militar como la templaría se revela como algo muy importante y necesario, pues puede actuar en los territorios sometidos como núcleo difusor de ideologías y como cuerpo policial.

La carestía, el hambre, las epidemias, la penuria que aflige a las clases populares, sumado

¹ El concepto islámico de *yihad* o el cristiano de «guerra santa» se remontan en todos los casos a la tradición más purista y hacen referencia a una actitud personal del individuo para consigo mismo: el creyente debe «guerrear» contra sí, contra su naturaleza inferior, para acceder a planos superiores de espiritualidad y perfección. La acepción de este concepto que implica combate físico y fanatismo religioso no es propiamente espiritual, pues se fundamenta en una interpretación torcida y falaz de las Sagradas Escrituras de ambas religiones.

todo ello a la falta de cultura, hacen de la masa global de la población europea un terreno fértil donde la exaltación religiosa sembrará la simiente de esperanza que conduce al hombre medieval al fanatismo o a la locura: los predicadores y la concepción trascendental y última de la existencia, azuzada por la imagen de un más allá siempre inmediato y terrorífico para una humanidad desasistida y la mayoría de las veces depauperada, es el mecanismo que libera el resorte psicológico por el que las masas adoptan soluciones drásticas y en ocasiones suicidas (cruzada popular de Pedro el Ermitaño, cruzada de los Niños) ante sus conflictos de identidad colectivos, generados la mayoría de las veces por el ansia que provoca una vida de pobreza, opresión y enfermedad, en continuo pulso con la muerte, y una expectativa escatológica basada en una visión del más allá nada alentadora, asentada en la idea de culpa y expiación, una óptica dualista y radical que deja al hombre medieval muy pocas posibilidades de salvación última y lo aboca casi irremisiblemente a las penas del infierno. En este contexto, la santa *cruzada*, emprendida en nombre de Dios para salvación de naciones y de almas, es una solución a corto plazo².

La *I Cruzada*, predicada por Urbano II en el concilio de Clermont-Ferrand (1095), pretende conquistar territorios, someter al infiel y terminar con las luchas intestinas entre la caballería italiana y sobre todo franca, cuya levantisca nobleza abusa de la población en general, burgueses o siervos, que se ven acosados entre las depredaciones de sus señores naturales y el bandolerismo. Los ejércitos cruzados marchan al unísono bajo la divisa papal: «Dios lo quiere».

1.4. La toma de Jerusalén

Jerusalén, 15 de julio de 1099. Frente a los muros de la ciudad tres veces santa se congrega un poderoso ejército procedente de Constantinopla, adonde han ido convergiendo poco a poco y desordenadamente las mesnadas de diversos señores francos y de la nobleza europea. La considerable fuerza de estos ejércitos consigue abrirse camino hasta Jerusalén y sitiarla. Después de un largo y penoso asedio, las tropas al mando de Godofredo de Bouillon, duque de la Baja Lorena, toman por asalto la ciudad a los musulmanes. Tras el fragor de la batalla, la sagrada ciudad hierve de fuego y de sangre; en sus torreones y en los matacanes de sus murallas ondean las banderas internacionales de los cruzados: acaba de crearse el reino latino de Jerusalén, que quedará bajo la autoridad de los Bouillon y los Lusignan. Godofredo de Bouillon, incapaz de «ceñir corona de oro allí donde Cristo sufrió la de espinas», se declara no rey, sino *Protector del Santo Sepulcro*.

Más tarde, los ejércitos cruzados expanden su influencia militar y política en la zona y recaban para sí parte de los territorios ocupados por Siria, donde crean el principado de Antioquía y los condados de Edesa y Trípoli.

Para proteger el territorio se habilitan las órdenes de caballería y sus miembros, mitad monjes, mitad soldados, combaten junto a los cruzados, cabalgan al flanco de sus

² «La repentina aparición de los *prophetae* predicando la cruzada daba a estas masas afligidas la oportunidad de formar grupos salvacionistas en una escala mucho más amplia y al mismo tiempo de escapar de tierras en las que la vida se había hecho intolerable». COHN, Norman: *En pos del Milenio*, Alianza Universidad, Madrid, 1985.

caravanas, recorren las desiertas rutas de Tierra Santa para proteger a los peregrinos de los ataques del bandolerismo y de las escaramuzas de los guerreros musulmanes. Con este fin se crean las Ordenes del *Temple* (1118), de los *Caballeros Hospitalarios* (1120) y de los *Caballeros Teutónicos* (1198), aunque éstos sólo actuarán fuera de Palestina, en los territorios regados por el Báltico.

1.5. Una empresa destinada al fracaso

En 1144 san Bernardo de Claraval, figura señera de la cristiandad que ya se había ocupado de la creación de la orden del Temple, predicó la // *Cruzada* (1144-1148), que fracasó completamente. En ella intervinieron el rey Luis VII de Francia y el emperador de Alemania Conrado III Staufen, quienes acometieron el frustrado asedio de Damasco.

Durante la *III Cruzada* (1187) se perdió Jerusalén, aunque se conservaron Jaffa y San Juan de Acre. En ella participaron el rey de Francia Felipe II Augusto, el emperador de Alemania Federico I Barbarroja, que murió ahogado en el Salef mientras se bañaba, y el rey de Inglaterra, Ricardo Corazón de León, quien guerreó incansablemente contra Saladino, pero cuyo comportamiento atizó profundas divisiones entre los príncipes cristianos, ante Felipe Augusto y ante el emperador Enrique VI, de quienes era vasallo³.

Los artífices de la *IV Cruzada* (1202) desviaron su objetivo y, azuzados por los intereses comerciales y hegemónicos de Venecia, atacaron Constantinopla, para oprobio de la cristiandad y desesperación de Inocencio III, en lugar de volver a liberar Tierra Santa. Tras la toma de la metrópoli bizantina (1204) se creó un nuevo Estado en la región llamado Imperio latino de Constantinopla, ciudad que sufrió el asedio y la destrucción a manos de los cruzados cristianos, que derruyeron palacios y arrojaron al mar los tesoros artísticos de la Grecia clásica, y el vandalismo y la codicia de los venecianos⁴.

La *V Cruzada*, predicada en el concilio de Letrán (1215), fue dirigida por el rey Andrés II de Hungría y el rey de Jerusalén, Juan de Brienne. Fue un fracaso.

La *VI Cruzada* (1223) fue comandada por el emperador Federico II Hohenstaufen. quien consiguió milagrosamente, sin derramamiento de sangre y tras diversos acuerdos con el sultán de Egipto, el condominio confesional de Jerusalén, Belén y Nazareth, mucho más de lo que habían logrado sus más esforzados predecesores, quizá ayudado o en connivencia

³ La gloriosa leyenda de Ricardo Corazón de León (1157-1199) no corresponde a la realidad de los hechos. Rey de Inglaterra, antepuso siempre sus intereses personales a los del reino. Vasallo del rey de Francia, Felipe Augusto, se enemistó con él en Tierra Santa, por lo que este monarca favoreció luego los intereses de Juan Sin Tierra, hermano de Ricardo, sobre el trono de Inglaterra. En el mismo orden de cosas, durante el asedio a San Juan de Acre (1191), Ricardo ofendió mortalmente al duque Leopoldo de Austria, pues no tuvo reparo en apartar el estandarte que el austriaco había clavado en los muros de la ciudad para colocar el suyo propio: a su paso cerca de Viena y de regreso de la cruzada, el duque lo hizo prisionero y lo retuvo dos años, con la aquiescencia imperial, hasta que Inglaterra pagó el correspondiente rescate.

⁴ Los primeros monarcas del artificial Imperio latino de Constantinopla fueron: Balduino I, conde de Flandes (1204-1205), su hermano Enrique (1206-1216), Pedro de Courtenay (1217), casado con la hermana de los anteriores, y ésta última, Yolanda (1217-1219).

con los templarios de Jerusalén, según unos, y en franca oposición con éstos, según otros⁵.

La *VII Cruzada*, predicada en 1245 en el concilio de Lyon y dirigida en 1248 por san Luis, rey de Francia, atacó el sultanato de Egipto. Esta expedición fue un completo fracaso y pareció que el destino no aprobaba ninguna maniobra que no fuera encaminada a la conquista de los santos lugares: el rey de Francia cayó enfermo y prisionero de los musulmanes junto a varios caballeros de la nobleza francesa; por todos ellos se hubo de pagar un crecido rescate para que recuperasen su libertad y pudieran regresar a su país.

No contento con este resultado, san Luis organizó la *VIII Cruzada* 20 años después, en 1268, que se encaminó a Túnez. Pero tampoco en esta ocasión se obtuvieron resultados favorables para la causa cruzada: el rey de Francia, que iba a la cabeza de los ejércitos, y varios miembros de la familia real murieron de peste a las puertas de la ciudad de Túnez (1270).

Pero las cruzadas no respondieron a un ideal eminentemente pacifista y aglutinador de ideales e ideologías, ni entre los europeos ni para con los pueblos sometidos, pues se fueron desviando de su fin principal, la liberación de Palestina, y el poder de los papas utilizó las expediciones cruzadas como objetivo para consolidar sus personales intereses o los de la Iglesia. Así, Inocencio III llegó a predicar una cruzada contra los albigenses, también llamados *cátaros* (1208-1213), y Gregorio IX contra el emperador Federico II Staufen, ante los ataques de éste a la liga lombarda o contra el rey de Aragón y Cataluña. Pedro III, cuando éste tomó partido por los sicilianos en contra de la Casa de Anjou, cuyos desmanes en Sicilia había apoyado la Santa Sede y el propio san Luis, rey de Francia (Vísperas Sicilianas, 1282).

Otras cruzadas se iniciaron impelidas por el fanatismo popular: ya la I cruzada había empezado con las ardorosas predicaciones de Pedro de Amiens, llamado *el Ermitaño*, que arrastró a una considerable multitud de hombres, mujeres y niños (unos 10.000). Tras numerosas penalidades, sin detenerse ante el saqueo y la violencia cuando necesitaban procurarse alimentos, llegaron a Asia Menor, donde los ejércitos otomanos acabaron con ellos limpiamente. En 1212 surgió la cruzada *de los Niños*, encabezada por un pastorcillo de Vendôme, en Francia. De nuevo un inmenso tropel de 30.000 niños y jóvenes se dirigió a Jerusalén sin orden ni concierto, y a ellos se añadieron toda suerte de truhanes y fanáticos. En Marsella embarcaron en varias naves, engañados por mercaderes de esclavos que los condujeron a Egipto, donde fueron vendidos como siervos y a los serrallos. En 1250 se repite el fenómeno y se pone en marcha la cruzada *de los Pastorcillos*, en la que participaron miles de jóvenes alemanes, que fueron pereciendo trágicamente en su marcha hasta Bríndisi.

En la península Ibérica, los monarcas portugueses, castellanos y catalano-aragoneses quedaban exonerados de la participación en las expediciones a Tierra Santa por considerar los papas que la liberación que habían emprendido de la península de la hegemonía musulmana respondía a los mismos ideales de consolidación y defensa de la cristiandad.

Para completar el panorama de las expediciones cruzadas, sólo resta añadir que en 1291 los sirios se adueñan definitivamente de todas las posesiones enajenadas por los cristianos europeos y toman San Juan de Acre, Tiro, Beirut y Sidón. Los templarios, que habían representado un gran apoyo para las fuerzas militares y civiles en Tierra Santa y en todo el

⁵ GRIMBERG. Cari: *La Edad Media*, Historia Universal Daimon, Madrid, 1973.

Mediterráneo, pasan a Chipre, donde permanecerán hasta la disolución de la compañía (1312).

1.6. Los protectores de los peregrinos

Con la conquista de Tierra Santa en 1095 surge el fenómeno de las grandes peregrinaciones de los cristianos europeos a Palestina, deseosos de contemplar el Santo Sepulcro y pisar la tierra sagrada en que Cristo sufrió pasión y muerte. Pero el viaje, ya de por sí plagado de peligros y sobresaltos en territorios cristianos, pese a las bulas papales que establecían inmunidad a los peregrinos y aseguraban la protección eclesial de sus familias, tierras y patrimonios mientras durase su devoto periplo, era todavía más arriesgado en los países delimitados por tierras de *infieles*, pues los viajeros se exponían de continuo a ser asaltados por grupos de bandoleros y, sobre todo, a ser certero objetivo de beduinos saqueadores o de los temibles y fieros *ashashins*. Por este motivo precisamente y para socorrer a los necesitados de ayuda en rutas, pasos y fronteras, a la labor desarrollada por los benedictinos, que ya antes del siglo XI poseían los dos monasterios de Santa María Latina y de Santa María Magdalena, se añade, en 1113, mediante bula papal publicada por Pascual II, la creación de la orden del *Hospital de San Juan Limosnero de Jerusalén*, fundada por Raymond du Puy, cuyos miembros, los hospitalarios, socorren a enfermos y desasistidos, aunque también se ocupan de la seguridad en los caminos. Pese a esto y con una motivación más directamente militar, se funda en 1128 la Orden del Templo de Salomón, una milicia compuesta por monjes-soldados cuyo objetivo primordial es proteger y defender a los peregrinos cristianos en Tierra Santa, pero también combatir directamente contra el infiel, servir de avanzadilla cristiana en castillos y fortalezas fronterizas con los reinos musulmanes y patrullar las rutas, acompañar caravanas y, más tarde, realizar misiones diplomáticas y secretas de alta envergadura.

Cruzada	Año	Promotores, participantes
/	1095	Urbano II, Godofredo de Bouillon. Toma Jerusalén.
//	1144	Eugenio III. Luis VII de Francia, Coronado III de Alemania.
III	1187	Federico Barbarroja, Felipe Augusto, Ricardo Corazón de León.
IV	1202	Inocencio III. Creación del Imperio latino de Constantinopla.
V	1215	Andrés de Hungría, Juan de Brienne.
VI	1223	Honorio III. Federico II Hohenstaufen. Cesión de Jerusalén.

VII	1248	Luis IX de Francia, el santo.
VIII	1268	Luis LX de Francia muere en Túnez (1270).

1.7. Fundación del Temple

Pese a la conquista de los territorios palestinos en los que quedaban enclavados los Santos Lugares y la fundación del reino de Jerusalén, la seguridad de los pobladores cristianos era precaria, por lo que el rey Balduino realiza en 1115 un llamamiento a los cristianos de Oriente, petición que Balduino II reiterará en 1120, esta vez dirigida a Occidente. Más o menos en 1118, un caballero francés, *Hugues de Payns* —que, según algunos historiadores, es catalán y su verdadero nombre es Hug de Pinós, pero en todo caso su procedencia resulta de difícil determinación—, acude ante Balduino, rey de Jerusalén, y solicita, junto a ocho caballeros franceses y flamencos, la aquiescencia real para defender a los peregrinos cristianos en su transitar por Tierra Santa. El rey accede y, como se verá más adelante, les concede privilegios y les entrega las edificaciones correspondientes al antiguo Templo de Salomón para que vivan en él, de lo que resulta que los nueve caballeros habitan prácticamente en el sagrado recinto cuya construcción y derrumbamiento narra la Biblia.

Nueve años más tarde, tras la previa incorporación a la orden del conde Champaña (1126), Hugues de Payns y algunos de los caballeros templarios parten hacia Francia, donde expondrán, en el *concilio de Troyes* (1128), la necesidad de la incipiente «orden» de obtener unos estatutos aprobados por la Iglesia; solicitar consejo a san Bernardo, abad de Claraval, sobre cuestiones preeminentemente de conciencia (recordemos la dicotomía entre «guerra justa» y «guerra santa»), y reclutar frailes-soldados para Tierra Santa, pues cada vez son más necesarios. Así, pues, san Bernardo redacta los estatutos y participa directamente en la puesta en marcha de un proyecto al que, según parece, tampoco es ajena la Orden del Císter ni el abad de Citeaux, Esteban Harding.

El papa Honorio II (1124-1130) decide la aprobación de los estatutos de la orden y da su visto bueno al proyecto: la creación de una orden que proteja a los peregrinos en Tierra Santa y haga practicable las rutas que los conducen hasta el Santo Sepulcro. Quizá y a decir de muchos, existen otros motivos soterrados para la fundación de una orden religiosa y militar que, en teoría, va a realizar las mismas misiones y prestar idénticos servicios que la ya existente de los hospitalarios. Se trata, pues, de una misión aparente a los ojos del siglo, defender peregrinos, nada más necesario y natural en el contexto de una Tierra Santa perennemente amenazada durante los dos siglos de vigencia de la orden por conflictos bélicos y políticos. La propia Jerusalén, sede de la casa madre, cae varias veces en poder de los *infielos* y la ciudad se ve continuamente sometida a intercambios, negociaciones y tratados internacionales,

Así pues, más allá de la protección de los peregrinos, los templarios se van a encargar de la defensa de los intereses de la cristiandad en Oriente, intereses tanto políticos como decididamente económicos, pero siempre vinculados con la política hegemónica de la Santa Sede, pues no en vano el papa, de quien depende directamente la orden y sus grandes

maestros, es la máxima figura de la Iglesia de Cristo, y a él deben obediencia no sólo los órdenes militares sino las principales jerarquías seculares, a la cabeza de todas ellas, el sacro emperador romano-germánico.

Los templarios, como monjes-soldados, luchan al lado de la cristiandad y de los ejércitos procedentes de Europa occidental; crean sus encomiendas y erigen sus poderosas fortalezas; intervienen en la redacción de las leyes, en los pleitos dinásticos, en la economía europea, trayendo y llevando —y prestando— dineros, como primero los Fugger y luego los Taxi, hasta edificar un imperio fabuloso, impensable algunas décadas antes de su fundación, un auténtico Estado dentro del Estado, como *corpus separatum* del reino de Francia primero y de la jerarquía eclesiástica romana después.

Todo ello, además de sorprender, incita a la investigación y en este terreno, como siempre sucede cuando la historia no aporta pruebas definitivas de los hechos, surge la leyenda y se crean diversas líneas de seguimiento; entre ellas destacan las dos corrientes contrapuestas propias de toda situación dual irresoluta: algunos historiadores y estudiosos propugnan la teoría de que la orden templaria fue creada para la consecución de fines secretos, relacionados con el descubrimiento de grandes verdades esotérico-místicas que los poderes oficiales habían silenciado durante siglos (Louis Charpentier), y para la creación y desarrollo de un imperio universal sinárquico y añaden a los motivos de su creación la persecución de teorías trascendentalistas y espirituales de primer orden, cuyo estudio y práctica cambiara al hombre y a la humanidad y lo proyectase a una nueva época de elevación espiritual (ATIENZA, J. G.: *La meta secreta de los templarios; La mística solar de los templarios: Guías de la España mágica*, entre otras obras, Ediciones Martínez Roca, Barcelona, 1983. *Guía de la España templaria*. Editorial Ariel, Barcelona, 1985).

Pero existen otros que niegan decididamente toda implicación trascendentalista de la obra y la misión de los templarios y limitan el análisis de la orden al mero panorama político y religioso medieval y renuncian a plantearse interrogantes y enigmas que, en muchos casos, saltan a la vista o por lo menos sorprenden (DEMURGER, Alain: *Auge y caída de los templarios*, Ediciones Martínez Roca. Barcelona, 1986).

Ante interpretaciones de este cariz no estaría de más sacar a colación las palabras de Jacques Bergier respecto de otro fenómeno contemporáneo bien conocido y nunca lo suficientemente analizado: «El nazismo constituyó uno de los raros momentos, en la Historia de nuestra civilización, en que una puerta se abrió sobre otra cosa, de manera ruidosa y visible. Y es singular que los hombres pretendan no haber visto ni oído nada, aparte de los espectáculos y los ruidos del desbarajuste bélico y político»⁶.

En otro orden de cosas, las opiniones sobre los *militēs Templi Salomonis* abarcan un amplio abanico de interpretaciones de su gesta, desde quienes sostienen que los templarios pertenecieron a un orden precristiano y secular, de origen druídico, que nada tuvo que ver con los postulados de la Iglesia romana y que nació para proteger a cataros, gnósticos y sufíes, hasta los que afirman que su meta fue rotundamente anticristiana y alejada de todo impulso renovador y progresista, pasando por los que sostienen que la orden fue la excusa tras la que se parapetaron las actividades de ciertas sociedades secretas de los siglos XII y XIII, de cuyas fuentes bebieron los órdenes rosacruceanos y francmasonicos de los siglos XVIII y XIX, hasta las teorías más descabelladas. Entre todos ellos destacan: P.

⁶ PAUWELS, L. y BERGIER, J.: *El retorno de los brujos*. Biblioteca Fundamental Año Cero, Madrid, 1994.

PARTNER, *El asesinato de los magos. Los Templarios y sus mitos*; Robert AMBELAIN: *Jesús o el secreto mortal de los templarios*; Rafael ALARCÓN: *A la sombra de los templarios* (títulos todos publicados por Ediciones Martínez Roca, Barcelona).

1.8. San Bernardo de Claraval

Bernardo (1090-1153), fundador y primer abad de Claraval (Clairvaux, Francia), doctor de la Iglesia, ardoroso predicador de la II Cruzada, está considerado por muchos el verdadero fundador e inspirador de la orden; de hecho, su texto *De laude novae militiae* está dedicado a analizar las dificultades y contradicciones de una orden militar como la templaría, que pretende ser, por un lado, religiosa —y, por tanto, dedicada a la oración y a la compasión— y, por otro, militar —abocada a la guerra y al homicidio—. Pero ya el santo varón se encarga de dejar claros los conceptos de homicidio penado y homicidio en nombre de Cristo, lo que disculpa e incluso ensalza. Éste es el fundamento de la «guerra santa».

De cualquier forma, la figura de Bernardo se presenta como impulsor de la nueva orden y su carácter enérgico y decidido consigue que el proyecto sea aprobado y reconocido, para bien de la cristiandad, que necesita de los esfuerzos de estos *milites Christi*, «soldados de Cristo», un término ya controvertido en la propia época de la fundación de la orden, pues no en vano se alzan numerosas voces, sorprendidas por este nuevo ejército militante que no tiene reparo en recurrir a la espada para defender la fe por medio de la sangre. Hay que tener en cuenta que, hasta el momento, los enfrentamientos entre ambas religiones —el cristianismo y el islam— habían sido dirimidos mediante pacíficos acuerdos, allí donde coexistían ambas religiones, o mediante métodos más expeditivos —en cuestiones fronterizas o entre reinos—. Pero nunca se había visto que monjes profesos no tuvieran reparo en acudir a las armas para solventar las diferencias con otras religiones. Esto sentaba un peligroso precedente y creaba un vacío legal en la aplicación de la doctrina católica: si los siervos de Cristo podían recurrir a la espada con toda impunidad, teniendo incluso el Paraíso por recompensa, como sucedía con los integrismos musulmanes (chutas) o los primitivos cultos germánicos, se violaba flagrantemente la ley mosaica.

De este modo, se santifica la guerra y la muerte violenta del enemigo, aunque san Bernardo se cuida de aclarar que «se trata de enfrentarse sin miedo a los enemigos de la cruz de Cristo»⁷, sin pararse a pensar que es precisamente Cristo el que renuncia, con su ejemplo personal, según los Evangelios, a utilizar la violencia de las armas contra los enemigos de la fe (Le 22, 47-54).

Pese a la postura tan ortodoxa y tan en consonancia con la doctrina oficial de san Bernardo, no en vano *doctor Ecclesiae*, no faltan autores que sospechan intereses y motivaciones ocultas en su actuación y, quizá con exceso de imaginación, lo convierten en el misterioso abad de secreta conducta que, aparentemente hijo predilecto de la Iglesia romana, realiza toda una labor de zapa para, solapadamente, crear una orden de monjes-soldados cuyos estatutos les posibiliten poco a poco una independencia inusitada de la jerarquía

⁷ En 1139, el papa Inocencio II hace pública la bula *Omne datum optimum*, que arroja luz sobre la misión del Temple y en cuyo texto, que coincide con los presupuestos de san Bernardo, se afirma que los templarios son defensores de la Iglesia católica por expresa voluntad divina y adversarios de los enemigos de Cristo.

eclesiástica. Monjes sujetos tan sólo al fallo del papa en última instancia y de cuya obediencia se pudieran desligar en un futuro gracias al inmenso poder de la orden, económico y, por tanto, también político y social.

De ser cierto esto, Bernardo habría sido el artífice de un poderoso movimiento basado en postulados ideológicos y religiosos precristianos, encaminado a desarrollarse en el seno de la cristiandad, precisamente con el único fin de acabar con la hegemonía de ésta y de acelerar el advenimiento del reino de los Mil Días que la Biblia preconiza.

Pero, más allá de las especulaciones, la doctrina y la figura de san Bernardo se conforman puntualmente a los patrones tradicionales de obediencia a la Iglesia, como demuestran sus escritos, pese a que en ciertas ocasiones tome la pluma para enmendar la conducta de algún pontífice. Bernardo es, ante todo, un hombre de iglesia, devoto y estricto, que quizá no llega nunca a sospechar el poder inmenso y los tortuosos caminos que recorrerán dos siglos más tarde sus hijos predilectos, los *milites Christi*, los soldados del Templo de Salomón a los que ha prestado todo su apoyo y esfuerzos.

1.9. La importancia del Císter

La Orden del Císter, fundada por san Roberto en la abadía de Citeaux, Francia, en 1098, como renovación y recuperación de los ideales benedictinos y pureza de la regla original, intervino directamente en la creación de la Orden del Temple. Ya san Bernardo, abad de Claraval, presunto fundador o, al menos, inspirador de la orden, redactó sus estatutos y animó a sus familiares, sobre los que al parecer ejercía un gran ascendente, que a la sazón eran condes de Champaña o vivían en dicho condado, para que participasen directamente en la fundación de la orden, se vincularan a ella o la favorecieran con donaciones y legados.

Hugues de Payns, el primer gran maestre del Temple, es señor feudal de un territorio cercano a Troyes y está emparentado con los condes de Champaña; André de Montbard, uno de los *nueve caballeros*, es tío del propio san Bernardo. Y san Bernardo, como sabemos, es el abad fundador de la abadía de Claraval, perteneciente a la orden del Císter (y de otras 343 casas abaciales), orden que hasta la fundación del Temple era refugio de caballeros y trovadores cuando éstos, hastiados de las pasiones del siglo, decidían retirarse a la vida contemplativa y recoleta de sus claustros (Bertrán de Born, Bernart de Ventadorn), donde abandonaban sus sirventeses por la divisa *ora et labora*⁸.

El movimiento renovador del Císter, apoyado en las abadías de Claraval, Citeaux. La Ferté. Pontigny y otras, recabó considerable poder y autoridad y desbancó a la antaño todopoderosa Orden de Cluny, de la que procedía y cuya regla enmendaba, en un intento por regresar a las fuentes primigenias de la pobreza benedictina, sobre todo durante la

⁸ El trovador Albrecht Von Johansdorf (h. 1200) canta: «Me he hecho cruzado por Dios (...). Que Él me cuide para que vuelva, pues una dama tiene gran pena por mí (...). Pero si ella cambia de amor, que Dios me permita morir». Y el emperador Enrique VI en un rapto de amor cortés: «Saludo con mi canción a mi dulce amada / a la que no quiero ni puedo abandonar», versos que sin duda no dedicó a su esposa, la reina Constanza de Sicilia, a cuya familia mandó asesinar ante sus propios ojos (ALVAR, C.: *Poesía de trovadores, trouvères y Minnesinger*. Alianza Tres, Madrid, 1982).

titularidad de san *Esteban Harding* (1109-1134) como abad de Citeaux, quien encargó a sus monjes la ardua tarea de descifrar y estudiar los textos sagrados hebraicos hallados en Jerusalén, después de la toma de la ciudad en 1095, con ayuda de los sabios rabinos de la Alta Borgoña.

El Císter participó en la fundación de la Orden del Temple y también en la creación de los Órdenes militares de Calatrava (1164), Alcántara (1213) y Aviz (1147), que, curiosamente, heredarían y serían, pese a todo, continuadoras del Temple tras su proscripción.

Los privilegios de la Orden del Císter encierran una fórmula que empleaban los caballeros templarios y en la que el neófito postulante, admitido a la orden, jura, además de los extremos relacionados con la fe, obediencia al gran maestro, defender a la Iglesia católica y no abandonar el combate aun enfrentado a tres enemigos. Y, por su parte, el juramento de los maestros templarios afirma, «según los estatutos prescritos por nuestro padre san Bernardo», que «jamás negará a los religiosos, y principalmente a los religiosos del Císter y a sus abades, por ser nuestros hermanos y compañeros, ningún socorro...»⁹. Esta frase da pie a algunos estudiosos (Charpentier entre ellos) para afirmar que el Temple fue, en puridad, una hechura completa de la Orden del Císter y de san Bernardo en particular, quien encargó a hombres de su confianza, los *nueve caballeros*, una misión especial y secreta. Esta misión ponía en juego el poder de la propia orden —que, curiosamente, a los pocos años resultó ser tan poderosa y acaudalada como la orden cluniacense que se había pretendido reformar mediante la pobreza—, perseguía al parecer el descubrimiento de secretos milenarios, como el paradero del arca de la alianza o del santo grial, y pudo ser la responsable directa de la aparición del arte gótico en Francia. Por desgracia, el misterio que ha envuelto desde siempre a la Orden del Templo de Salomón no ha arrojado luz alguna sobre estas hipótesis.

1.10. Los nueve caballeros

En 1118 nueve caballeros franceses y flamencos se presentan en Tierra Santa, ante el rey de Jerusalén, Balduino II, y le ofrecen su colaboración para vigilar y patrullar caminos, realizar labores policiales y defender a peregrinos y cristianos en general de las acechanzas de sarracenos y beduinos e incluso de los propios cristianos jerosolimitanos que no temen, en ocasiones, darse al bandolerismo y desvalijar a los devotos visitantes europeos.

A la cabeza de estos valerosos hombres viene, como sabemos, el caballero noble Hugues de Payns, que comanda un proyecto surgido en Francia. Tanto si este caballero responde ante Bernardo de Claraval del éxito de la misión como si todo ello obedece al particular criterio e iniciativa propios del noble, nada se sabe con certeza. El caso es que los caballeros llegan y el monarca les concede al punto un lugar donde aposentarse: nada más y nada menos que el propio templo del rey Salomón, o lo que de él queda, y los caballeros, llamados «templarios» por este hecho, se instalan en las caballerizas abandonadas. Posteriormente todo el sacro recinto quedará a su disposición y nadie tendrá permiso para salir o entrar en contra de la voluntad de los templarios, pues ejercen tal ascendiente sobre el rey de

⁹ CHARPENTIER, Louis: *El enigma de la catedral de Chartres*. Plaza & Janés, Barcelona, 1969

Jerusalén que éste concede a sus necesidades y peticiones prioridad absoluta.

Los caballeros habitarán en un principio en el palacio real de Balduino II, que en ese momento era la actual mezquita Al-Aqsa, dentro del antiguo recinto ocupado por las ruinas y restos del templo de Salomón denominado *Haram al-Sherif* (la «explanada»); pero muy pronto el rey, que se ha hecho construir otro alcázar junto a la torre de David (1118), deja su palacio a los templarios, que moran en él y celebraban culto en la cercana mezquita de Omar o Cúpula de la Roca (actual *Qubbat al-Sakkra*), que ellos dedican al Señor (*Templu Domini*) Todo ello sin salir del recinto salomónico, finalmente dueños absolutos del mismo, pues las donaciones de los monjes-caballeros del Santo Sepulcro los convierten en poseedores de la inmensa explanada del templo de Salomón.

No obstante la finalidad de su misión, los templarios pasan en aquel recinto nueve años sin enfrentarse ni una sola vez con el enemigo *infiel*, dedicados sólo a la oración y a la meditación y quizá preparándose para la lucha militar que les espera. Nada se sabe de otras actividades durante ese tiempo.

Los caballeros templarios son *Hugues o Hugo de Payns*, pariente de los condes de Champaña, que será después elegido gran maestro de la orden; su lugarteniente *Godefroy Godofredo de Saint-Omer*, de origen flamenco; *André o Andrés de Montbard*, tío de san Bernardo; *Payen de Montdidier* y *Archambaud de Saint-Amand*, flamencos. Los restantes son anónimos, pues sólo se conocen sus nombres de pila: *Gondemare, Rosal, Godefroy* y *Geoffrov Bisol*.

Poco antes de 1128, cuando los caballeros se disponen a regresar a Francia, se les añade un nuevo templario; el propio conde *Hugo de Champaña*.

II. LOS CABALLEROS DEL TEMPLO

2.1. Siervos de otros

Vos que sois señor de vos mismo deberéis haceros siervo de otro», especifica el artículo 661 de la *Regla*. «Cuando deseéis estar a este lado del mar, se os enviará a Tierra Santa; cuando queráis dormir, deberéis alzaros, y cuando estéis hambriento, tendréis que ayunar». No hay tranquilidad para el templario, ni molicie. Y su vida se configura como la de las demás órdenes religiosas, con el añadido de la misión militar, lo que conlleva rudos entrenamientos y considerables renunciaciones.

Desde que *Hugo de Payns* es elegido gran maestro (*Magister Militum Templi*, 1118-1136) en Jerusalén, todos sus esfuerzos se encaminan a recabar la aprobación papal de su incipiente orden (concilio de Troves. 1128) y a la obtención de una regla que la organice como orden eclesiástica y a la vez militar. El gran maestro donará su señorío de Payns o Payens a la orden —donación que enseguida tendrá muchos imitadores— y se dará en cuerpo y alma a sus intereses, para morir en Reims en 1139. La *regla primitiva* estará constituida por los privilegios que concederá el concilio de Troyes a la orden (1128), revisados por el patriarca de Constantinopla (1131) y modificados por la bula papal de 1139. Los *estatutos* se componen de setenta y dos artículos, redactados en latín y traducidos posteriormente al francés (cuyas versiones no siempre coinciden), que establecen:

Votos de pobreza, castidad y obediencia, como todas las órdenes religiosas; austeridad y renuncia, ayuno y comedimiento en el comer, en el vestir y en el obrar, censurando toda ostentación, todo lujo o riqueza individual (el templario no posee nada, pero no así la orden, que dispone de armas, cabalgaduras, pertrechos, iglesias, castillos, casas de labor, etc., y que es considerablemente acaudalada).

Uso del hábito: sayal pardo o negro para los hermanos y capa blanca (con cruz posteriormente) para los caballeros, que se puede perder si se cometen determinadas y graves infracciones, lo que conduce a uno de los mayores deshones (como la pérdida del caballo). Abstinencia (carne sólo tres veces a la semana); disciplina corporal; código penal rudimentario para prever infracciones comunes en otras órdenes (extorsión, nepotismo, desertión); imposibilidad de aceptar niños a cargo de la orden (práctica habitual en otras); prohibición absoluta de trato con mujeres, «cuyo rostro el caballero evitará mirar» y a las que jamás podrá besar, aunque sean su madre o su hermana, absteniéndose completamente de «besar hembra alguna, ni viuda ni doncella». La admisión en el Temple impone ciertos requisitos insoslayables: estar sano y no sufrir enfermedad secreta (se teme la sífilis y otras venéreas, propias de la caballería desenfadada de la época, y la epilepsia, para muchos clara señal de posesión diabólica). No haber sido arrojado de otra orden, norma también común a todas las instituciones religiosas, sobre todo a las órdenes militares, pues los hospitalarios se nutrían también de proscritos y vividores arrepentidos en mayor o menor medida. No estar excomulgado ni frecuentar personas que la Iglesia haya postergado,

aunque la bula de 1139 permite al excomulgado, si existe retractación pública y el obispo provincial lo absuelve, ser recibido en la Casa «con misericordia».

Pero el principal requisito es ser caballero probado, o sea, haber sido armado caballero, y ser hijo de caballero y de dama o descendiente de caballeros por línea paterna. Los plebeyos que no han accedido a este rango —mediante el espaldarazo, si no les venía de cuna— se conformarán con entrar en la orden como *sargentos*. No obstante esta precaución, el Temple contará entre sus filas con lo más florido de la baja nobleza europea (tampoco faltan miembros de la alta), segundones y jóvenes pendencieros cuyo ideal de vida es libertino y competitivo, que recorren Europa de torneo en torneo y de justa en justa para mostrar unas dotes de valentía y arrojo rayanas con la temeridad y lindantes con el desacato al orden feudal secular. La orden les exigirá que estén a la altura de las circunstancias en el campo de batalla: no podrán abandonar la lucha mientras no se vean asediados por más de tres contrincantes (los *ashahins* no retrocederán ante siete); si son hechos prisioneros, no podrán ser rescatados con dinero. Cuando los sarracenos les ofrezcan la libertad a cambio de la apostasía, ellos deberán ofrecer su cuello.

El hábito, la cruz (roja ancorada sobre el hombro izquierdo, paté, con los extremos incisos), los pendones y banderines, además del *baussant* —la hermosa bandera partida en dos cuarteles, uno blanco y otro negro, símbolo de la orden—, los sellos¹⁰, el aseo y el aspecto exterior (pelo corto y barba larga), la vestimenta militar (cotas de malla, armas), las monturas y cabalgaduras —caballos de combate, palafrenes y bestias de carga; un caballo para los sargentos, tres para los caballeros, cuatro para los dignatarios y cinco para el maestre, pues dispone además de un turcomano— son objeto de otros muchos artículos de la regla, algunos de ellos muy curiosos: los que hacen referencia a la caza, actividad prohibida para el templario a la que con tanta fruición acostumbran a entregarse los nobles medievales, tanto de Oriente como Occidente, presentan la salvedad de la caza del león, «bestia predilecta del diablo en la que se encarna» y azote de peregrinos y cristianos por antonomasia (artículos 55 y 56).

Existen asimismo los llamados «complementos a la regla o modificaciones» (*retraits*, en la versión francesa), redactados entre 1156 y 1169. En ellos se expone el procedimiento de recepción de un hermano caballero en la orden, que extiende también su protección a sus padres, familiares cercanos y a dos o tres amigos íntimos del postulante.

Por esta ceremonia, el recién llegado es introducido en un oratorio o habitación anexa en una casa de la orden y asiste a una entrevista con el gran maestre o el preceptor, ante el que se inclina y cuyos labios besa (tradición corriente que pone en práctica el ósculo de la paz). Luego y por tres veces consecutivas, la última después de orar en soledad, debe responder a las preguntas rituales: ¿Desea entrar en el Temple y abandonar el siglo? ¿Es libre para ello? ¿No le persigue la justicia? ¿Confiesa no adolecer de enfermedad alguna? Para ser admitido

¹⁰ Mucho se ha polemizado sobre el significado último de los sellos templarios, sobre todo de los más conocidos: el que muestra la Cúpula de la Roca y el que presenta la curiosa imagen de dos caballeros cabalgando un mismo caballo, cuya leyenda reza *Sigillum militum Xristi* («Sello de los soldados de Cristo»). Se ha querido ver reflejado en este símbolo el espíritu de pobreza de la orden —equivocadamente, pues cada caballero contaba con de tres a cuatro caballos, más escuderos y gente de armas a su servicio—, y también correspondencias con las creencias de los cataros, quienes debían ir siempre de dos en dos, acompañados de otro hermano o *confratre*, con quien compartían sus experiencias vitales más preciosas o más dolorosas. La regla templaria reflejaba también esta comunión entre dos hermanos concretas, durante las comidas y en otros menesteres.

a la casa, ¿ha realizado regalos a algún dignatario de la orden? ¿Se compromete a la pobreza, etc.? Además debe escuchar las advertencias y le es leída la regla.

El nuevo templario jura, y eso es todo. Muy diferente será lo que luego, durante el proceso en Francia de 1307-1314, confiesen muchos caballeros en cuanto al protocolo de admisión en el Temple, a las ceremonias secretas y a los supuestos ritos heréticos de iniciación. Pero por ahora (estamos en los albores del siglo XII), los caballeros inclinan la cabeza y meditan ante las palabras que definen la ardua y futura vivencia que tendrán como soldados de Cristo:

«Vos que sois señor de vos mismo deberéis haceros siervo de otro-, como el pontífice romano («Siervo de los siervos de Dios») y como el propio Jesucristo: «El Hijo del hombre no ha venido a ser servido, sino a servir y a dar su vida en rescate por muchos» (Mt 20, 28). Se trata, en definitiva, de una experiencia de carácter religioso, del abandono de la banalidad del mundo, de la búsqueda de la ascesis, de la entrega al servicio solidario de los desventurados y desprotegidos y de la defensa de los valores y lugares más valiosos para la cristiandad.

2.2. Freires y maestros

La orden precisa de una estructura concreta y se establece una configuración piramidal, por otra parte reflejo especular del orden feudal: desde el hermano lego a los más elevados jerarcas, el Temple imita el estamento militar y la distribución interna por escalafones jerarquizados de las restantes órdenes religiosas (sobre todo las benedictinas).

En la cúspide de esta pirámide se halla el *gran maestro*, quien sólo responde ante el papa y ante el capítulo, en el que intervienen los dignatarios presentes en Tierra Santa en el momento de una determinada consulta; le sigue el *senescal* de la orden, segundo cargo en importancia, pero que curiosamente despliega menos poder y presenta menor número de atribuciones que el *mariscal*. El *comendador*, encargado de la tesorería y la intendencia general: existe un comendador de Tierra Santa, de especial importancia, y uno más para las circunscripciones generales: Trípoli y Antioquia, Francia-Inglaterra (pues el rey de Inglaterra era vasallo del rey francés, aunque en ciertas épocas fuera más poderoso, como fue el caso de Ricardo Corazón de León), Aragón-Provenza, Castilla-León-Portugal, Italia Meridional y Hungría.

Al comendador siguen los *provinciales o preceptores*, resultado de la división del orbe cristiano en provincias o preceptorías. Francia reúne cinco: Normandía, Île-de-France, Picardía, Lorena-Champaña y Borgoña. España dos: Portugal-Castilla-León y Aragón-Cataluña-Provenza, que luego se diversificarán, a medida que vaya avanzando la Reconquista en la península Ibérica, donde los templarios combaten en primera línea y crean fortalezas paralelas a los *ribats* sarracenos.

Luego siguen los *hermanos caballeros* y los *capellanes* sacerdotes; después los *sargentos* y finalmente los hermanos *legos*. Tras éstos va todo un gentío de escuderos, pajes, arqueros, mozos, mancebos y todo tipo de servidores al cuidado de la intendencia de las casas. Los *milites ad terminum* son, dentro de los *fratres milites* o *freires* (es decir, los soldados-

monjes templarios por antonomasia), los caballeros que, según una costumbre caballeresca propia de la nobleza, se comprometen a formar parte de la orden durante un año, al término del cual la abandonan y parten para sus tierras, después de realizar una estadía en sus filas como si se tratase de un servicio militar de élite.

Las mujeres no pueden entrar en la orden, quedando ésta reservada exclusivamente a los varones (no ocurre así en el Hospital).

Los *donados* son hombres que, viviendo cerca de las encomiendas, «se entregan en cuerpo y alma al Temple», bien para recabar la protección de la orden —pues en Europa es poderosa— contra los abusos de los señores feudales o el pillaje, bien para obtener un entierro digno en el cementerio de las encomiendas templarias. Para todo lo cual *se dan* a la orden, a cambio de entregarle sus bienes a su muerte o de una donación en metálico, rentas o diezmos. Había tres clases de *dación*: 1a., la *simple* (con fines espirituales); 2ª., la *remunerada* o mercenaria, y 3a., la *dación per hominem* o en servidumbre¹¹.

En Tierra Santa, donde radica la casa *presbiterial* o casa madre, hay otros cargos: *submariscal*, *gonfalonero* y *turcopleier* (jefe de la caballería ligera turca compuesta por los arqueros a caballo). Aún existen otras categorías: *bailíos* o responsables de un bailiaje o pequeña circunscripción y hermanos *visitadores*, encargados de la supervisión del correcto funcionamiento de las encomiendas.

En lo referente al *capítulo*, órgano consultivo por excelencia de la orden, se compone de un determinado número de hermanos dignatarios y existen diversos tipos: «semanal» para las encomiendas, «anual» para las provincias, «general quinquenal» y «general» de elección del maestro.

El *capítulo general* compromisario se reúne a la muerte del gran maestro (o cuando éste se retira, en muy pocos casos) y elige doce miembros, dos a dos, «en honor de los doce apóstoles», quienes, a su vez, escogen al hermano capellán, que ocupará el lugar de Nuestro Señor. Estos trece hermanos deben ser de nacionalidades y países distintos y son los responsables de la elección del gran maestro, por lo general un hombre con gran preparación y experiencia en el frente y la lucha contra los sarracenos.

El *gran maestro* (*Magister Militum Templi*) deberá ser un profundo conocedor de los secretos de la orden y de elevada extracción social, normalmente perteneciente a la nobleza francesa, flamenca, aragonesa o jerosolimitana, pues deberá representar continuamente a la orden cerca del papa y ante el emperador y el rey de Jerusalén. Deberá asimismo conocer los secretos de la política internacional, las relaciones entre los diversos Estados y, sobre todo, entre las distintas dinastías y familias reinantes. Se espera que sea hijo obediente del pontífice romano y que obedezca sus dictados, aunque luego su astucia le recomiende actuar lateralmente por el bien de la orden; deberá conjugar una política de firmeza con otra de transigencia, pues la orden es muy poderosa y no siempre convendrá apoyar al emperador descaradamente en contra de los intereses de la Santa Sede (este papel lo juegan más veces los hospitalarios), pero tampoco ofender con poco tacto los intereses del Sacro Imperio. Se trata de estar siempre en el filo de la navaja, sin perder de vista el fin principal: esto es, el engrandecimiento de la orden templaria y el acrecentamiento de su inmenso poder, casi omnímodo a finales del siglo XIII.

¹¹ DEMURGER, A.: *Auge y caída de los templarios*. Ediciones Martínez Roca, S. A., Barcelona, 1986.

El gran maestre posee una autoridad ilimitada, pero sus decisiones deben ser respaldadas y sancionadas por el capítulo, que en muchas ocasiones actúa como consejero: su deber es dar consejo; la obligación del gran maestre es solicitarlo. De cualquier modo, la autoridad de este supremo dignatario de la orden es indiscutible y está desligada de todo arbitrio de las autoridades religiosas e incluso temporales de los príncipes: sólo debe obediencia al papa (bula de 1139). Ni siquiera los obispos pueden excomulgar a los templarios, ni a sus vasallos ni a sus deudos territoriales, ni pronunciar entredicho sobre ellos (disposición de Celestino II), lo que los hace inviolables. Cuánto menos discutir su autoridad, que a partir de la bula de 1139 pasa por encima de la hegemonía del patriarca de Jerusalén.

En la historia del Temple, desde Hugo de Payns a Jacobo de Molay, la elección de todos los grandes maestros obedeció a motivos bien precisos y conformes a los intereses de la orden; no obstante, no todos ellos supieron estar a la altura de las circunstancias —caso de Gerardo de Ridefort (1184-1191)—. Por lo general y según diversos autores (entre los que se halla Campomanes), se consideran veintidós grandes maestros. Otros estudiosos incluyen en su lista algunos más, cuyo maestrazgo es de difícil verificación.

GRANDES MAESTRES DEL TEMPLE

1. 1118, Hugues de Payns
2. 1136, Robert de Craon
3. 1149. Everardo des Barres
4. 1152, Bernardo de Trémelay
5. 1153, Andrés de Montbard (?)
6. 1156, Beltrán o Bernardo de Blanquefort
7. 1169, Felipe de Naplusia o de Milly
8. 1171, Eudes de Saint-Amand
9. 1180, Arnau de Torroja
10. 1184, Gerardo de Ridefort
11. 1191. Roberto de Sable
12. 1194. Gilberto Errall
13. 1201, Felipe de Plessis
14. 1210. Guillermo de Chartres
15. 1219, Pere de Montagut
16. 1232, Armando de Périgord
17. 1244, Ricardo de Bures

18. 1247. Guillermo de Sonnac
19. 1250, Rinaldo de Vichiers
20. 1256, Tomás de Bérard
21. 1273, Guillermo de Beaujeu
22. 1291. Teobaldo Gaudin
23. 1294, Jacobo de Molay

La lista tradicional enumera sólo 22 maestros de la Orden del Temple. Para algunos autores existen dudas sobre el maestrazgo de Andrés de Montbard, tío de san Bernardo y uno de los fundadores de la orden, que aquí se incluye.

2.3. Non nobis, Domine

Tras la marcha de Hugues de Payns a Europa, donde pasará tres años (de 1127 a 1130), los caballeros del Templo que permanecen en Tierra Santa se inician en su auténtica misión: no sólo proteger a peregrinos sino guerrear contra el infiel. Este extremo había despertado ya serias dudas en los contemporáneos de la orden y para los propios templarios que quedan en Jerusalén no faltan ocasiones en las que las dudas afloran y crean conflictos de conciencia. En 1129 los templarios se deben enfrentar definitivamente a los infieles y entrar en combate.

Mueren y dan muerte, e incluso son derrotados. Pese a los fundamentos de la orden, estas circunstancias no dejan de crear a los freires graves crisis de conciencia, por lo que san Bernardo escribe su famoso *De laude novae militiae* (*Elogio de la nueva milicia*), texto en el que exhorta a sus hijos predilectos a perseverar en sus fines espirituales y en su misión de lucha, pues es ésta necesaria a la cristiandad para salvaguardar la libertad de practicar la verdadera fe. Bernardo recurre a la idea de guerra santa y del premio final —el paraíso—, a semejanza del concepto musulmán que maneja la *yihad*, y afirma que «Cristo es la recompensa de la muerte cuando se muere luchando contra el infiel», pues si en la batalla encuentra la muerte, el *milites* «se reunirá con el Señor».

A partir de entonces los hermanos templarios lucharán valientemente y se erigirán, junto a los hospitalarios de San Juan, en la fuerza de vanguardia de numerosos conflictos armados. Se distinguirán por su bravura y su arrojo, pero también la historia les reprochará su avidez de riquezas y su injerencia en los asuntos internos del reino de Jerusalén. *Non nobis, Domine, non nobis, sed Nomini tuo da gloriam* es la divisa de los caballeros de Cristo, el himno que entonan los templarios en Tierra Santa y muy pronto en todo el mundo civilizado: «No a nosotros, Señor, no a nosotros, sino a tu Nombre sea dada toda la gloria».

2.4. Los templarios en Tierra Santa

A Hugues de Payns sucede en la jefatura de la orden Roberto de Craon (1136); a éste, Everardo des Barres (1149.), y a éste Bernardo de Trémelay, que morirá en el sitio de Ascalón (1153).

Durante todo este tiempo los templarios han intervenido como fuerza de choque y de élite en las operaciones bélicas desarrolladas durante la II Cruzada y la sede *presbiterial* de la orden ha permanecido en Jerusalén, con un destacamento pronto a la intervención militar que consta de diez caballeros templarios y un séquito de sargentos, escuderos, pajes de armas y arqueros, que escoltan en todo momento a los peregrinos, pues la regla establece que el comendador de la orden debe proveerse de una tienda, animales de carga y víveres «para socorrer a los peregrinos o para atender a los heridos cuando los hubiere en batalla».

Pese a todo, también se producen derrotas e incluso se acusa a la orden de irregularidades y preferencias en el terreno político o a la hora de atacar una plaza.

LAS BULAS PAPALES

La definitiva consolidación de la orden como tal obedece, como es de rigor, a la aprobación de los estatutos por parte del papa, por lo que éste publica diversos documentos que, en forma de bula, acaban por dar forma y moldear los principios por los que se regirá la orden. Estas bulas y otros documentos, que los pontífices romanos irán publicando durante los dos siglos de vigencia de la orden (unos cien de 1139 a 1272), se ocupan de encarrilar y definir, aprobar o desaconsejar, en suma, regular, todos los aspectos de la vida en la orden y de su misión.

En 1139 Inocencio II publica la bula *Omne datum optimum*, cuyo texto define aspectos importantes para la orden —regida entonces por Roberto de Craon— y recuerda a sus adeptos que su misión es renunciar a la violencia del siglo: de sobra es conocido el problema que la sociedad feudal plantea en los Estados europeos más desarrollados, infestados literalmente de caballeros de la baja y mediana nobleza cuya única ocupación es sembrar el pánico en las comarcas feudatarias, recurrir a tropelías para su continua diversión y hacer de la caballería una suerte de pillaje con patente de corso. El papa, pues, hace hincapié sobre este aspecto: quiere a sus hijos caballeros y soldados, pero de Cristo, y les concede el distintivo de la cruz que luego llevarán sobre su hábito.

Esta bula viene a sumarse al ya conocido *De laude* y a la redacción de la *regla* de 1128, cuyo fin primordial es conjugar el difícil papel del templario como caballero y como monje a la vez, y se considera como el documento por antonomasia que estructura a la orden y la configura definitivamente como orden militar, le concede especiales prerrogativas —de muchas de las cuales ya gozaban los cistercienses y los hospitalarios— y, lo más importante, la sitúa bajo la única jurisdicción de la Santa Sede, pasando sobre la autoridad de los obispos y clérigos.

En otro orden de cosas, la bula explícita convenientemente la autoridad del maestro de la orden (luego llamado «gran maestro»), de autoridad inapelable, a quien los hermanos

deberán obediencia absoluta. Da asimismo derecho al Temple para que posea sus propios sacerdotes (capellanes) y le otorga exención de los diezmos, extremo éste que resultaría muy impopular entre los eclesiásticos, sus destinatarios habituales (privilegio del que, hasta entonces, sólo disfrutaba el Císter).

En 1143 el papa publica otra bula. *Milites Templi* («Los soldados del Templo», 9 de febrero), que concede a la orden la prerrogativa de que sus capellanes puedan celebrar misa en los lugares declarados en entredicho por la Iglesia. En 1145, Inocencio II da la tercera bula que acabará por dar cuerpo a toda la normativa de la Orden del Temple, el texto que comienza con las palabras *Militia Dei* («Soldados de Dios»), por el que los templarios quedaban facultados para poseer sus propios cementerios (se podían enterrar en sus criptas), iglesias y oratorios. Otras bulas posteriores, entre ellas *Quanto devotius divino* (1256, Alejandro IV), que confirma la exención de impuestos a los templarios, o las de 1307, *Pastoralis praeeminentiae*; 1308, *Faciens misericordiam*, y 1312, *Vox in excelso y Considerantes dudum*, publicadas todas por Clemente V, que disuelven la orden y prevén los procedimientos para el proceso incoado a los caballeros, son testimonio de la vinculación definitiva de la orden templaria a la Santa Sede y la configuración de ésta como su única y superior jerarquía.

Roberto de Craon (1136-1149), segundo gran maestro de la orden, después de vivir largos años en las cortes de Angulema y Aquitania, viaja a Tierra Santa donde, contra todo pronóstico, se aleja del mundo y entra en la orden (1126). Elegido senescal y más tarde gran maestro, se ocupó, como muchos otros dignatarios del Temple, de estrechar lazos con las dinastías reales de Oriente y de llevar a cabo una política de ecumenismo en el terreno religioso, distinguiendo entre ocupación de los Santos Lugares y tolerancia entre las tres religiones monoteístas. Se interesó por la regulación de la orden y la consecución de determinados privilegios (que cobraron cuerpo en las citadas bulas pontificias). Salvó la vida a Luis VII.

Tras la toma del condado de Edesa por parte de las fuerzas musulmanas, el 1 de diciembre de 1145, el papa Eugenio III llama a la II Cruzada y dispone que la encabece el rey de Francia, Luis VII. San Bernardo, como se sabe, predica la cruzada en Vézelay, lo que aporta gran autoridad a la empresa, pues de todos es conocida la fama de sabio y de cristiano sin tacha de la que goza el abad de Claraval; precisamente su elocuencia hará que participe, a expensas de lo que el pontífice romano había dispuesto, el emperador de Alemania, Conrado III.

La cruzada, que fue un esfuerzo conjunto de todos los ejércitos cristianos, respondió al impulso de los cruzados y de los templarios destacados en Tierra Santa al unísono, que actuaron como un solo hombre; como si todos los combatientes hubieran sido templarios (y hospitalarios, pues también éstos combaten), pues así lo habían jurado las huestes cristianas, azuzadas por la misma ansia y energía —y también por la misma necesidad— y dispuestas a luchar hasta el final siguiendo los pasos del maestro del Temple, Everardo des Barres.

Pero la cruzada termina con un rotundo fracaso, al que siguió el de la expedición de Damasco, entre otras cosas a causa de las diferencias entre el rey de Francia. Luis VII y su esposa. Leonor de Aquitania, quien se apresura a hacer públicas sus desavenencias conyugales y se inclina en exceso hacia el apuesto Raimundo de Antioquía. O las divergencias entre el rey de Jerusalén, Balduino III, y su madre, la reina Melisenda, que ejerce la regencia y se apoya en el Temple.

También la traición y la felonía se insinúan como otros tantos motivos de la pérdida de Damasco y los sultanes Unur y Nur al-Din juegan la baza de la conspiración en el seno de las tropas cristianas. Sin embargo, se acusa a los templarios de pasividad —incluso de complicidad— ante la pérdida de la alianza damascena con Jerusalén y del absurdo ataque a la ciudad.

Everardo des Barres (11149-1152), que ya era maestre de Francia, había sido nombrado gran maestre de la orden en 1149, a la muerte de Roberto de Craon. Tras el desastre de la II Cruzada, regresa a Francia para acompañar al rey Luis VII pero vuelve enseguida a Palestina, donde permanece unos pocos años. Finalmente se trasladará a Claraval, donde profesa como cisterciense, para morir en 1174 o 1176.

Ascalón, Tierra Santa, 16 de agosto de 1653. Las tropas cristianas sitian la ciudad. En la refriega intervienen los templarios valerosamente, siempre actuando como cuerpo de élite, pero los pierde su jactancia o su excesiva confianza: cuarenta caballeros de la orden entran por una brecha de la muralla en el recinto sitiado, con tal premura que se desvinculan del resto del ejército. Como consecuencia son apresados y muertos; sus cadáveres son colgados de los matacanes de la fortaleza, de cuyas almenas penden. Entre los caídos, para consternación de todos, se encuentra el gran maestre, *Bernardo de Trémelay* (1152-1153).

Finalmente la ciudad es tomada el 22 de agosto, pero se acusa a los templarios en general, y a Trémelay en particular, de negligencia y de avaricia, pues se les supone deseosos de apoderarse de las riquezas de la ciudad.

A Bernardo de Trémelay le sucede, en teoría, Andrés de Montbard (1153-1156).

2.5. Sufíes y cabalistas

En Tierra Santa los templarios no sólo encuentran al infiel contra el que combatir, sino un marco adecuado para entrar en contacto con las doctrinas y filosofías propias de las civilizaciones de Asia Menor y Oriente. Así ocurre, en efecto, a decir de muchos autores, que suponen a los caballeros del Temple un conocimiento y una *hermandad* deliberada con sufíes y más tarde cabalistas e incluso *ashashins*. Esta teoría, que se basa en un sincretismo entre las religiones monoteístas fundamentales y sus respectivas tradiciones esotéricas —en las que coincide el fondo—, hace sospechar a muchos, que los acusan de haberse

contaminado, de seguir conductas permisivas con la religión de los *infielos*, precisamente con todo lo que están llamados a erradicar. Estas sospechas tomarán cuerpo de nuevo y con más fuerza durante el proceso de 1307, aunque, al decir de algunos, son infundadas¹², pues los templarios demuestran ser, a lo largo de su historia, mayoritariamente un «grupo de fanáticos» incapaces de comprender determinados problemas teológicos o de hilar fino en cuestiones de matiz espiritual: se bastan a sí mismos con la regla (en francés, pues muchos ni siquiera conocen el latín, cosa propia de la gente de armas del Medioevo y de la baja nobleza, que despreciaba la cultura y veneraba la espada), con el culto a Nuestra Señora, de la que tan devota es la orden por influencia benedictina y con sus misas privadas (y quizá tergiversadas, como se verá más tarde). Pero en este caso se habla, como siempre, de una generalidad.

Lo que muchos historiadores no contemplan cuando se refieren a «los templarios» es que, de haber existido secreto alguno, una *regla secreta* y una *orden* detrás de la orden, estos misterios no habrían obrado en conocimiento de muchos, sino de unos pocos: los iniciados.

Se habla de imposibles ceremonias iniciáticas, de extrañas conductas. ¿Acaso no hay escalafones en todas las órdenes secretas? ¿No hay jerarquías en las cofradías francmasónicas y en las órdenes militares, en las compañías religiosas? La orden puede perfectamente ocultar lo que deseen sus altos cargos, porque es poderosa y se relaciona directamente con los poderosos de la Tierra. ¿Conocía el sargento o el caballero, por más que asistiera éste de vez en cuando a ceremonias de estilo cuartelario, los profundos motivos de la orden para apoyar ora al emperador, ora al papa? ¿Sus intereses en sostener a los cataros —como creen muchos— durante la cruzada de exterminio, mientras finge fidelidad a la Iglesia? ¿Los planes de sus dirigentes, sus aciertos o errores a puerta cerrada?

Supongamos un núcleo de elegidos, pertenecientes a determinados grados de iniciación, como ocurre en ciertas logias, ¿podría este reducto haber estado en contacto profundo con los cabalistas, con los teóricos sufíes, con los *ashashins* tanto como para que sus respectivos presupuestos filosóficos se permeasen en las prácticas de la orden?

Para algunos estudiosos es perfectamente plausible, puesto que, en definitiva, los místicos cristianos, sufíes (musulmanes) y judíos (cabalistas) beben de las mismas fuentes¹³ y, además, existe una cultura soterrada compartida por «las gentes del Libro» (la *Biblia*), comunidades encargadas de conservar, transmitir y velar por la pureza de esos conocimientos, como pueden ser los *ashashins*, los esenios y, en este caso, los templarios, que se erigen en continuadores de esa tradición. Los famosos versos del poeta sufí Ibn Arabi (1164-1240) resuelven mediante la compasión y la belleza los antagonismos entre las tres religiones: «Mi corazón lo contiene todo: / una pradera donde pastan las gacelas, / un convento de monjes cristianos, un templo para ídolos, / la Kaaba del peregrino, los rollos de la Torah / y el libro del Corán (...)».

¹² DEMURGER, A.: *Auge y caída de los templarios*, op. cit.

¹³ «Los creyentes en la Biblia, si hallan en ella motivos para la discordia, es, sencillamente, porque no han entendido nada (...). ¿Es tan difícil decirle al ser humano que es el resultado de una evolución de la materia hacia el espíritu y que sólo alcanzando en el ser humano ese estado, la materia se hace visible a Dios? ¿Es que hay algo más importante para explicar a la humanidad que esa simple verdad revelada? ¿Revelada en la Biblia y en todos los libros sagrados de todas las tradiciones? El problema no es si Dios existe o no. Si el Dios de una religión es el verdadero y el de otra es falso. Dios no tiene ningún problema» (ÚLEZA LE-SENNE, F. de: *La tabla redonda*, tomo II: *la divinidad secreta*, cap. VII. *Lenguaje sagrado, lenguaje profano*. Ediciones Temas de Hoy, Madrid 1994).

2.6. Fieles e infieles

La sociedad hebrea de la época de Jesucristo se dividía en cuatro castas o grupos sociales: *saduceos*, del que se reclutaban los sacerdotes, de carácter conservador; *fariseos*, interesados en la separación de los contenidos religiosos de la vida social y política; *zelotes*, interesados en la independencia del pueblo judío del yugo romano, y *esenios*, el grupo más radical y espiritual, que preconizaba el contacto con la naturaleza, el vegetarianismo, la imposición de manos terapéutica y otras prácticas acordes con las religiones sincréticas heterodoxas tradicionales¹⁴.

Los templarios, se dice en el proceso de 1307, se han contaminado de esas creencias y supersticiones de Oriente, han caído en el error que combatían, han caído en la herejía, han abominado de Nuestro Señor. Y por tanto son culpables. Su misión era luchar contra los *infieles*.

Tanto para los musulmanes como para los cristianos, el término «infiel» (latín *infidelis*) se aplicaba en la Edad Media a aquellos que no creían en el islam o en el cristianismo respectivamente. En principio, el concepto no presupone traición a la fe, sino rechazo por desconocimiento de la misma. En los territorios sometidos por guerras de religión, los «infieles» eran obligados a abjurar de su fe y a abrazar la «verdadera», o sea, la impuesta por la fuerza de las armas. Los ejércitos de ocupación cruzados, durante la toma de Jerusalén (1099), hicieron tal carnicería entre los infieles que «marchaban con la sangre hasta los tobillos». Por su parte, los sarracenos no perdonaban las vidas de los soldados cristianos, sobre todo templarios, quienes ya sabían la suerte que correrían si eran capturados, excepto si abjuraban de la fe (lo que a veces ocurría). La muerte que les estaba reservada era el degollamiento ritual.

Esto cuando no eran asaltados por un grupo de temibles guerreros musulmanes, los templarios del islam, pues ya desde 1090 (y hasta 1257) existía en los países musulmanes de Oriente Medio un cuerpo especial de monjes-soldados similar a lo que después serían los templarios y con presupuestos religiosos coincidentes en un esoterismo sincrético. Se denominaban *ashashins*, término que procede de la palabra «haschís», sustancia que al parecer consumían los adeptos con el fin de acceder a ciertos estados de conciencia antes de la lucha y que en las lenguas romances dio el actual de «asesinos». Su fiereza en el combate era proverbial y su valentía extraordinaria, pues su orden les prohibía abandonar el mismo aun enfrentados al enemigo en proporción de uno contra siete.

Habitaban en unas fortalezas denominadas *ribbats* que, según se afirma, fueron el origen de los castillos templarios, aunque lo cierto es que, en la mayoría de las ocasiones, el Temple se limitaba a conquistar las ciudadelas que jalonaban las fronteras con el mundo musulmán, tanto en Tierra Santa como en España —señalizadas en los mapas con la leyenda *hic incipit*

¹⁴ Según los *Manuscritos del Mar Muerto*, descubiertos en 1947 en las ruinas de Khirbei Qumram, Jesús y Juan el Bautista pertenecieron a este último grupo o, por lo menos, pasaron mucho tiempo con los componentes del mismo practicando la meditación, la oración y otros ritos como el bautismo, la comunión, la predicción del futuro y la sanación espiritual, realizada mediante la imposición de manos o la oración colectiva (J. POUILLY; F. ALT).

leonis, lo que sólo era cierto en Asia Menor y en África—, con lo que ocupaba sus castillos fuertes, poderosas edificaciones fortificadas inteligentemente construidas, en las que se inspiraron a veces los arquitectos cristianos. El Temple, por su parte, poseía sus castillos y fortalezas, algunos de ellos prácticamente inexpugnables: Beaufort (Líbano), Safed, Tortosa o Château-Pélerin, y el Hospital también: el Crac de los Caballeros.

La orden de los *ashashins* tenía un «gran maestro», el denominado «Viejo de la Montaña», que los dirigía desde un lugar secreto y que, al igual que el mayor jerarca del Temple, estaba en contacto con los monarcas de Oriente y, según se dice, con los de Occidente (a través del Temple).

Este juego político que esbozan estas realidades y plantean estas suposiciones y el difícil papel que se vieron obligados a representar los templarios —por lo menos los que participaron en los secretos de Estado y en el funcionamiento interno de la orden— fue en parte causante de su caída: todavía no eran tiempos para un orden sinárquico universal, para el sincretismo de las religiones; no había lugar para el ecumenismo en los albores del siglo XIV, aunque ya despuntase el Renacimiento¹⁵.

2.7. La orden en Europa: donaciones

Con la creación de la orden y su instalación en Tierra Santa surgió inmediatamente un fenómeno de solidaridad y cooperación con sus promotores y empezaron a llover las *donaciones* a la Orden del Temple, procedentes de los lugares más dispares, aunque consistentes en su mayoría en tierras, castillos, casas, heredades, fincas de labor y bienes inmuebles en general.

La más importante, por ser la primera de ellas, de la que disfrutó la orden fue la propiedad rural del primer gran maestro, quien donó a la causa sus posesiones de Payns, en Francia (1118). A esta donación siguieron otras numerosas y muy pronto se contó con un patrimonio hacendístico y fiduciario de primera magnitud, consistente en terrenos rurales y de explotación agropecuaria. Muy pronto la orden se extendería como un Estado dentro de los Estados de Europa y se haría inmensamente rica y poderosa.

Pero, curiosamente, las primeras donaciones no tienen lugar en Francia, sino en Portugal y en Castilla. ¿Cómo una orden religioso-militar recién fundada recaba semejante apoyo en lugares tan distantes del emplazamiento de su casa matriz? Sin duda esta pasión por la orden se refiere a sus ideales, pues es la primera que, sirviendo a los intereses de la cristiandad y del papa, posee personalidad propia para tomar la espada —lo que estaba vedado hasta entonces a las comunidades católicas— y para correr la primera a la vanguardia de las tropas cristianas y enfrentarse con el enemigo sarraceno. Quizá en el incipiente Portugal y en Castilla-León, reinos acosados por este mismo enemigo, siempre acechante tras unas fronteras demasiado borrosas, se comprende perfectamente la iniciativa

¹⁵ «Un ser humano es parte del todo que llamamos universo», una parte limitada en el tiempo y en el espacio. Se experimenta a sí mismo, a sus pensamientos y sentimientos como algo separado del resto, en una especie de ilusión óptica de su conciencia. (...) Nuestra tarea debe ser liberarnos de esta prisión ensanchando nuestro círculo de compasión hasta abrazar a todas las criaturas vivientes y a la Naturaleza en toda su belleza (EINSTEIN, A.: *América sin violencia*).

de los templarios, pues luchan en el frente. De hecho, pasando el tiempo, la orden, que había establecido dos preceptorías en el territorio hispano, las equiparará en rango y prioridad a la preceptoría de Tierra Santa, distinguiendo así las tierras de retaguardia de las que se encuentran en el *frente de batalla*, sostenidas éstas por la aportación económica de las primeras, pues se considera la península Ibérica y sus territorios como inmersos en «cruzada» permanente.

Normalmente los reyes cristianos respondían a la llamada de un determinado pontífice, que apelaba a la ayuda de príncipes católicos y reyes cristianísimos (por antonomasia, los de Francia). Los monarcas hispanovisigodos y sus descendientes estaban exonerados de semejante concurso por considerar la Iglesia católica que su labor prioritaria debía realizarse en la península Ibérica, hasta lograrse la erradicación total del islam en los territorios peninsulares, lo que se concluyó en 1492 con la toma de Granada por los Reyes Católicos y la unificación completa de la península en el seno del catolicismo (los territorios que configuraron el reino de España y el de Portugal).

En este contexto, se multiplican las donaciones, recién constituida la orden, y aun antes de que ésta fuera aprobada oficialmente en el concilio de Troyes (1128), lo que significa que existen numerosos donantes que se apresuran a regalar al Temple, una orden todavía no sancionada por el papa. ¿Qué intereses guían a estas personas y por qué ese apresuramiento en dar al Temple lo que antes se donaba al Císter y antes a Cluny? Es normal, pues, que estas órdenes que predicán la pobreza se enriquezcan vertiginosamente al poco de ser fundadas. Lo mismo ocurre con el Hospital (1120) y con los Caballeros Teutónicos, aunque en menor medida. ¿Resulta más gratificante para la baja nobleza regalar sus castillos y sus mansiones o sus granjas a una orden de caballeros lanza en ristre, prestos a desenvainar la espada como todo buen caballero en defensa de su religión, que a los silenciosos monjes cistercienses? En cualquier caso, en este hecho subyace una causa meramente social: antes el Císter era el preferido del papa y, por tanto, de la sociedad feudal. Ahora los hijos predilectos son los templarios. Y además son caballeros y combaten a caballo, símil de toda una época. La nobleza considera un honor entrar en filas y los segundones de las buenas casas presumen de educarse con ellos y de ingresar en la orden. Para un joven valeroso perteneciente a la baja nobleza no es lo mismo que profesar en un convento.

En 1127, el templario *Guilhelme Ricard* viaja a Portugal como maestre de este reino para ocupar la encomienda que se crea en Fonte Arcada y el concejo de Peñafiel, regalo de la reina Doña Teresa. La reina Doña María les hace donación del castillo de Soure. En 1129 la orden recibe Calatrava la Vieja y, en Francia, la iglesia de Saint-Jean-Baptiste de Aviñón. En 1130 el conde de Barcelona Ramón Berenguer III dona Grañena y entra en la orden.

Las donaciones de reyes y príncipes soberanos se multiplican. A sólo tres años de la fundación oficial de la orden (1131), el rey de Aragón, Alfonso I el Batallador hace una donación sorprendente: lega en herencia al Temple «y a las otras órdenes militares» los territorios y la soberanía de su reino, herencia peligrosa que la orden se niega a aceptar, pues median intereses con la Santa Sede (de la que Aragón es vasallo) y el testamento es anulado. En 1132 el conde Armengol VI de Urgel cede el castillo de Barbará. En 1137 el rey de Francia Luis VII lega a la orden algunas propiedades en París que acabarán convirtiéndose en el barrio del Temple, donde los caballeros dispondrán de la soberbia fortaleza en la que será encerrado Jacobo de Molay antes de su muerte en el cadalso.

Con este ritmo trepidante, Europa entera se dedica a ampliar y engrandecer las posesiones de la orden: en 1150 se contabilizan 300 encomiendas en el condado soberano de Provenza y el Languedoc, 200 en Flandes, Borgoña y Normandía, y 100 en Inglaterra, los Estados de la península Ibérica e Italia. En 1169 pasan a poder de los templarios los castillos portugueses de Almourol. Ozereze y Cardiga; en 1177, el de Ponferrada.

La orden se sigue enriqueciendo, pues cuenta con numerosas encomiendas y éstas producen bienes perecederos «que los hermanos comercializan, cobran derechos de paso, no pagan impuestos ni diezmos ni anatas; por el contrario, percibe rentas del señorío *territorial* y del señorío *banal*.»

2.8. Posesiones y encomiendas

Las *encomiendas* se componen de cualquier pequeño terreno (una granja, un molino, un caserío, un castillo) que los caballeros se encargan de restaurar, modernizar y ampliar. Cuentan con criados y trabajadores de diversa índole para el mantenimiento de la casa: personal doméstico en los castillos y labradores en las granjas, además de pastores, vaqueros, porteros, guardabosques, porqueros, cillereros y bodegueros, contables, artesanos, arquitectos que construyan, amplíen y mantengan la encomienda, que puede ser de pequeña importancia o revestir las dimensiones de un castillo fortificado.

Una vez conseguido un terreno apropiado —normalmente situado en un paraje de especial interés, histórico o estratégico— o importante por sus bellezas y recursos naturales —en agua, por ejemplo, como sugiere el espíritu de *Clara Vallis*—, la orden compra los territorios circundantes y extiende su posesión. Cruza lindes, engloba campos de labor, se adueña de los caminos reales. Negocia con los representantes reales, posterga los derechos de los clérigos, se enzarza en numerosos juicios sobre derechos de paso y peaje, diezmos y propiedades y herencias que normalmente gana, y colma poco a poco sus arcas, a veces con métodos no muy *cristianos*. Su poder crece. Compra terrenos al Hospital y engulle sus tierras, que luego cultiva, cosecha, explota.

El Císter, los párrocos regulares y los terratenientes le ceden gustosos sus iglesias o terrenos para la construcción de templos y poder ser enterrados luego en ellos, lo que confiere distinción y conlleva indefectiblemente la salvación de sus almas, y los desheredados le pagan cuotas o se acogen a su protección a cambio de su trabajo. La orden los protege del bandolerismo y de los abusos de los señores feudales, que nada pueden contra el Temple. Y los hermanos edifican sus iglesias, oratorios y capillas siguiendo pautas arquitectónicas innovadoras en numerosas ocasiones —en rotonda, octogonales— o fortalezas triplemente fortificadas, cosas ambas que han hecho correr infinitos ríos de tinta.

La orden posee tierras, ganado ovino y bovino, caballar y porcino; posee barcos en los que desplaza a los hermanos a Tierra Santa. La orden es rica y se puede permitir el lujo de construirse sus propias fortalezas en las fronteras de los Estados —a veces siguiendo extraños itinerarios que nada tienen que ver con intereses estratégicos o políticos, sino con razones personales y desconocidas de la orden, como la que los lleva a adueñarse de los castillos que cubren la parte moderna del tradicional «camino de Santiago»—. Desde el castillo de Tomar (1160) hasta la adquisición de Chipre (1191), la trayectoria política y

económica de la orden es fulminante. A esto hay que añadir las conquistas que realiza tanto en Tierra Santa como en España, en las que desposee de sus fortalezas (*ribbats*) a los sarracenos, que pasan a su poder, y los territorios que conquistan o que los monarcas les ceden (en Aragón-Cataluña, por ejemplo, se les dona la décima parte de lo conquistado, aunque la orden pretende un quinto): Albentosa (1203); Monteada (1235); recuperación transitoria de Jerusalén (1243), entre otras proezas.

En 1270 el Temple cuenta ya con mil encomiendas en Francia; en 1283, el rey Alfonso X de Castilla dona las villas de Fregenal, Jerez de los Caballeros (llamada así en honor de los templarios) y las tierras circundantes. Todo esto es sólo una muestra, pues las donaciones y compras de tierras y fortalezas continuarán casi hasta la disolución de la orden (aunque disminuyen considerablemente en el siglo XIII, la orden tiene otro medio de conseguir pingües beneficios: la inversión de capital, el préstamo y la actividad bancaria). De todas estas riquezas y posesiones, el Temple conservará muy poco después de 1312, fecha en que el concilio de Vienne disuelve la orden.

Los hermanos huidos y los hallados no culpables por los tribunales se integrarán en las Órdenes españolas de Santiago, Calatrava y Alcántara y en la portuguesa de Cristo, entre otras, y sus bienes pasarán en parte a los Hospitalarios de San Juan o a engrosar las arcas de los diferentes Estados, especialmente en Francia y Aragón-Cataluña.

En 1315, cuando ya los templarios son sólo un recuerdo incómodo en las mentes de todos, el papa Juan XXII regalará al cardenal francés Bertrand de Sainte-Marie la hermosa fortaleza templaria de Tomar, en cuyas bóvedas adoveladas ya no resuenan los himnos de los bravos combatientes de Tierra Santa.

2.9. Los reyes templarios

Combatientes de primera línea, los templarios son la fuerza de choque por excelencia de todas las batallas, y también en los territorios hispánicos, en su lucha contra los reinos moros y sarracenos. Así, se distinguen en numerosas batallas y la pertenencia a la orden resulta un galardón inapreciable en el mundo de la caballería.

Pero su fama y prez son tan notables (al margen de las críticas que despiertan su orgullo y su prepotencia) que muchos caballeros de nobleza probada militan gustosos en sus filas. Más tarde, los maestros y otros dignatarios serán tutores de reyes y príncipes, e incluso éstos pertenecerán o se vincularán en algún modo a la Orden Templaria, pese a que sus estatutos no permiten que los príncipes soberanos ocupen dentro de la misma puestos de relevancia (obviamente, el Temple persigue un fin político claro: utilizar a los reinos y a sus soberanos y no que éstos utilicen al Temple).

Al parecer *Alfonso I*. llamado «el Batallador» rey de Aragón y Navarra (1104-1134), crea en 1122 una orden de caballería denominada de los Caballeros de Belchite, gesto que anticipó su hipotética pertenencia a la Orden del Temple (*J. G. Atienza*). Lo cierto es que, a su muerte, el monarca aragonés cede, por disposición testamentaria, su reino a las órdenes militares.

La Corona de Aragón, y más tarde de Aragón y Cataluña (1337), fue especialmente

proclive a la orden, tanto así que algunos de sus monarcas, condes de Cataluña o reyes de Aragón, se vincularon al Temple, lo protegieron, dieron a sus herederos preceptores templarios e incluso entraron en la orden como caballeros templarios, como es el caso del conde de Urgel *Armengd VI*, quien hacia 1130 hace donación a la orden del castillo de Barbará y se vincula al Temple. En 1130 el conde soberano de Barcelona *Ramón Berenguer III* entra a formar parte de los caballeros templarios y en 1131 lega testamentariamente a la orden, además de algunos bienes inmuebles, su caballo, sus armaduras y sus armas, como corresponde a un caballero cristiano. Lo propio hace Alfonso I el Batallador que, además de todo su reino, deja al Temple sus armas y su caballo.

GRANDES MAESTRES DEL TEMPLE EN PORTUGAL-CASTILLA

- 1127. Guilhelme Ricard
- 1139. Hugo Martins
- 1155. Pedro Arnaldo
- 1159. Gualdim Pais
- 1202. Fernando Dias
- 1210. Gomes Ramires
- 1212. Pedro de Alvito
- 1223. Pedro Anes
- 1224. Martin Sanchea
- 1229. Esteban Belmonte
- 1233. Ramón Patot
- 1237. Guilhelme Fulcon
- 1242. Martin Martins
- 1247. Pedro Gomes
- 1250. Paio Gomes
- 1254. Martin Nunes
- 1266. Gonsalo Martins
- 1271. Beltráo de Valverde
- 1272. García Fernandes
- 1277. João Escritor
- 1283. João Fernandes
- 1289. Alfonso Pais

1290. Lourenjo Martins

1295. Vasco Fernández

En 1137, el conde soberano de Barcelona *Ramón Berenguer IV*, que ya es de hecho rey de Aragón por su matrimonio con Petronila de Aragón, hija de Ramiro II el Monje, insta a los templarios para que ocupen diversas encomiendas y castillos en Aragón-Cataluña, con ánimos de resolver el problema sucesorio de la Corona de Aragón que, según el testamento de «el Batallador», corresponde a las órdenes militares del Temple y el Hospital. Finalmente el litigio se resuelve con la renuncia de éstas a la soberanía de dicho reino a cambio de los castillos de Montgaudí, Chalamera, Remolins, Corbins y Monzón y de un quinto de las tierras ganadas a los musulmanes.

Pero el monarca más representativo de todos los reyes que trabaron relaciones con los templarios en la península Ibérica, pues también los hubo en Portugal y Castilla-León, fue *Jaime I el Conquistador*, rey de Aragón y Cataluña (1213-1276), soberano ilustrado y culto, cuyas miras políticas y sociales superaban con mucho las de los reyes de su época y, según algunos, comparable a la figura del mítico Federico II Staufen en su visión del mundo, ecuménica y universalista. Al igual que Federico, Jaime I fue entregado a la custodia del Temple desde niño, por disposición de su madre, la condesa María de Montpellier, hija de la princesa Eudoxia de Bizancio, que a su vez era hija del emperador Manuel Commeno. Los templarios educaron al monarca, pese a que, como es sabido, la regla impide a la orden ocuparse de la minoría de sus caballeros. No obstante, ya se convirtiera o no el rey en perfecto caballero templario, el Temple estaba interesado en la educación del príncipe, que, como Federico II, mantuvo a lo largo de su vida el anhelo de la conquista del mundo y su pacificación, la preocupación por la educación y el bienestar de sus súbditos y la idea de una misión superior, universalista, que trascendía las fronteras de sus reinos. Jaime I no sólo estuvo en relación estrecha con los templarios, sino que mantuvo estrechos contactos políticos y culturales con el Languedoc y la Provenza y rodeó al infante Jaime, su hijo, al que hizo rey de Mallorca, de consejeros pertenecientes a familias cataras, con lo que el catarismo y los templarios se extendieron por la isla. En 1262 casó al infante Pedro, su primogénito, con la princesa Constanza Hohenstaufen, hija del rey Manfredo de Sicilia y nieta del emperador Federico II: sus herederos recuperaban en Sicilia los derechos dinásticos de los Hohenstaufen, arrojados de su reino por la Casa de Anjou y la voluntad del papa. El rey Jaime conquistó Mallorca y Valencia a los sarracenos y se preció siempre de respetar en sus reinos los credos y todas las formas religiosas de las que se reviste la fe.

2.10. Los paladines de la causa

El impulso conquistador de Jaime I de Aragón-Cataluña condujo directamente a la expansión catalano-aragonesa por el Mediterráneo, empresa a la que no fue ajeno el Temple, dado su empeño en participar en todo acuerdo o política en la cuenca mediterránea.

En 1282, tras los tumultos de las *Vísperas Sicilianas*, desembarca Pedro III en Trápani y en Palermo y consigue una victoria total sobre las tropas de Carlos *de* Anjou. Pese al continuado apoyo papal a los angevinos, el príncipe Fadrique (Federico) de Aragón, hijo de Pedro III, consigue recuperar Sicilia para sus descendientes, herederos a su vez de los derechos dinásticos de la Casa de Hohenstaufen.

A este expansionismo contribuye la Orden del Temple y sus caballeros, algunos de gran renombre, como el catalán *Roger de Flor*, quien había entrado en el Temple muy joven. Tras la paz de Caltabellota (1302), los catalano-aragoneses (almogávares) emprenden diversas campañas, a las órdenes de Roger de Flor, que dirige la expedición de conquista de Anatolia, donde es asesinado (1305). De este modo, los aragoneses extienden sus posesiones desde Mallorca a Sicilia y a Grecia, creando los ducados de Atenas y Neopatria (1311), además de los reinos de Túnez, Bugía y Tremecén, que se convierten en feudos de Sicilia primero y del reino de Aragón y Cataluña después, hasta la toma de Constantinopla por los turcos en el siglo XV.

Tras la disolución de la Orden en 1312, *Jaime II*, rey de Aragón-Cataluña, Sicilia y Cerdeña (1267-1327), crea la Orden militar de Montesa (1317) con la finalidad de recibir a los templarios proscritos y a los huidos en secreto, y libremente a los declarados inocentes, pues convenía al reino contar con los caballeros para la vigilancia de sus fronteras¹⁶.

REYES DE ARAGÓN

Ramiro I (.1035-1063)

Sancho Ramírez (1063-1094)

Pedro I (1094-1104)

Alfonso I el Batallador (1104-1134)

Ramiro II el Monje (1134-1137)

CONDES DE BARCELONA DE 1018 A 1162

Berenguer Ramón (1018-1035)

Ramón Berenguer I (1035-1076)

¹⁶ Jaufré Rudel, príncipe de Blaya, se enamoró perdidamente de la condesa de Trípoli, aun sin haberla visto nunca. Arrastrado por su pasión, se hizo cruzado y marchó a Tierra Santa (1148), donde enfermó antes de desembarcar en Trípoli. Agonizante, sus hombres pusieron el hecho en conocimiento de la condesa, que ni se sabía amada desde tan lejana distancia ni lo había visto nunca. Sin embargo, corrió presurosa junto a Jaufré y el caballero recobró al punto la conciencia, que ya tenía perdida, así como la vista y el habla, y murió en sus brazos dando gracias a Dios por la merced de haberla conocido antes de morir. La noble dama lo hizo enterrar en la casa del Temple, antes de profesar en un convento (ALVAR, C.: *Poesía de trovadores, trouvères y Minnesinger, op. cit.*).

Ramón Berenguer II y Berenguer Ramón II (1076-1082)

Berenguer Ramón II (1082-1096)

Ramón Berenguer III (1096-1131)

Ramón Berenguer IV (1131-1162)

REYES DE ARAGÓN Y CATALUÑA DURANTE EL TEMPLE

Petronila y Ramón Berenguer IV (1137-1162)

Alfonso II (1162-1196)

Pedro II(1196-1213)

Jaime I el Conquistador (1213-1276)

Pedro III el Grande (1276-1285)

Alfonso III (1285-1291)

Jaime II (1291-1327)

III. ENTRE DOS PODERES

3.1. El imperio y el papado

Ya desde un principio del cristianismo, el papado se erige como sucesor de la magna obra de san Pedro y el imperio como la dignidad de la jerarquía romana por excelencia; pero ambos intereses —y en ocasiones ambas figuras políticas— coinciden, pues el pontífice máximo, representante y vicario de Cristo en la Tierra, «siervo de los siervos de Dios», obispo de Roma¹⁷, se erige también en príncipe soberano del Estado de la Santa Sede, con lo que, lógicamente, entra en conflicto con el imperio en cuestiones temporales que conllevan irremediablemente pugnas en el terreno de la fe. ¿Puede el papa, como sucesor de Pedro, imponer su autoridad a los príncipes de la Tierra mediante la espada o la coacción política o religiosa? Normalmente el sumo pontífice durante la Edad Media utiliza su elevada posición para mantener a raya al poder imperial.

En primer lugar, el emperador germánico no puede acceder a la dignidad imperial si no es con la aquiescencia del papa y, por supuesto, mediante la consagración y la sagrada unción, además de la coronación con la corona alemana de hierro o de Carlomagno (o la correspondiente a la dignidad) que, naturalmente, ciñe el papa en las sienes de reyes y príncipes vasallos de la Santa Sede, y de! emperador de Alemania, que por algo se titula «sacro emperador romano-germánico».

El verdadero conflicto surge cuando el pontífice romano usa de su poder para retirar la credibilidad que la Santa Sede concede a un determinado príncipe soberano y lo amenaza con la excomunión. En ese caso, el efecto perseguido —cuando no existe por parte del soberano levantisco auténtico temor de Dios y no vuelve voluntariamente al católico redil— es que el resto de príncipes de la cristiandad aprovechen el entredicho o el anatema para invadir las posesiones, Estados o territorios del proscrito.

Esto ocurre así durante toda la Edad Media y los diversos papas que se suceden en el trono de san Pedro lanzan excomuniones frecuentes sobre las testas coronadas de Europa cuando no se avienen a sus pretensiones o imposiciones de orden político. Gregorio VII es el ejemplo más sobresaliente con la «querrela de las investiduras» y su lucha por someter al emperador Enrique IV, de quien obtiene vasallaje tras la humillación de Canosa (1077). A lo largo de la historia otros muchos monarcas cristianos sufren la oposición papal, que normalmente conlleva pérdidas, guerras y ruina en sus Estados.

El papa decreta la excomunión de estos príncipes o lanza sobre ellos una peculiar *cruzada* (por considerarlos rebeldes a su autoridad): Pedro II de Aragón, Federico II. De este modo las cruzadas sirven también para reforzar la supremacía del papado sobre los reinos y en contra del Imperio, al que la Santa Sede obliga al sometimiento jerárquico y político¹⁸.

Esta contienda entre dos poderes se basa en que el papa usa su poder de sanción espiritual,

¹⁷ GONZALEZ-BALADO, J. L.: *Los papas*, Acento Editorial, Madrid, 1996.

¹⁸ GARCIA-GUIJARRO, L.: *Papado, cruzadas y órdenes militares*, Editorial Cátedra, Madrid, 1995.

mientras que el emperador aprovecha la fuerza de las armas (el papa también posee fuerzas de choque, aunque parezca un contrasentido) y en algunos casos los ejércitos imperiales consiguen, contra viento y marea, dominar a algún pontífice falto de carácter o rendido por la fuerza de las circunstancias: Napoleón, Carlos V, Felipe IV de Francia consiguieron imponer el poder temporal al espiritual de Roma, aunque sin detenerse a reflexionar sobre el respeto debido a la persona física del santo padre.

Los partidarios de uno y de otro poder reciben el nombre de *güelfos* y de *gibelinos*, ya sean seguidores del papa o del emperador respectivamente y sus ideas originaron sangrientas guerras durante todo el Medievo, sobre todo en las ciudades-Estado de Italia del Centro y del Norte¹⁹.

Tras la creación de la orden templaria, el papado cuenta ya con un brazo armado de élite. Quizá la orden no se resigna a actuar como un apéndice de la Iglesia católica e intentará conseguir por sí misma lo que había pretendido el papado desde un principio, la hegemonía política en el orbe cristiano. En todo caso, los templarios se encuentran para siempre entre dos poderes, pues deben servir al papa sin enfrentarse con el emperador, aunque la verdadera lucha de la orden *es* conseguir sus fines sin chocar con ninguno de los dos.

3.2. El acoso de Saladino

En el confuso panorama político de Tierra Santa, las órdenes militares cumplen un papel diario de defensa y protección de la población civil, pero también participan cada vez más asiduamente en los enfrentamientos contra los sarracenos que organizan los ejércitos francos de los cruzados. Los intereses políticos de las naciones soberanas que confluyen en Tierra Santa como si se tratara de un terreno de experimentación bélica conducen a combates y escaramuzas continuos con los califas de Bagdad o con los sultanes de Egipto que, al igual que los cruzados, sostienen entre sí interminables luchas por el poder en la región, muchas veces también de origen religioso (sunнитas contra chutas, etc.). En Tierra Santa las tropas cristianas adolecen de idénticas debilidades, lo que en muchas ocasiones origina la pérdida de una plaza o la derrota en una batalla: las Órdenes del Temple y del Hospital se enfrentan continuamente, aunque luego combaten juntas contra el enemigo común. Los conflictos dinásticos de los reyes de Jerusalén, sumados a las rivalidades entre los nobles europeos, las órdenes y el patriarca de Jerusalén coadyuvan a un clima de inestabilidad en la zona.

Tampoco los templarios suelen estar de acuerdo entre sí en ciertas importantes decisiones o respecto a la elección de algún gran maestro (como sucede en el caso de Gerardo de Ridefort). Sin embargo el papel de las órdenes en Tierra Santa tiene cada vez mayor relevancia, pues intervienen directamente en la política del reino (los dos grandes maestros del Temple y del Hospital forman parte del Consejo del rey), aunque no siempre apoyan sus decisiones: en 1168 el gran maestro de la orden. *Bertrán de Blanquefort* (1156-1169) se

¹⁹ El origen de estos términos procede de las postrimerías de la Casa imperial de Franconia, cuando la nobleza alemana se dividió entre la familia noble de Welfen (*güelfos*), partidarios del papa, y la de Weiblingen (*gibelinosi*, que sostenían al emperador (MITRE, E.: *Introducción a la historia de la Edad Media europea*, Ediciones Istmo, Madrid, 1986).

niega a prestar dinero al monarca jerosolimitano. Más tarde este dignatario será hecho prisionero cuando defiende una fortaleza del Hospital contra las tropas de Saladino, el auténtico enemigo común de los cruzados. *Salah al-Din Yusuf* (1138-1193), conocido en Occidente por *Saladito*, sultán ayubí de Egipto y de Siria, fue el fundador del mayor imperio musulmán en el Mediterráneo oriental que existió desde que se iniciaron las cruzadas, pues las expediciones cristianas parecen haber despertado también la necesidad de *reconquista* por parte de los árabes. Los grandes maestros del Temple conocieron su arrojo y la firmeza con la que condujo la política de expansión de su imperio. Su fama de hombre cultivado y erudito se equiparó a la que ya tenía en todos sus reinos como devoto musulmán e incluso su fama trascendió más allá de Tierra Santa y llegó a Europa, donde se le temía y admiraba a un tiempo. Pero su respuesta bélica a las cruzadas ocasionó grandes problemas a los cristianos de Tierra Santa. Organizó *razzias* e incursiones en donde murieron numerosos templarios: en 1179 atacó Beaufort y doblegó las defensas de la fortaleza. Saladino hizo mil prisioneros, entre templarios y los que los servían, que fueron pasados a cuchillo en su mayor parte. Sólo concedió gracia de la vida al gran maestro, Eudes de Saint-Amand, que murió en prisión.

EMPERADORES GERMÁNICOS DE LA CASA DE FHANCONIA

Conrado II (1024-1039)

Enrique III 11039-1056)

Enrique IV (1056-1106)

Enrique V (1106-1125)

Lotario 11(1125-1137)

Eudes de Saint-Amand (1171-1179), maestre después de la dimisión de *Felipe de Naplusia* en 1171, que a su vez había sucedido a Blanquefort, fue, al parecer, responsable de muchos fracasos bélicos a causa de su temperamento impetuoso.

3.3. Jerusalén, la Bienamada

Pero los peores momentos para la orden en el terreno bélico estaban por venir. Durante el maestrazgo de *Arnaldo de Torroja* (1180-1184), tras las derrotas propinadas por Saladino a los ejércitos cruzados, no tienen éstos otra salida que avenirse a pactos desiguales con el sultán. La sensación de precariedad en Tierra Santa empieza a extenderse entre los cristianos y el desaliento cunde entre los templarios, pero también se despierta la intriga y el interés personal dentro del Temple, azuzados por las desavenencias entre los príncipes

jerusalimitanos y la corte real.

En 1185 es elegido gran maestre del Temple *Gerardo de Ridefort* (1185-1189), que participa directamente en todo tipo de confabulación y se granjea la fama de hombre interesado e intrigante merced a su descarado favoritismo hacia Guido de Lusignán, quien ha casado con la princesa Sibila, hermana de Balduino IV. Después de una incursión en tierras musulmanas por parte de Rinaldo de Châtillon, Saladino se prepara a un gran ataque que sólo puede detener la diplomacia, pero la prepotencia de Ridefort y su actuación apresurada provoca la cólera de Saladino, que destruye completamente el ejército cristiano en la Fuente del Berro (1187), combate del que sólo Ridefort sale con vida.

A esta derrota sigue la de los Cuernos de Hattin, lugar en que Saladino hace 15.000 prisioneros cristianos que entrega al suplicio o toma como esclavos. Dispone allí mismo la muerte de Châtillon y de más de doscientos templarios y hospitalarios que combatían codo con codo, pues es sabido que el sultán de Egipto y de Siria detesta especialmente a estos cuerpos de élite a los que considera «una mala ralea» y cuya dedicación a la causa cristiana no admira en absoluto, siendo como es un hombre de probada integridad moral. No obstante y haciendo gala de gran generosidad, perdona la vida al rey y a sus dignatarios. Y, dato curioso, también a Ridefort, el gran maestre del Temple, contra todo precedente y pese al odio que siente por las órdenes. La sospecha de traición marcará desde entonces el honor de Ridefort, pues se insinúa que obtuvo la gracia de la vida a cambio de la abjuración. Ridefort muere durante el sitio de Acre en 1191 y le sucede *Roberto de Sable* (1191-1193) en la jefatura del Temple.

Tras semejante desastre de los ejércitos cristianos, Saladino encuentra empresa fácil asediar Jerusalén, la tres veces santa, y tomar la ciudad (1187), con lo que se arruina toda la obra cruzada y los Santos Lugares pasan a manos musulmanas, para quienes también son sagrados, hasta el corto interregno en que Federico II consigue su devolución sin alzar la espada (1229-1244).

Jerusalén, como centro visible de la cristiandad, es la meta de los peregrinos por antonomasia, cuyo periplo deja de tener sentido, además de convertirse en una empresa sumamente peligrosa. Jerusalén, la Bienamada, pertenecerá a lo largo de la historia a alguna de las tres religiones y su importancia radica en su simbolismo, meta de los tres credos, a la que muchos llegan exangües, consumiendo sus últimas fuerzas, tras recorrer penosamente miles de kilómetros, para besar el suelo del Santo Sepulcro y luego morir. Morir en la Jerusalén terrenal para ascender a la Jerusalén celestial. «Pero esta Jerusalén» —dirá san Bernardo en una carta al obispo de Lincoln en 1129— «aliada a la Jerusalén celeste (...) es Claraval».

Tras el triunfo musulmán sigue la conquista generalizada de la mayoría de las posesiones cruzadas en Palestina por parte de las tropas de Saladino. Estos dramáticos hechos provocarán la convocatoria de la III Cruzada V las fuerzas conjuntas de Felipe Augusto, rey de Francia, y de su vasallo feudal Ricardo Corazón de León, que consiguen recuperar Acre, donde muere Ridefort. Pero la hegemonía de los cristianos en Tierra Santa ya ha sufrido una importante mengua y una derrota histórica con la pérdida de la ciudad disputada con tanto ahínco. Origen de grandes padecimientos y derramamientos de sangre, la metrópoli se yergue impasible en medio del desolado desierto y sus espléndidas murallas encierran los tesoros más anhelados por la cristiandad: «Soy negra, pero soy hermosa», dirá Salomón en

El Cantar de los Cantares.

3.4. Otros maestros del Temple

Hasta aquí se producen los momentos más apasionantes en la trayectoria de la Orden del Temple y también los más brillantes. Como si los acontecimientos respondieran a una señal del destino, a un *fatum* que sobrevuela por encima de las voluntades humanas, la caída de la Ciudad Santa marcó el declive en el que entrarían tanto las cruzadas como la vida de las órdenes militares. El interés en provecho propio, la acumulación de riquezas y las disensiones intestinas y con el Hospital marcan en estas etapas al Temple, que empieza a perder simpatías entre el pueblo llano y a convertirse en una institución difícil para muchos soberanos, aborrecida unas veces y temida otras.

Así, Saladino no se contiene a la hora de censurar a los templarios y de tacharlos, según las crónicas, de sodomitas y renegados de su propia fe; bien es cierto que se trata de un musulmán el que así opina contra sus enemigos naturales, considerados *infielos* por los mahometanos. Pero tampoco Federico II, al que se le suponen lazos y vínculos más estrechos con la orden, retiene su lengua a la hora de expresarse sobre el Temple, al que considera infestado de «traidores y perjuros», pues ha sabido que los caballeros en Tierra Santa «reciben a los sultanes y a sus gentes con gran ceremonia e invocando al Profeta» (de una carta del emperador a Ricardo de Cornualles, 1244).

En 1307, las opiniones no pueden ser más desfavorables cuando proceden del rey de Francia, de Nogaret o de alguno de sus adláteres. Ahora ya el Temple es el mismo demonio y ellos —los funcionarios reales y la jerarquía eclesiástica francesa— los encargados de poner las cosas en su sitio y de castigar «los crímenes de aquellos lobos con apariencia de corderos», en palabras de Felipe IV.

GRANDES MAESTRES DEL TEMPLE

A partir de Roberto de Sable y hasta la caída de Acre (1291), los grandes maestros del Temple son:

Gilberto Errall (1194-1201), procedente de Aragón o Provenza, durante cuyo mandato tuvo lugar la IV Cruzada.

Felipe de Plessis (1201-1210), durante cuyo maestrazgo tuvieron lugar los enfrentamientos más duros con los hospitalarios de San Juan.

Guillermo de Chartres (1210-1219), quien edificó el castillo fuerte de Château-Pélerin, que la orden abandonaría a los musulmanes en 1291, tras la caída de Acre. Su actuación fue decisiva en Damietta, gracias a lo cual los ejércitos cristianos consiguieron salir airoso. Muere de peste en 1219.

Pere de Montagut (1219-1232), de procedencia catalanoaragonesa. Durante su maestrazgo Federico II Hohenstaufen consigue la entrega provisional de Jerusalén y se hace coronar rey de Tierra Santa, pero, por oscuros motivos, ni el Temple ni el Hospital asisten a la sacra ceremonia. El emperador se tiene que conformar con la pleitesía de Hermann de Salza, maestre de los caballeros teutónicos.

Armando de Périgord (1232-1244) media como gran maestre del Temple en las disensiones que existen entre hospitalarios y teutónicos. Murió en las murallas de Gaza.

Ricardo de Bares (1244-1247). Durante su mandato, la orden participa activamente en el gobierno del reino, ya que la Corona ha pasado a manos de los Hohenstaufen, que no residen en Tierra Santa y delegan en un representante imperial.

Guillermo de Sonnac (1247-1250) murió en el asalto a Mansurah.

Rinaldo de Vichiers (1250-1256) se negó a que la orden entregase el rescate para liberar a san Luis, rey de Francia, prisionero de los sarracenos en África.

Tomás de Bérard (1256-1273). Durante su maestrazgo se recrudeció la pugna entre las órdenes del Temple y el Hospital; al parecer abjuró ante los sarracenos en Sepahad para salvar la vida.

3.5. Inocencio, azote de herejes

El papa Inocencio III (1198-1216) es una figura controvertida de esta época y su actuación en el contexto de una Edad Media, azotada por la peste, las guerras, las expediciones cruzadas y la lucha contra la herejía, es denostada por unos y elogiada por otros. Este papa defensor de los templarios fue preceptor del emperador Federico II durante la minoría de edad de éste en Sicilia y se cree que estuvo, como el propio emperador, en contacto estrecho con el Temple, que influyó decisivamente en sus posteriores actuaciones. Pero, también como en el caso de Federico II, el papa se fue apartando progresivamente de la amistad con los templarios hasta convertirse en su enemigo y detractor, pues se queja continuamente de ellos, ya que no contribuyen con sus bienes monetarios todo lo necesario al mantenimiento de la Iglesia y las cruzadas; en definitiva, la orden, quizá demasiado implicada secretamente con los *perfectos* de Albi, se muestra reacia a colaborar con las expectativas papales.

Su actitud para con los albigenses o cataros de la ciudad occitana de Albi fue en extremo dura después del asesinato del legado pontificio Pedro de Castelnau y su política muy dolorosa para la cristiandad: pertrechado en sus profundas convicciones católicas no toleró la herejía y sancionó las matanzas de los condados de Provenza y de Tolosa que culminaron con la muerte en la hoguera de doscientos cataros (Montségur, 1244) y con otras violencias. Inocencio se vio obligado a tomar bajo su protección al conde soberano Raimundo de Tolosa, quien había fomentado la herejía en sus territorios, como, por otra parte, había

hecho toda la nobleza occitana y provenzal²⁰. Respecto a la IV Cruzada, el papa tuvo que asistir impasible al saqueo de Constantinopla, que, como en el caso de los albigenses, trató de impedir en última instancia. Pero Inocencio III no logró, en ninguno de ambos casos, aplacar el fuego devastador que había encendido su política de intransigencia.

3.6. La oriflama de san Luis

Luis IX, rey de Francia (1214-1270), fue un monarca ejemplar en todos los sentidos y condujo una existencia pía y devota como pocos caballeros de su época, dando incluso ejemplo cristiano en los momentos más adversos, cuando cayó prisionero en Egipto durante la VII Cruzada o cuando la peste terminó con su vida a las puertas de Túnez (VIII Cruzada), tanto así que muchos caballeros musulmanes se convirtieron al cristianismo edificadas por la fortaleza de su espíritu y la rectitud de su proceder. Fue un cristiano modélico cuya mentalidad se vio anclada en los presupuestos espirituales del Medievo: temeroso de Dios, pero inclinado excesivamente a la penitencia y a los rigores de las prácticas ascéticas tradicionales, se distancia considerablemente de Federico II Staufen, a quien los historiadores consideran un estadista plenamente moderno y un adelantado a su época en su criterio e ideas, vanguardista y tolerante.

Frente a la brillante figura del erudito emperador, la imagen del rey de Francia palidece por su sometimiento a los dictados pontificios: aunque renuente, el rey santo envió a requerimiento papal los ejércitos *cruzadas*, encabezados por su hermano, Carlos de Anjou, que exterminarían a los últimos Hohenstaufen. El rey Luis IX fue canonizado por Bonifacio VIII en 1297 y en la ceremonia papal ondeó la *oriflama* de san Luis, el estandarte real de Francia que trae campo de azur flordelisado de oro.

3.7. Federico, imperator mundi

¿Quién es este aliado del Temple que, pese a su educación vinculada a la orden, la perseguirá y se volverá en su contra? Se trata de un hombre inteligente e impetuoso, jefe de la secular Casa de los Staufen o Hohenstaufen (los Grandes Staufen), educado por el papa Inocencio III (también en un tiempo proclive a las enseñanzas templarias), hijo de! terrible emperador germánico Enrique VI, que fuera azote de la humanidad y de su propia familia, y nieto de Federico I Barbarroja.

Federico II es un hombre decidido y apuesto, de rasgos proporcionados y amplia frente, como nos muestra el busto del Museo Nacional de Berlín, de enigmática personalidad. Ha luchado por abrirse camino hacia el imperio y por que el imperio —el Sacro Imperio Romano Germánico— no ceda ni un ápice ante las exigencias del poder temporal de la Iglesia católica, que pretende para sí, y no para los sacros emperadores alemanes, la hegemonía y el poder de decisión último, tanto en lo religioso como en lo político. Federico II se ha educado junto a hombres enviados a Palermo por Inocencio III, correligionarios de

²⁰ MORGHEN, B.: *Medioevo cristiano*, Biblioteca Universale Laterza, Bari, 1984.

éste —uno de ellos, el cardenal Savelli de Perugia, será luego el papa Honorio III— y ha aprendido ideologías proclives a las teorías templarias que más tarde serán condenadas en toda Europa. Aun así, la enemistad entre Federico y el papado, ya muerto Inocencio III, no deja lugar a dudas: el emperador se considera el heredero de los Césares; el papa pretende la autoridad absoluta. Renace y se recrudece el nunca extinto conflicto entre güelfos y gibelinos: los primeros, partidarios del papa; los segundos, del emperador.

Federico II es hijo de Constanza de las Dos Sicilias. Esta princesa normando-siciliana sufrió toda su vida la inquina del emperador Enrique VI, su esposo, quien por intereses políticos encaminados al sometimiento del sur de Italia diezmó en el suplicio a toda la familia normando-siciliana de Constanza. Pero este matrimonio había sido también el vínculo entre los Hauteville y la Casa de Suabia. A la muerte de la emperatriz, que muere un año después del fallecimiento del emperador —a decir de muchos, envenenado por iniciativa de la propia Constanza—, la tutela y guarda del joven Federico Roger Staufen, de cuatro años de edad, pasa al papa Inocencio III, ya que Constanza de Sicilia no quería ver a su hijo en manos alemanas.

PONTÍFICES ROMANOS DURANTE EL TEMPLE

Gregorio VII (1073-1085)

Víctor III (1086-1087)

Urbano II (1088-1099)

Pascual II (1099-1118)

Gelasio II (1118-1119)

Calixto II (1119-1124)

Honorio II (1124-1124)

Inocencio II (1130-1143)

Celestino II (1143-1144)

Lucio II (1144-1145)

Eugenio III (1145-1153)

Anastasio IV (1153-1154)

Adriano IV (1154-1159)

Alejandro III (1159-1181)

Lucio III (1181-1185)

Urbano III (1185-1187)

Gregorio VIII (1187)

Clemente III (1187-1191)
Celestino III (1191-1198)
Inocencio III (1198-1216)
Honorio III (1216-1227)
Gregorio Di (1227-1241)
Celestino IV (1241)
Santa Sede vacante
Inocencio IV (1243-1254)
Alejandro IV (1254-1261)
Urbano IV (1261-1264)
Clemente IV (1265-1268)
Santa Sede vacante
Gregorio X (1271-1276)
Inocencio V (1276)
Adriano V (1276-1277)
Juan XXI (1276)
Nicolás III (1277-1280)
Martín IV (1281-1285)
Honorio IV (1285-1287)
Nicolás IV (1288-1292)
Santa Sede vacante
Celestino V (1294)
Bonifacio VIII (1294-1303)
Benedicto XI (1303-1304)
Clemente V (1305-1314)

Desde su nacimiento en Iesi, en Ancona, a la temprana edad de cuatro años, Federico Roger aprende a amar un país lejano al feudo sobre el que gobernaron sus ancestros: Italia será para él la auténtica patria. Pero no olvidará nunca la misión imperial: reunir bajo un solo cetro el gobierno de Europa. Se trata, pues, de una meta absolutamente coincidente con los ideales europeístas y, si se apura, universalistas de los templarios, que han llegado al joven emperador a través de Inocencio III, protector en un principio de la orden. Incluso se sospecha que ambos hombres han sido templarios en uno de los primeros grados de pertenencia a ésta, de la que luego se han separado porque los estatutos no permiten que las

figuras políticas ni los jerarcas de la tierra pertenezcan al Temple, a no ser que abandonen definitivamente el mundo y se consagren a un solo fin: el servicio a la causa templaria.

¿Ha ingresado el emperador en la orden en una determinada etapa de su vida, quizá en secreto? ¿Es cierto que el impedimento de progresar dentro del Temple o el acceder a determinados conocimientos sólo accesibles a los iniciados generarán en él una cierta animadversión a todo lo relacionado con la orden, como después sería el caso de Felipe IV el Hermoso?

J. G. Atienza adelanta algunas hipótesis²¹ entre las que destaca el pacto firmado por Federico con el sultán de Egipto, Malek al-Qamil, por el que la cristiandad recuperaba la ciudad santa y los templarios perdían en Jerusalén los lugares del Templo de Salomón en donde instalaron su casa matriz, lo que conllevaría la enemistad hacia el emperador, que tiene que recurrir, desde entonces, al Hospital. Sin embargo el mismo autor postula también la existencia de una confabulación secreta (*pactio secret* de 1228) por la que templarios, teutónicos, hospitalarios, *ashashins* y otras órdenes sincréticas eligen a Federico II «rey del mundo» con la finalidad de crear un imperio universal bajo su cetro que responda a los ideales templarios. Nada hay de seguro en ello, pero lo cierto es que al año siguiente Federico es coronado rey de Jerusalén (título que todavía llevará Conradino en 1268).

Pese a todo y a la hostilidad del emperador para con sus antiguos protectores, a su muerte en 1250, les lega en su testamento incontables bienes y les devolvía mucho de lo que en otros tiempos les confiscara.

La cuestión es que Federico lucha, durante toda su vida, por abanderar la causa imperial y desde una posición templaria. Esto le costará la excomunión por dos veces consecutivas: en 1227, cuando Gregorio IX no puede sufrir sus ataques a la liga lombarda y en 1239, por el mismo motivo, pues Federico derrota de nuevo a la liga en Cortenuova. En esta ocasión, Gregorio IX llega incluso a solicitar la creación de un ejército de *cruzados* contra el emperador. Pero ya Federico se había apresurado la primera vez a organizar él mismo una auténtica cruzada a Tierra Santa (VI Cruzada, 1228), adonde llega y, tras sorprendentes negociaciones con el sultán de Egipto —resueltas quizá gracias a la solapada intermediación templaria— consigue, sin derramar una gota de sangre, recuperar Jerusalén para la cristiandad, la ciudad tres veces santa, de la que Federico es proclamado rey gracias a su matrimonio con Isabel, hija de Juan de Brienne.

Su oposición al papado es un asunto de toda una vida y Gregorio IX es su principal oponente, quizá también un importante rival ideológico. Federico es un hombre lúcido y culto, habla a la perfección el latín, el griego y el árabe, no así el alemán y el francés, lenguas en las que se expresa con dificultad. Ha asimilado las tradiciones orientales y las incluye en su propio acervo cultural, llegando a «hacer vida en la que no rechaza los modos y las usanzas musulmanas», para escándalo de sus enemigos, para los que la recta vía empieza y acaba en las enseñanzas de la Iglesia romana. Por todo ello es llamado el «Anticristo», pues Federico ha cuestionado el poder papal de «atar y desatar» y de inmiscuirse en lo temporal, ya que cree que la cátedra de Pedro no tiene más misión que la de servir de guía a las conciencias y no a las naciones ni a sus patrimonios. El emperador posee una propia visión del mundo, apartada de las enseñanzas y los dictados eclesiásticos, y cree en supuestos espirituales que entran en contradicción con los postulados católicos. Y

²¹ ATIENZA, J. G.: *La mística solar de los templarios*, Ediciones Martínez Roca, Barcelona, 1983.

todo ello coincide quizá excesivamente con la ideología templaria.

Cuando en 1241 Gregorio IX predica su cruzada contra el emperador y convoca un concilio para darle un escarmiento, Federico II hace cercar las naves que conducen a los purpurados a Roma y los aísla en plena mar: los cardenales no pueden reunirse para dictar su anatema contra el príncipe alemán. Celestino IV, Inocencio IV y Clemente IV son los siguientes papas que se oponen a su poder. Pero Federico II Staufen no deja nunca de seguir su particular ideario: un imperio universalista, una organización racional y moderna de los sistemas de gobierno en sus Estados (constituciones de Melfi de 1231), una mayor apertura hacia las culturas extranjeras y orientales, ecumenismo de sus pautas sociológicas y políticas, separación de poderes en lo religioso y en lo temporal.

No obstante, esta fidelidad a una ideología de renovación llega, como la propia idea templaria, antes de lo previsto en el programa de evolución ideológico de la humanidad y es, al fin y a la postre, la causa de la ruina de su Casa y de su estirpe.

En 13 de diciembre de 1250, el sacro emperador romano-germánico Federico II Hohenstaufen, espejo de caballeros alemanes y cristianos, que en su persona y conducta había aunado el ideal gótico del paladín medieval a la amplitud de miras del gentilhombre renacentista italiano y a la erudición del noble árabe de Córdoba o de Damasco, muere en su castillo de Florentino, en Apulia, a caballo entre dos mundos, como había vivido, y su guardia de corps compuesta de soldados sarracenos acompaña sus restos mortales a Palermo, en cuya catedral descansarán²².

Muy cerca, la fortaleza de Castel del Monte, que el emperador mandara construir en 1233 a Philippe Chivard, muestra todavía su arquitectura octogonal propia de un templo solar y su curiosa distribución donde, a decir de muchos, se reunían los enviados de aquellas órdenes esotéricas y proscritas que, al paio de los dictámenes romanos, pretendían erigir al gran Staufen en *imperator mundi*.

3.8. El fin de los Hohenstaufen

En 1265, el papa Clemente IV, que no ha conseguido que el rey Manfredo de las Dos Sicilias, hijo natural del emperador Federico II Staufen, lo reconozca como señor feudal, llama en su ayuda al rey de Francia, Luis IX *el Santo*. Manfredo Staufen ocupa Toscana y pretende sitiar Roma. Pero Carlos de Anjou, conde de Provenza y hermano del rey de Francia, conduce su ejército victorioso de *cruzados* contra Nápoles y presenta batalla a Manfredo, quien muere en la refriega (Benevento, 1266). Por orden expresa del papa, Carlos de Anjou se esfuerza por «extirpar la semilla del hereje»; este «hereje», este «Herodes», no es otro que «Federico el Babilonio», a decir del pontífice: el emperador Federico II Staufen.

Tras la fulminante conquista del reino de las Dos Sicilias, la reina Elena, princesa griega de

²² En 1945, las tropas nazis, en su precipitada retirada de Nápoles, no olvidan arrancar y llevarse consigo la lápida de la tumba del último de los Hohenstaufen, más como objeto de poder que como recuerdo de la herencia alemana en el reino de las Dos Sicilias (PAUWELS, L. y BERGIER, J.: *El retorno de los brujos*, (*op. cit.*)).

Spira y esposa de Manfredo, y sus tres hijos son perseguidos hasta Apulia, apresados y conducidos a una fortaleza de la que no volverán a salir; Enzo, rey de Italia, hijo del emperador Federico, es detenido en Bolonia y aislado en su castillo para el resto de sus días; la princesa Beatriz es arrojada a una prisión durante veintidós años.

3.9. Conradino, duque de Suabia

Nápoles, Mercato Vecchio, 29 de octubre de 1268. Tras la derrota de Tagliacozzo, el duque Conrado de Suabia, hijo del rey Conrado IV de Alemania y, por tanto, nieto del emperador Federico, sube al cadalso este 29 de octubre. A sus espaldas el Mercato Vecchio y las *loggie*, y más allá el mar que baña un territorio eternamente disputado a lo largo de la historia por franco-normandos, alemanes, catalano-aragoneses y más tarde franceses y españoles, el reino de las Dos Sicilias: la isla de Sicilia y el reino de Nápoles.

Sobre la tribuna real ondean las banderas flordelisadas y los estandartes papales. Carlos de Anjou certifica con su presencia la legitimidad del acto y con su triunfo militar la hegemonía angevina en el reino meridional. El duque de Suabia, Conradino, como lo llaman los italianos, de apenas dieciséis años, es decapitado junto al margrave Federico de Badén y mil caballeros alemanes. La sangre de los Staufen no volverá a resurgir en el escenario de la política europea y los descendientes de Federico II serán aniquilados uno por uno, a tenor de los dictados del romano pontífice y los intereses políticos de Luis IX, rey de Francia, a quien la Iglesia católica paga sus servicios *post mortem* habilitando su canonización en 1296. Las Dos Sicilias pasan a poder de los reyes de Francia y la titularidad del Sacro Imperio Romano Germánico a la Casa de Habsburgo durante los seis siglos siguientes.

EMPERADORES GERMÁNICOS DE LA CASA DE HOHENSTAUFFEN

Conrado III de Suabia (1137-1152)

Federico I Barbarroja 1152-1190)

Enrique VI (1190-1197)

Federico II 1197-1250)

Otón de Brunswick (1250-1254)

Conrado IV 11254-12731

3.10. La mano izquierda y la mano derecha

Estos dos personajes paradigmáticos, el devoto rey de Francia y Federico II, el emperador más ilustrado y humanista de la Edad Media, son precisamente representativos de la nobleza medieval: el primero porque su vida fue un modelo de virtudes cristianas, plena de actos de caridad y devoción; el segundo porque sus miras políticas, culturales y sociales trascendieron con mucho el marco histórico en el que vivió. Quizá se atisba en Federico la educación templaria y su ánimo de trascendencia alejado de unos postulados eminentemente piadosos, pero restrictivos de la libertad de conciencia y actuación, propios del hombre medieval. El ideal templario, sin embargo, y su visión cósmica del mundo añoran en el emperador Staufen y lo hacen partícipe de la sabiduría de otras civilizaciones, de sus costumbres y modos, algo que sólo los monarcas castellanos y catalano-aragoneses llegan a vislumbrar en una España incipiente y todavía dividida, pues sólo ellos son capaces de luchar contra el imperio musulmán y adecuarse, a la vez, a sus costumbres, abrirse a su pensamiento e incluso mezclar sus sangres con las dinastías damascenas, con los reyes moros de Valencia o Zaragoza.

Esta tarea, propia de mentalidades posteriores a las medievales, es precisamente la intención templaria, más afín al universalismo y al ecumenismo religioso que la doctrina de la propia Iglesia católica, que ha creado la orden. Sin embargo, aunque en la superficie de los hechos, los templarios luchan a muerte contra la hegemonía musulmana, en las profundidades de las líneas maestras de la actuación social y política de la orden, los grandes iniciados o, por lo menos, los hombres educados en sus presupuestos, vuelan con gran amplitud de criterio, como el emperador Federico, por encima de fronteras y credos y comparten, aunque sea secretamente, un único ideal espiritual y propugnan su triunfo en todo el universo civilizado, basado en la idea sinárquica de gobierno del mundo.

Quizá se trata de un ideal paralelo al que persigue la Iglesia católica, que se ve obligada a actuar cuando sus jerarcas advierten que la Orden del Temple ha superado los presupuestos para los que fue creada y que, como un hijo díscolo y demasiado crecido, detenta un poder colosal, pues la orden resulta fiadora económicamente en numerosas ocasiones de los propios pontífices romanos.

Y con las suspicacias llega el fin. En los próximos siglos, la Iglesia romana confiará su brazo ejecutor a la orden de los dominicos, quienes se encargarán de los procesos inquisitoriales contra toda desviación dogmática. Durante su proceso, los templarios, otrora dueños y señores de Tierra Santa y de gran parte de Europa, tendrán que sufrir los contundentes interrogatorios de estos monjes, que se han erigido en la mano derecha del papa y a los que el vulgo da el apelativo de *Domini canes*: «los perros del Señor».

IV. SE ALZA LA ESPADA

4.1. Los perfectos de Albi

En el siglo XII surge en el Mediodía francés la herejía denominada «de los albigenses», por tener sus raíces en la ciudad occitana de Albi. Los albigenses predicán la realización de un sistema de vida puro (en griego *catharos*), alejado de toda relación con la carne, que entronca con antiguos principios maniqueístas sobre el bien y el mal. No creen en la divinidad de Jesucristo y practican una especie de cristianismo primitivo; visten de blanco y realizan ceremonias de iniciación en las que los fieles reciben el *consolamentum*. Los albigenses o cataros, también llamados «perfectos» o «puros», *popelicans* en occitano (pelícanos), por corresponder esta ave con significados esotéricos profundos de sus creencias, son llamados muy pronto al orden por la Iglesia de Roma. Apoyados por el conde de Tolosa Raimundo VI, por el conde de Foix y el vizconde de Béziers, su expansión religiosa alcanza enseguida Provenza y Aragón-Cataluña y encuentra numerosos seguidores entre la alta nobleza de estos Estados.

Pero los enfrentamientos con los enviados de la Santa Sede y los dominicos degeneran en el asesinato del legado pontificio Pedro de Castelnau (1208), lo que empuja a Inocencio III predicar la *cruzada contra lo, albigenses*. Durante las persecuciones, los templarios abren a los cataros las puertas de sus castillos con mayor o menor franqueza, con lo que muchos salvan la vida. Así, existe la duda de si la orden intentó proteger la herejía en secreto y si estaba vinculada a estos grupos en contra de la voluntad del papa.

Simón de Montfort se puso al frente de los *cruzados* y atacó Béziers (1209), donde se pasó a cuchillo a 20.000 personas. El catarismo se extinguió tras el asedio del castillo de diversas fortalezas en las que los albigenses se habían hecho fuertes y, sobre todo, de Montségur (1244), durante cuyo sitio los asediados *esperaban* «quizá la llegada de las tropas de Federico II como último recurso». Tras la rendición de los cataros, entre los que se contaban el señor feudal y sus familiares, subieron a la hoguera doscientas personas (mujeres y niños incluidos), que se sumaron a los condenados en 1211 en Lavaux (400 personas), en Montwimer (188 personas) y otros lugares.

La leyenda cuenta que Montségur era el *Montsalvat* legendario y que los cataros eran depositarios del santo Grial²³. Lo cierto es que se encaminaban a las piras cantando, en grupos, vestidos de blanco y sonrientes. ¿No hay un cierto paralelismo con los mártires del cristianismo primitivo, cuando éstos se dirijan, ante los atónitos ojos de la multitud, al encuentro de los leones y las fieras de los circos romanos? Sólo que ahora los oscuros verdugos son los inquisidores que envían a los *perfectos* a las llamas. ¿No se han invertido los papeles, quizá? ¿Acaso la Iglesia triunfante del siglo XIII se reduce a las rivalidades internas de las órdenes, el nepotismo de los clérigos y las pesquisas inquisitoriales que, como regla común, recurren sistemáticamente a la tortura y al suplicio? ¿No es, acaso, un

²³ NELLI, R.: *La vida cotidiana entre los cataros*, Editorial Algos Vergara. Barcelona. 1984. También: BERLING, Peter: *Los hijos del Grial*, Plaza & Janés, Barcelona, 1966.

ejemplo de elevación espiritual ese modo gozoso de aceptar el martirio, en lugar de renunciar a la creencia? ¿Esa extraordinaria fuerza no procede de la fe?

Mientras toda la cristiandad se bate en luchas internas y los cruzados llevan el católico estandarte a una Tierra Santa regada por la sangre de los infieles, sólo los cataros parecen seguir el ejemplo de los cristianos primitivos que se niegan a recurrir a la violencia de la espada: a la hora de la muerte los perfectos de Albi y Montségur se encaminan a la pira con las manos desnudas²⁴.

Pese a todo, los templarios recorrerán también tarde o temprano este camino de martirio y de ignominia y ascenderán a las hogueras que habrá encendido la voluntad del papa.

4.2. La huida a Chipre

Tras el maestrazgo de Tomás de Bérard, es elegido gran maestro de la Orden *Guillermo de Beaujeu* (1273-1291), que encontrará la muerte en el sitio de Acre, sede de la casa presbiterial desde la pérdida definitiva de Jerusalén. En 1291, el sultán de Egipto ataca en primer lugar Trípoli, arrasa la ciudad y da muerte a sus moradores. A continuación asedia Acre y, tras una esforzada defensa de la guarnición y de los caballeros de las órdenes, la ciudadela se rinde. El gran maestro muere en la refriega y parte de la población consigue huir precipitadamente a Chipre.

Pero ya todo está perdido para la causa cristiana en Tierra Santa: a los pocos días caen Tiro, Sidón y Beirut; Beaufort está en poder de los musulmanes desde 1268 y los templarios supervivientes se embarcan hacia Château-Pélerin, pero el castillo es evacuado a los pocos meses; los caballeros renuncian a defender su fortaleza más preciada y se retiran a Chipre.

En este pequeño reino que es casi completamente feudo del Temple, morirá al poco tiempo *Teobaldo Gaudin* (1291-1293), el recién elegido gran maestro de la orden. Los hermanos designan entonces a *Jacobo de Molay* (1293-1314) como sucesor, quien será el último gran maestro conocido y que morirá en la hoguera en París (1314). En Chipre, Molay pasa algunos años, hasta que surge la cuestión de la fusión de las órdenes templaria y hospitalaria, que parece convenir más a la Santa Sede, quizá para evitar las continuas discordias a las que se entregan los caballeros de una y otra. Bien es verdad que la unión de las órdenes en una sola equivale a crear una institución quizá demasiado poderosa, lo que en ningún momento conviene a ciertos príncipes, incluido el rey de Francia. Pero Clemente V desea consultar a los grandes maestros su opinión al respecto y en 1306 convoca a París (el papado tiene ahora su sede en Aviñón) a ambos dignatarios: Jacobo de Molay, por el Temple, y Fulco de Villaret, por el Hospital, que emprenden viaje a Francia. Jacobo de Molay no sospecha que jamás regresará a Chipre y que, en esos momentos, la orden está viviendo sus últimos días.

²⁴ El cardenal Wiseman, en *Fabiola o la Iglesia de las catacumbas* (1854), narra cómo Inés, cargada de cadenas ante el prefecto romano y acusada de ser cristiana y de practicar la brujería, deja caer inermes sus manos en ademán de indefensión y buena voluntad. Basta este gesto para que los hierros, demasiado grandes para una niña, caigan por su propio peso al suelo, liberándola y mostrando ante todos su inocencia.

4.4. El papa de Aviñón

Clemente V (?-1314) es el primer romano pontífice que fija la sede apostólica en Aviñón, donde permanecerá de 1309 a 1377 por intereses no sólo religiosos sino descaradamente políticos²⁵, aunque en un principio fuera con carácter provisional. Clemente, con anterioridad obispo de Comminges y arzobispo de Burdeos, no supo resistirse a las pretensiones de Felipe IV de Francia, que ya había actuado duramente con sus predecesores. Temiendo la reacción del rey, a cuya política de mano dura se achacaba la desgracia y muerte de Bonifacio VIII, y después de verse sometido a grandes tensiones, accede a los deseos de Felipe el Hermoso —que dice tener pruebas seguras en contra de los templarios— y se aviene a abrir una investigación en 1307. En 1311 convoca el concilio de Vienne, que disolverá la Orden del Temple.

REYES DE JERUSALÉN

Godofredo de Bouillon (1099-1100)
Balduino I de Boulogne (1100-1118)
Balduino II del Bourg (1118-1131)
Melisenda-Fulco de Anjou (1131-1143)
Balduino III (1143-1162)
Amalrico I (1162-1174)
Balduino IV el Leproso (1174-1185)
Balduino V (1183-1186)
Guido de Lusignan (1186-1192)
Isabel-Conrado de Montferrat (1192)
Isabel-Enrique de Champaña (1192-1197)
Isabel-Amalrico de Lusignan (1197-1205)
María de Montferrat-Juan de Brienne (1210-1225)
Isabel de Brienne-Federico II Hohenstaufen (1225-1243)
Conrado IV (1243-1254)
Conradino (1254-1268)
Hugo de Chipre (1269-1276)
Carlos de Anjou (1276-1285)

²⁵ HOLMES, G.: *Europa: jerarquía y revuelta, 1320-1450*, SigloXXI Editores, Madrid, 1984.

4.5. Los últimos Capetos

Felipe IV. rey de Francia, llamado el Hermoso (1285-1314), es un rey autoritario y ya ha dado bastantes pruebas a sus súbditos de su férreo temperamento, sobre todo durante el episodio de la *Torre de Nesle*, en el que se ven involucradas las esposas de sus hijos, príncipes que luego reinarán en Francia tras él, pero que, como a él, les perseguirá la maldición del último templario y morirán muy jóvenes y sin descendencia, por lo que la Corona pasará a la Casa de Valois (1328).

Este monarca ya ha comprendido hace tiempo la actuación soterrada del Temple y sus particulares intereses, pues si bien el reino de Chipre no acaba de resultar empresa fácil para la todopoderosa orden, el de Francia puede convertirse en el feudo templario por excelencia, ya que su economía empieza a depender en parte del Temple, de sus subvenciones y préstamos y de sus créditos (la orden había prestado grandes sumas al rey en 1297, 1298 y 1300).

El real Tesoro de Francia, sin ir más lejos, se halla en la fortaleza del Temple de París, pues se considera a la orden depositaria de la riqueza de la nación. Todo ello, además de la posibilidad de que el Estado francés obtuviera gran parte de los bienes de la orden o el despecho del rey por no haber sido admitido en la misma, como presuponen algunos, al prohibir la regla a los príncipes soberanos ocupar un cargo preeminente, lleva a Felipe IV a iniciar una decisiva operación contra los templarios.

Con este fin se presta atención a los rumores y se organiza una investigación en regla (1305) dirigida por Guillermo de Nogaret, guardasellos del rey, que ya actuó con contundencia durante la expedición a Anagni. Así, se fabrica una lista de atrocidades: idolatría, sodomía, herejía, magia. Se aprovecha que el gran maestro del Temple y el del Hospital visitan Francia (1306), acudiendo al llamamiento de Clemente V, y se tiende una trampa policial perfectamente preparada. El rey de Francia presiona al papa y le advierte de la corrupción en el seno de la orden; el papa ordena una investigación.

4.5. Empieza la caza

París, *13 de octubre de 1307*. Al alba y con gran cautela, la policía de Nogaret detiene a todos los templarios de Francia en una operación relámpago calculada con antelación. En París se arresta a los grandes dignatarios y al gran maestro, Jacobo de Molay, en total 138 hermanos, que pasan a disposición del brazo secular en algunos lugares y en otros quedan bajo la custodia de la Inquisición, que procede a los interrogatorios, acompañados en muchas ocasiones de la tortura (el pergamino que contiene las transcripciones de éstos mide veintidós metros con veinte centímetros).

En toda Francia se detiene a 546 templarios, es decir, casi todos. Sólo unos pocos consiguen escapar (unos treinta), entre ellos el preceptor de Francia, Gerardo de Villers.

Los hermanos son conducidos a la fortaleza del Temple o a otros conventos o casas de religiosos. La persecución se extenderá después a otros reinos, pero la orden encontrará defensores y apoyos inesperados: en Aragón-Cataluña, en Castilla y León, en Portugal, en Inglaterra, Flandes o Chipre, donde no son perseguidos hasta que los soberanos no reciben el ultimátum papal, las bulas de 1308 (*Pastoralis praeeminentiae* y *Faciens misericordiam*).

4.6. Las acusaciones

La policía de Felipe IV reúne testimonios y «pruebas» escandalosas que proceden de todas partes, pero sobre todo de su reino. Los funcionarios reales poseen informes de la conducta secreta de los templarios, sobre los que se cierne «la sospecha más vehemente». Esta sospecha está, al parecer, fundamentada sobre hechos verídicos cuya sola mención horroriza al propio rey: la acusación incluye idolatría, herejía y sodomía principalmente y en 1308 los cargos constarán de 127 artículos en los que se resumen los nefandos crímenes. Estos son: 1º. Los templarios niegan a Cristo, abjuran en secreto de su nombre y celebran reuniones secretas en las que adoran ídolos (una cabeza de dos rostros denominada *Bafomet*, ídolos en forma de gato negro y otros). 2º. Poseen una regla secreta en la que se exige al aspirante, al ser recibido en la orden, que reniegue de Cristo, que escupa sobre la cruz cristiana, que pisotee el sagrado símbolo e incluso que orine sobre él. 3º. Durante las celebraciones de la misa prescinden de la consagración de la Sagrada Forma (lo que deja al sacramento sin validez). 4º. Los grandes maestros y otros dignatarios absuelven a los hermanos de sus pecados, sin recurrir a los oficios de los sacerdotes o los capellanes de la orden. 5º. Practican entre ellos la homosexualidad ritual, que incluye la sodomía y los besos en partes íntimas de los maestros, pues lo exige así el ritual de admisión. Además se exige de los neófitos la disposición total en este sentido si son requeridos para ello por un superior. 6º. Existe amenaza de muerte contra todos aquellos que revelen cualquier secreto de la orden, éstos u otros.

REYES DE FRANCIA

Felipe I (1060-1108)

Luis VI el Gordo (1108-1137)

Luis VII (1137-1180)

Felipe II Augusto (1180-1223)

Luis VIII (1223-1226)

Luis IX (1226-1270)

Felipe III el Atrevido (1270-1285)

Felipe IV el Hermoso (1285-1314)

Luis X el Obstinado (1314-1316)

Felipe V el Largo (1316-1322)

Carlos IV el Hermoso (1322-1328)

Felipe VI (1328-1350)

4.7. La infamia

El templario no es sólo un fraile recoleto, sumido siempre en la oración y la penitencia de los sentidos y del cuerpo (cosa que también ocurría con frecuencia, por lo que se llegó a prohibir el excesivo uso de las disciplinas y la mortificación y el ayuno, pues los soldados de Cristo no podían entrar luego en batalla con el valor y los arrestos adecuados). El templario era también, y en primer lugar, un guerrero y, como tal, fiero y luchador, que está en contacto continuo con las gentes del mundo y con todas las ocasiones que incitan a la llaneza de costumbres y a la relajación. Su hábito no le defiende como a un benedictino, porque su misión es galopar a caballo para liberar a los peregrinos expuestos a los abusos de los sarracenos; en definitiva, un lugar común en la caballería medieval, repleta ésta de leyendas de doncellas y viudas en peligro que, pese a la sensibilidad de la que hace gala el amor cortés, no propicia un clima de alejamiento del inundo cuando se vive en el frente de batalla, se trajina con genios de armas, se cabalga de continuo, se desenvaina la espada y se asiste a continuas refriegas con el adversario. Después de esto, el templario —admirado u odiado—, cabalga triunfante por entre los puestos del mercado de Jerusalén, por las calles de Tiro o de Acre, objeto de las miradas de las mujeres y los hombres, que o lo desean o lo envidian —o ambas cosas, como se verá después en el proceso de 1307.

En este contexto no se puede exigir al templario «que no bese hembra, ni viuda ni doncella», como dicta la regla de 1128, sin exponerse a que surjan ocasiones de relajación de costumbres, tanto con jóvenes sarracenos (cosa frecuente en la época y en el contexto de Tierra Santa, relaciones por otra parte nada censuradas socialmente), como entre los propios hermanos. «Será mejor que los hermanos tengan desahogo entre sí que con mujeres», parece ser la norma, pues ya era sabido que los soldados «no deben estar en compañía de hembras» (pues se debilitan y se relajan), «sino de varones» (cuya necesidad de competición azuce al comportamiento heroico).

Pese a todo, los testimonios son muchos, desde el propio Federico II (que tampoco desdeña ninguna de las costumbres árabes) al sultán Saladino, que acusa sin ambages a los templarios de «complacerse en el vicio de la sodomía», palabras que resultan sorprendentes en un sarraceno de la alta nobleza, en cuyos palacios este comercio está a la orden del día.

Aun así, si existe sodomía o no, en la proporción que fuere, se trata de una actividad que en numerosas ocasiones aparece encubierta en muchas comunidades religiosas o militares, en donde el adepto se halla sometido a la soledad y a las tensiones internas (enfrentamiento con la clausura, con la muerte, con la batalla). Lo sorprendente en el caso templario no es la

existencia de relaciones homosexuales en una proporción determinada, mayor o menor, conducta siempre punible en un contexto religioso o militar (precisamente por lo proclive) hasta nuestros días, sino que, según las confesiones de 1307, ya las ceremonias de iniciación de los monjes-soldados *preveían* ritos de iniciación homoerótica; éstos, aunque sin llegar a la sodomía pública y consentida, parecían ser el camino para la admisión y la permisividad tácita de tales prácticas: Charney declara en 1307 que «los hermanos declararon en el capítulo que era preferible unirse a otros hermanos que a mujeres, pero que él nunca lo hizo».

Puede ser. Nunca se sabe lo que los templarios pueden haber confesado bajo la tortura o a la vista de los instrumentos del suplicio; puede tratarse de una declaración completamente falsa. Sin embargo, los besos rituales en los labios que se dan al gran maestro y luego a los caballeros que reciben al postulante durante la ceremonia van más allá, a decir de algunos hermanos en sus declaraciones: besos al maestro en las nalgas, en el ombligo y en zonas más íntimas. Todo esto queda confirmado por las declaraciones de muchos, pero sobre todo por los testimonios de Godofredo de Charney y de Hugo de Pairaud, que son nada menos que el preceptor de Normandía y el visitador general de la orden. Sin embargo, en opinión de ciertos historiadores²⁶, se trata de auténticas falsedades o también de simples *novatadas*, corrientes en las ceremonias de recepción del postulante, pero de ser así resulta impensable creer que se presten a ellas el gran maestro y otros altos dignatarios. Quizá se pretende probar a los caballeros, poner a prueba su valor y su fe, ver hasta dónde son capaces de llegar, en una especie de zafia pantomima cuartelaria, cuando se los violenta y se les obliga a cometer actos que van en contra de la moral cristiana o incluso se les fuerza a rechazar a Cristo, lo que raya con la apostasía, y escupir y renegar del símbolo de la cruz.

Porque, ¿de caer prisioneros en el campo de batalla, los sarracenos les obligarían a abjurar, les harían escupir sobre una cruz, pisotear el nombre de Cristo? Nada de eso; los guerreros musulmanes se limitan a preguntar quién está dispuesto a abjurar y convertirse a la *verdadera fe*. Los que no *levantaban el dedo* eran arrojados al santo suelo, donde se les decapitaba sin contemplaciones y sin mediar palabra. Y también sin ritos ni maniobras disuasorias de ningún tipo. Ésta era la muerte reservada al templario, la degollación ritual.

¿Quieren hacer creer que toda la ceremonia de los besos y las acusaciones de sodomía tienen también su origen en el trato que los sarracenos daban a los prisioneros? ¿Se ven éstos obligados acaso a soportar la sodomización ritual, destino que los egipcios, los griegos y otros pueblos mesopotámicos reservaban a las tropas derrotadas, y que por eso se entregaban a tal conducta? Es más coherente creer que existió contaminación de los modos habituales de los sarracenos y otras civilizaciones de Asia Menor, poco influidas tradicionalmente por los conceptos judeocristianos condenatorios de la promiscuidad sexual y sus variantes.

4.8. La herejía

En cuanto a la negación de Cristo y de su nombre y el resto de prácticas obscenas sobre la

²⁶ CHARPENTIER, L.: *Los misterios templarios*, Ediciones Apostrofe, 1995. WALKES, M.: *La historia de los templarios*, 1993.

cruz, la adoración ritual de una cabeza de doble rostro o un gato, las acusaciones aparecen tan exageradas que es difícil creer que una orden religiosa, fundada expresamente para la defensa de la cristiandad, pueda llegar a las antípodas de aquellos presupuestos para los que fuera creada. Sin embargo las declaraciones son tajantes: se mancilla el nombre de Cristo, se reniega de él expresamente en las ceremonias de admisión a la orden. Ante tales requerimientos, el sorprendido postulante, una vez rehecho de la estupefacción inicial, se niega a incurrir en blasfemia, por lo que entonces suele ser «amenazado por uno o varios de los hermanos que lo reciben, que empuñan sendas espadas y que lo conminan a negar a Cristo bajo amenaza de muerte» (confesiones de un templario que acusa de esto a Hugo de Pairaud). Pese a todos estos testimonios, arrancados mediante la violencia en numerosos casos, hay muchos hermanos que después se retractarán de sus confesiones y que, declarados relapsos, serán conducidos a la hoguera (54 en 1310).

4.9. Un poder secular

En toda la sarta de acusaciones subyace una voluntad definida de minar el crédito moral que la orden tiene en todo el orbe, terminar con ella desde dentro, aniquilarla en nombre de la pureza de la fe y de la defensa de la religión, precisamente los fines para los que había sido creada. Pues no se trata de si los templarios han mantenido, aquí o allá, en Tierra Santa o allende los mares, relaciones ilícitas con mujeres o con hombres, siendo éstos hermanos de la orden o jovencitos imberbes como era moda en Asia Menor, faltando con ello a su voto de castidad. Por ello nadie les mirará peor u mejor, pues tienen fama de grandes guerreros, defensores de la fe, arriesgados combatientes. El pueblo jerosolimitano y la cristiandad toda los han visto luchar contra los sarracenos, con mayor o menor convencimiento doctrinario, pero siempre con ahínco y valentía: a las puertas de Ascalón, de Gaza, han perecido a cientos y han dado su vida por exportar más allá de los confines de Europa la causa católica por excelencia: la *Reconquista* y la cruzada. ¿Se les va a reprochar ahora venalidad?

Lo que no se les perdona no son faltas que resultan menores para la mentalidad de todos (aunque severamente castigadas por las religiones, siempre intransigentes con la libertad sexual de los pueblos); lo que no se les perdona es su poder. El orgullo y la prepotencia templarias que en más de una ocasión han sido causa de muerte y desolación (Hattin, Damasco): el ansia de riquezas y la acumulación de tesoros. En definitiva, el desmedido poder del que hace gala la orden, una ofensa pública a las prerrogativas de los príncipes y un peligro definitivo para la seguridad de un Estado bagado todavía en estructuras feudales de gobierno: así lo piensa no solamente Felipe el Hermoso, sino también Eduardo II de Inglaterra, Jaime II de Aragón, los reyes impostores de la Casa de Anjou en las Dos Sicilias, ansiosos todos ellos de conservar la solidez de las estructuras monárquicas y dinásticas, de no ceder ni un ápice en el poder que detentan: los reyes de Aragón e Inglaterra para no convertirse en títeres de una poderosa orden que amenaza con infiltrarse excesivamente en los entresijos del poder real; los Anjou para campar a sus anchas en Tierra Santa, carente ahora de sus monarcas legítimos; Felipe el Hermoso porque observa cómo crece dentro del Estado otro Estado más poderoso, pues su aparato utiliza la sutileza y el sigilo en su estrategia y se desliza reptante aferrándose a las claves del poder dentro de

las instituciones de Francia, amenazando así con socavar la propia Monarquía: el rey les debe dinero y en grandes cantidades; dentro de poco el Estado será el Temple —como está a punto de ocurrir en Chipre, donde ya casi la orden ha devorado al pequeño reino— y en las sienes de Felipe IV oscila peligrosamente la Corona de Francia.

Pero el voluntarioso monarca tiene una baza que no va a desperdiciar: ha agarrado al papa por el cuello y el pontífice, aterrorizado —pues teme correr la suerte de su predecesor Bonifacio VIII—, baila al son que quiere el Capeto: desde su falso trono de Aviñón —éste no es el *legítimo* solio papal— tiembla y espera, se refugia en sus cardenales, aguarda al cónclave cardenalicio que dará paso al concilio y está dispuesto a oír a los templarios en última instancia, ya que es su supremo y último valedor. Pero al fin y a la postre, no es más que un títere en manos del rey de Francia: los templarios están irremisiblemente condenados.

4.10. La tortura medieval

En 1232 Gregorio IX publica la bula *Declinante*, por la que faculta al arzobispo de Tarragona para la perquisición y prendimiento de herejes en su diócesis y su posterior ajusticiamiento en la hoguera y, al parecer, la actitud papal responde a las iniciativas del intransigente Raimundo de Peñafort, dominico, verdadero creador de la Inquisición en Europa cuyos esfuerzos por extender la actuación del Santo Oficio a todos los países de la cristiandad dieron resultados sorprendentes, pues la Orden de santo Domingo persiguió infatigablemente la herejía. Tanto es así que en 1254 Inocencio IV hizo recaer sobre esta orden la exclusiva tarea de la persecución de herejes, que acaban sus días en la hoguera, como los reos de homicidio o los ladrones comunes y otros rufianes, sólo por meras cuestiones ideológicas o de fe. Los acusados eran interrogados, para lo que sufrían tortura, antes o después; antes, si eran reacios a la confesión que se esperaba de ellos, y después, cuando los inquisidores sospechaban que su confesión no había sido completa. En el caso de los templarios, en muchas ocasiones no hubo necesidad de llegar a la tortura física, pues muchos de ellos confesaban de manera espontánea con sólo serles mostrados los instrumentos (cosa inexplicable si se tiene en cuenta su preparación militar). Otros, y según las actas del proceso, hacían una declaración por la mañana y otra completamente distinta después de haber suspendido el interrogatorio para comer u otros menesteres, lapso de tiempo en que presumiblemente les era aplicada la tortura, que variaba de formas simples y menos humillantes a auténticas atrocidades (casos de Raimbaud de Carón o Itier de Rochefort).

El procedimiento regular era convincente en la mayoría de los casos, pues los hermanos, que se suponían hombres avezados y curtidos en las refriegas de las batallas en Tierra Santa contra los sarracenos, que no perdonaban a sus víctimas, expuestos a numerosos peligros y acostumbrados al horror y la crudeza de la lucha cuerpo a cuerpo, de la que no todos volvían ni incólumes ni impasibles la mayoría de las veces, no tienen reparo en confesar luego a la mínima presión de los funcionarios de Felipe FV o de los clérigos encargados de los interrogatorios, dirigidos principalmente por Guillermo de París y Nicolás de Enmezat.

En su descargo hay que señalar que no todos confesaron aun después de haberles sido

aplicada la tortura, que consistía comúnmente en el potro, la rueda, el flagelo, los borceguíes u otras formas más refinadas, propias del espíritu constructivo que la Inquisición daba a estos procedimientos considerados moneda corriente durante la Edad Media, pues cualquier persona sometida a una persecución policial esperaba, de entrada, que se aplicase la tortura en mayor o menor grado, ya fuera de condición religiosa, campesina o burguesa.

Los procedimientos variaban según los Estados, desde las prácticas por las que se suspendía a los acusados de pies o manos, boca abajo, y se les alzaba hasta el techo de la cámara mediante cadenas para luego dejarlos caer violentamente o colgar de sus miembros objetos de gran peso tan común en Cataluña; hacerles tragar grandes cantidades de agua que acababa sofocándolos o someterles a los borceguíes, suplicio conocido en Francia como la *question*, que se aplicó en numerosos casos y que consistía en sujetar las piernas del reo entre dos planchas y luego introducir entre éstas cuñas de madera (*coins*) a fuerza de golpes de martillo, lo que fracturaba los huesos de las extremidades, que el condenado no podía volver a utilizar. La *question* podía ser de diferentes grados y el máximo de ellos era con frecuencia irreparable y conllevaba la muerte del torturado²⁷. En el caso de los herejes que confesaban durante la tortura culpas reales o imaginarias y eran condenados a diversas penas, la Inquisición se mostraba clemente. Pero si recaían en el error y se retractaban, como hicieron muchos templarios que fueron sometidos a tortura, entre ellos Molay y Godofredo de Charney, eran considerados automáticamente relapsos y condenados a la pena máxima que, en el caso de herejía, es la hoguera, como instrumento de purificación «no sólo del cuerpo sino también del alma». El fuego fue el suplicio preferido en el caso de los cataros, los templarios y, a mediados del siglo XV, los valdenses, quienes subieron a las piras, por lo general, con bastante entereza, confortándose unos a otros, como fue el caso de los 54 templarios quemados en París en 1310 (que, al contrario de cataros y valdenses, no renegaron del catolicismo y murieron asistidos por sacerdotes católicos²⁸).

No obstante, la tortura no se aplica, en el caso de los templarios, con el rigor que se hubiera podido esperar y no en todas partes. En Francia los clérigos son reacios a emplearla contra hermanos en la fe y los procesos no avanzan; en Cataluña se niegan en redondo, lo mismo ocurre en Castilla y otros reinos de la península Ibérica. Se aplica mayor rigor en los Estados sometidos directamente a la jurisdicción papal, los feudatarios de la Santa Sede, en Francia y sus Estados satélites, como Provenza (sometida por la fuerza de las armas) y Tolosa, y la Sicilia angevina.

²⁷ Cuando los reos eran criminales públicos, reos de Estado o herejes, los suplicios tenían lugar en cadalsos a la vista de las gentes (en España durante los autos de fe). Así los condenados eran enrodados, castrados, desollados, decapitados y quemados públicamente en ceremonias que en ocasiones duraban varias horas. Los príncipes y la alta nobleza morían decapitados, pues la soga era considerada humillante para su condición y rango, normalmente mediante el hacha, aunque algunos preferían la espada (para decapitar a Ana Bolena hubo que recurrir al verdugo de Calais, pues no había ninguno especializado en la espada en la corte inglesa). La literatura clásica ha dejado testimonios escalofriantes de lo que representaba la tortura durante la Edad Media o el Renacimiento: DRUON, M.: *Los reyes malditos*, vol. I, *El rey de hierro*, 1965; DUMAS, A.: *La reina Margot* (1844).

²⁸ El lenguaje retórico y hueco que acostumbran a emplear los ministros de la religión en estos momentos, como en tantos otros, pero especialmente en esos momentos en que el hombre condenado a muerte suele encontrarse radicalmente solo y abandonado de todos, sin esperanza alguna de salvar nada, ni alma ni pellejo, suena casi siempre en los oídos del reo con tonos incomprensibles y absurdos- (SUEIRO, D.: *La pena de muerte*. Círculo de Lectores. Barcelona, 1974).

En 1307 ya habían declarado en París 138 templarios y las confesiones eran de todos los tipos, pero ante la tortura los hermanos confiesan todo lo que se les pide. El gran maestre Jacobo de Molay y Hugo de Pairaud, visitador general de la orden, personajes de altísima categoría tanto en la orden como fuera de ella, confiesan todo tipo de aberraciones. Lo confiesan todo: negación de Jesucristo, besos impuros, sodomía, idolatría, el diablo mismo que recibían en sus celdas, si se apura, pues «solo hay algo que excita a los animales más que el placer, y es el dolor»²⁹. Es obvio que ambos han sido torturados, aunque muchos autores persisten en negarlo. Sin embargo, de no ser así, ¿por qué esas declaraciones tremendas de Jacobo de Molay *ante los maestros de la universidad de París* en octubre de 1307, para luego retractarse en diciembre del mismo año ante dos cardenales enviados por el papa?

4.11. La hoguera: París, 1314

En 1130, como hemos visto, suben a la hoguera 54 templarios, que ni por un momento piensan en abjurar (como harían los herejes) ni en ceder ante la tortura y confesar hipotéticas faltas. Algunos de ellos se han retractado de lo que confesaron durante la tortura. Hay testimonios de otros templarios que denotan una gran presencia de ánimo.

Alguno declara que está dispuesto a soportar la hoguera o la decapitación, pero no «el ser quemado a fuego lento», declaración inaudita que en una sociedad moderna parece incomprensible cuando es fruto de una perquisición estatal. Por lo cual muchos de ellos confiesan cuantas abominaciones deseen los inquisidores. Los que, después, tienen fuerzas para retractarse, acaban en la hoguera. Estas continuas contradicciones no han sido resueltas por los historiadores: de un lado los templarios, hombres avezados a la guerra, que confiesan monstruosidad ante el temor a la tortura; por el otro, templarios que se retractan y arrostran la muerte en la hoguera —siempre terrible— con gran entereza y valentía. ¿Dónde está la explicación? Quizá la respuesta está simplemente en que dentro de la orden, que está repartida por toda Europa, hay distintas formas de espiritualidad y religiosidad, y lo que es una abominación para caballeros de grandes valores espirituales es practicado por otros en comunidades distantes de éstos, donde las costumbres sociales son distintas o en comunidades que, por motivos diversos que nos son desconocidos, han terminado por entrar en contacto con ritos oscurantistas o ideologías heréticas que han mantenido en secreto ante otros hermanos de la orden.

En 1312 Jacobo de Molay lleva ya seis años sometido a interrogatorios varios, a malos tratos y vejaciones: él es la cabeza visible de la orden e interesa a Felipe IV acabar cuanto antes con el Temple, para lo que debe terminar también con Molay. El gran maestre ha confesado, pero también se ha retractado. Abandonado de todos, sólo espera ser escuchado por el papa, el único en quien confía. Pero Clemente V, que no hace honor a su nombre, está más decidido a suprimir la orden que absolverla, pues así lo espera el rey de Francia. Por ello se ha convocado el concilio de Vienne, sin duda con la secreta mira de la disolución de la orden.

²⁹ ECO, U., *El nombre de la rosa*, 1980.

GRANDES MAESTRES DEL TEMPLO EN ARAGÓN-CATALUÑA

- 1159, Hugo de Barcelona
- 1163, Hugo Geoffroy
- 1166. Arnau de Torreja
- 1181, Bernard d'Avinyó
- 1183, Guy de Sellon
- 1183, Ramón Canet
- 1185, Gilbert Errall
- 1189, Ponç Rigaut
- 1196, Gerard de Caercino
- 1196, Arnau de Claramunt
- 1200, Raymond de Gurb
- 1202, Ponç Rigaut
- 1207, Pere de Montagut
- 1212, Guillem Cadell
- 1214, Guillem de Montredo
- 1221, Guillem D'Azylach
- 1224. Rupert de Puig-Guigone
- 1224, Folch de Pontpcsat
- 1228, Guillem Cadell
- 1233, Ramón Patot
- 1239. Estove Belmont
- 1240. Ramón Serra
- 1244, Guillem de Cardona
- 1254. Hug de Jouy
- 1258, Guillen de Montañana
- 1266. Pere Queralt
- 1266, Arnau de Castelnou
- 1279, Pere de Monteadá
- 1283, Berenguer de Sant Just
- 1291, Berenguer de Cardona
- 1306, Simón de Lenda

Como ocurre con todos los procesos jurídicos que duran demasiado, la espera fatiga tanto a los acusados como a los acusadores, y en 1312 los templarios confinados en las diferentes prisiones de Estado ya no tienen fuerzas para seguir defendiendo a la orden y ni siquiera para intentarlo. Renuncian, pues, a sus defensas. Es un gesto vano, pues ya el papa ha publicado la bula *Vox in excelso*, por la que suprime la Orden del Temple de un plumazo. Quedan Molay y algunos dignatarios en París, encerrados en la fortaleza que fuera la casa matriz, el torreón del Temple (donde en 1794 serán también confinados Luis XVI y la familia real antes de subir al cadalso).

¿Qué espera ya el gran maestro, un hombre derrotado y envejecido por los años de privación y los malos tratos, y por las torturas a decir de algunos —otros autores no lo creen así— para confesar abiertamente o abiertamente entrar en rebeldía? Molay espera quizá el perdón del papa.

4.12. La maldición

En realidad, Clemente V habría querido otorgar su perdón a la orden, pues él también espera que el concilio arroje definitiva luz sobre los acontecimientos. Los cardenales reunidos en el cónclave desean oír a los templarios en público —y cientos de ellos, llegados de toda Francia, aguardan en las inmediaciones del palacio papal para prestar declaración ante los purpurados—. Pero, por alguna circunstancia, finalmente se prescinde de su testimonio y el concilio decreta la supresión de la orden. Ahora es el turno de Molay y los pocos dignatarios que permanecen en espera de juicio. El gran maestro, en la soledad de su encierro, repasa mentalmente los cargos que ha confesado ciertos y se encomienda quizá a Nuestra Señora, de la que la orden es tan devota³⁰. Todavía no sabe que su destino es arder en la hoguera en la isla de los Judíos de París, frente a la iglesia de Notre-Dame.

Por la bula *Considerantes dudum* (1312), la Iglesia disponía lo necesario para juzgar a los templarios, una vez suprimida la orden. En 1313 el papa designa una comisión pontificia de tres cardenales para emitir un veredicto exclusivamente sobre Molay, gran maestro; Charney, preceptor de Normandía; Pairaud, visitador general del Temple, y Gonneville, comendador de Aquitania. El resultado fue una condena a prisión perpetua, en penosas condiciones, para los cuatro templarios. Sin embargo, Molay y Charney, descontentos consigo mismos tras la sentencia, pues quizá la perspectiva de verse sometidos lo que les restaba de vida a las mismas condiciones de privación y los malos tratos que habían tenido que soportar durante ocho años consecutivos, además de al oprobio y la vergüenza que recaía sobre la orden por esta condena de la Iglesia (y siendo ellos los responsables, pues habían confesado), se retractan de improviso ante los representantes de la curia, que no sabe qué decidir. Pero Felipe el Hermoso sí sabe, pues no puede arriesgarse a que la comisión pontificia acometa una revisión del veredicto o de la sentencia y, además, la ocasión se le

³⁰ ALARCÓN, H.: *La última Virgen negra del Temple*, Ediciones Martínez Roca, Barcelona, 1991.

presenta propicia. Los templarios relapsos son condenados a la hoguera inmediatamente y quemados en el atrio de Notre-Dame esa misma tarde (18 de marzo de 1314), dando grandes muestras de valor y serenidad. Al auto de fe asisten el rey Felipe IV y los príncipes reales y toda la corte y funcionarios, Nogaret entre ellos.

Al parecer, en los últimos momentos de vida, el gran maestre Jacobo de Molay, haciéndose oír por encima del crepitar de las llamas y de los aullidos de espanto de la muchedumbre, consigue alzar la voz y pronunciar la famosa *maldición*. Las terribles palabras que pronuncia emplazan al papa Clemente ante el tribunal de Dios «en cuarenta días» y al rey Felipe «antes de un año». Parece ser que la maldición incluía también a Guillermo de Nogaret, el principal instigador de la inquina real contra los templarios. Para sorpresa de muchos. Clemente V muere treinta y tres días después en el castillo de Roquemaure, a causa de una infección intestinal, y el rey Felipe a los nueve meses, tras una fatal caída de caballo en Fontainebleau. Y lo que es más: en menos de dos años muchos de los ejecutores del proceso fueron asesinados, juzgados y condenados a la pena capital por delitos comunes o, simplemente, muertos en extrañas circunstancias³¹. Entre éstos parece que se hallaba también Nogaret.

4.13. Los hermanos en la fe

A partir de la disolución de la orden, se dispone que sus bienes y posesiones pasen al Hospital, lo que en todas partes se realiza con gran lentitud, sin que parezca importarle nada a nadie.

En Francia ocurre lo propio, lo que hace suponer que Felipe IV no deseaba tanto apoderarse de las riquezas del Temple sino solamente deshacerse de un enemigo molesto. En España y Portugal los bienes muebles e inmuebles se transmiten al Hospital o a otras órdenes, fundadas expresamente —cosa sorprendente— para dar cabida a los templarios declarados inocentes o que superan el período de confinamiento. Así ocurre también con los huidos, aunque muchos son apresados y llevados a los tribunales. Pero en ninguna parte excepto en Francia son condenados ni considerados culpables ni de herejía ni de otros cargos.

En España y con este motivo los hermanos son admitidos en las Ordenes de Calatrava (localidad que había sido feudo templario y que conserva una cruz patriarcal muy utilizada por la orden, 1158); Montesa (creada exprofeso en Aragón-Cataluña en 1317 para evitar que los bienes del Temple pasaran al Hospital); Alcántara (1213); Santiago (1162). Todas ellas reciben en sus comunidades a numerosos templarios, igual que la Orden de Cristo (1319), en Portugal, fundada con los mismos fines que la de Montesa.

Como último baluarte de la orden queda en París la fortaleza del Temple, sede de la casa central de Francia, donde Jacobo de Molay había sido confinado. El impresionante edificio será entregado al Hospital y permanecerá en pie hasta 1811, fecha en que será derruido. Su alto torreón recordará a Francia la gesta de los templarios y su derrota final³².

³¹ OI.E.SA LE-SENNE, F. de: *La tabla redonda*, tomo II: *La divinidad secreta*, cap. VIII: *los templarios*. Ediciones Tema» de Hoy, Madrid, 1994.

³² Me dijo muchas cosas, respondió Pessoa. Me dijo en primer lugar que los dioses volverán, porque toda esta historia del alma única y de un solo dios es algo pasajero que está a punto de terminar dentro de los breves

ciclos de la historia. Y cuando los dioses vuelvan, los hombres perderemos esta unicidad del alma, y nuestra alma podrá ser de nuevo plural, como quiere la Naturaleza» (TABUCCHI, A.: *Los últimos tres días de Fernando Pessoa*, Alianza Cien, Madrid, 1996).

V. EL MISTERIO TEMPLARIO

5.1. El templo de Salomón

Salomón, que fue rey de Israel, el pueblo elegido de Yahvé, vivió hacia el 970 a. C. Tanto la Biblia como otros textos lo presentan como un monarca justo y temeroso de Dios, de gran sabiduría y santidad, como su padre David, en quien Yahvé había puesto su complacencia. Narra la Biblia que la reina de Saba, atraída por sus grandes conocimientos y su espiritualidad, fue a visitarlo para «probarle con enigmas». Y para todos ellos tuvo respuesta Salomón, pues le inspiraba el Espíritu.

No obstante, al final de sus días ofendió al Señor, pues edificó altares a los dioses sidonios y ammonitas para complacer a sus esposas extranjeras, ya que el rey poseía «700 mujeres de sangre real y 300 concubinas». Pero «las mujeres torcieron su corazón» (/ *Libro de los Reyes*). Y por todo ello Yahvé le retiró su favor y, a su muerte, «repartió su reino y lo entregó a un siervo suyo». (En 931 a. C. Jerusalén se dividió en Judá e Israel.)

Pero Salomón, un monarca culto e inteligente, a quien san Bernardo dedicó 120 sermones, y a quien debemos la composición del *Cantar de los Cantares* y los libros de la *Sabiduría*, los *Proverbios* y el *Eclesiastés*, mandó edificar un soberbio templo a Yahvé como no había existido otro igual. Su construcción, que el *I Libro de los Reyes* describe pormenorizadamente, respondía a determinados esquemas, patrones y medidas procedentes, a decir de muchos, de tradiciones ocultas e iniciáticas, quizá extraídas de antiguos conocimientos egipcios, pues «su sabiduría sobrepasaba la de todos los hijos de Oriente y la sabiduría toda de Egipto» (I Re 4, 30).

Salomón, pues, construyó un inmenso templo con un triple recinto y un *sancta sanctorum* y lo cubrió todo de oro puro, «toda la casa, los altares y los querubines que guardaban el arca». Y a ésta la situó en el lugar santísimo, bajo las alas de los querubines, en un recinto donde nadie podía entrar, so pena de muerte. Y dijo Salomón a Yahvé: «Pero, ¿en verdad morará Dios sobre la tierra? Los cielos y los cielos de los cielos no son capaces de contenerte» (I Re 8, 27).

En 587 a. C. el rey Nabucodonosor tomó Jerusalén, la ciudad de Salomón, la arrasó y la saqueó de todos sus tesoros y se llevó cautivos a sus habitantes a la aborrecida Babilonia. Derruyó el templo y lo dio como pasto a las llamas.

El templo presentaba una curiosa estructura, pues poseía tres recintos, de mayor a menor y concéntricos, de forma que, para llegar hasta el *santa sanctorum*, había que atravesar primero los dos anteriores. Una vez que el templo fue derruido por los ejércitos de Nabucodonosor y pese a las sucesivas reconstrucciones, los hebreos no volvieron a recuperar la magna obra que la edificación supuso en la Antigüedad, por lo que es tradición que los creyentes judíos acudan al muro llamado de las Lamentaciones, donde lloran la ruina del templo y la destrucción bíblica de Jerusalén.

En la actualidad, en la gran explanada denominada *Haram al-Sherif* o Noble Santuario, que abarca cerca de un sexto de la Jerusalén amurallada, se alza, dentro de lo que fuera *triple*

recinto del templo de Salomón, la espléndida mezquita de la Roca, denominada Cúpula de la Roca (*Qubbat al-Sakkra*). Fue construida en el 692, en lo que fuera el monte Moría, donde la Biblia narra que el ángel pidió a Abraham el sacrificio de Isaac, a quien luego detuvo por su propia mano al comprobar Yahvé la obediencia del patriarca (Gn 22) y recibe el nombre de «la Roca» porque en el centro de la mezquita se halla una gran roca viva donde la leyenda cuenta que apareció el ángel; presenta también las hipotéticas huellas del pie del profeta Mahoma y la de la mano del arcángel Gabriel, quien se apareció a este último.

La mezquita, considerada el centro del mundo por los musulmanes, se asienta en una edificación octogonal y dispone también de tres recintos concéntricos, separados por dos deambulatorios, en el centro de los cuales se halla la roca sagrada. Se trata de una curiosa salvedad en la arquitectura islámica anterior a la época; sorprendentemente y al igual que la primitiva estructura del templo, de triple recinto, sirvió de inspiración a numerosas fortalezas templarias en Tierra Santa y en Europa. El modelo de la Cúpula de la Roca, de planta octogonal, se reprodujo asimismo en muchas construcciones templarias, iglesias y capillas o fortalezas (Castel del Monte, Apulia; la Veracruz, Segovia; San Vitale, Ravena; Capilla Palatina, Aquisgrán), lo que no parece ser una coincidencia³³, pues el sello de los grandes maestros representa también la efigie de esta mezquita espectacular que el islam construyó en el corazón del templo de Salomón. El sello templario lleva una leyenda que hace referencia a un *templo de Cristo*; de hecho, el tambor de la cúpula de la Roca está rodeado por una cenefa epigráfica de 240 m de largo que glorifica a Jesús³⁴. Los templarios dedicaron este edificio a *Templo del Señor* y se alojaron en la mezquita que en la actualidad se denomina Al-Aqsa («la Única»), pero que entonces era residencia real de Balduino II. Poco después, el rey cedió a los templarios el uso incondicional de este sagrado recinto y se retiró a un nuevo palacio real junto a la torre de David.

5.2. Los extraños visitantes

En 1128, varios de los nueve caballeros que habitan en el templo de Salomón de Jerusalén y que han vivido en el sagrado recinto durante nueve años regresan a Francia para conseguir la aprobación de los estatutos de la orden en el concilio de Troyes, financiación y vocaciones. Habían llegado nueve (diez con el conde de Champaña) y parten no menos de seis, pues se conocen sus nombres: además del propio Hugues de Payns, viajan de regreso a Francia Payen de Montdidier, Archambaud de Saint-Amand, Geoffroy Bisol, Rosal y Gondefroy. Es decir, que permanecen en teoría en Tierra Santa sólo cuatro templarios, esperando el regreso de sus compañeros (otros suponen, por otra parte, que además de estos famosos templarios, el número de adeptos había ido creciendo y que la comunidad jerosolimitana era ya muy nutrida).

En estos nueve años todavía no han entrado en combate y, a decir de los testimonios, temen que llegue ese momento, pues todavía la orden no es tal y la preparación de sus adeptos es

³³ ALARCÓN, H.: *A la sombra de los templarios*, Ediciones Martínez Roca, Barcelona, 1986. El autor ahonda sobre las secretas causas de la construcción octogonal templaria y propone algunos ejemplos (San Vitale, Ravena; Capilla Palatina, Aquisgrán).

³⁴ *Tierra Santa*, Acento Editorial. Madrid, 1995.

en esa época muy restringida, dado el bajo número de profesos, y se asienta sólo en bases teóricas: monjes que serán, además, soldados, algo que choca frontalmente con los postulados cristianos de la época. Pero según Charpentier y otros, los enviados a Tierra Santa *ya han cumplido su misión* cuando regresan a Francia en 1128. Para estos investigadores, la Orden del Temple se prolongaría luego en el tiempo con otros fines y metas, pues la de este reducido grupo de hombres ha sido descubrir un secreto, que ya obraba en conocimiento de san Bernardo después de que éste y sus monjes cistercienses desentrañaran el intrincado laberinto de los textos hebreos encontrados después de la toma de Jerusalén en 1099.

¿Qué han descubierto estos caballeros franceses y flamencos en las dependencias del templo jerosolimitano de Salomón? ¿Un tesoro de incalculable valor, un objeto de poder? ¿Un arma secreta, como han apuntado los investigadores más osados, teoría que alentó a políticos y estadistas a profundizar en las actividades y pasado templarios durante el siglo XIX y en los albores de la II Guerra Mundial?

Así pues, hay quien sostiene que los templarios no acudieron a Jerusalén a proteger peregrinos, sino a buscar algo importante, de cuya existencia ya sabían con antelación.

5.3. Ordo Templi Salomonis

La Orden del Templo de Salomón recibe tardíamente sus estatutos y el apoyo de diversos papas, quienes la someten a su tutela, pero de una manera tan exclusiva que acabará por desligarse de todo poder temporal y deberá obediencia exclusivamente al pontífice romano. Dado que la *Ordre du Temple* es fundada por un grupo de lengua francesa, ha pervivido hasta nuestros días la denominación de «Orden del Temple».

Pero, siguiendo el hilo de un misterio que ningún historiador ha podido desentrañar y que incluso muchos niegan con desdén, las tradiciones esotéricas y heterodoxas afirman que los templarios buscaban algo especial. Se trata de una orden que enseguida empezó a recibir donaciones territoriales en lugares tan distantes de su casa madre (que sólo podía estar ubicada en Jerusalén, atendiendo a las miras universalistas de sus fundamentos) como España y Portugal y que en unos pocos años dominó las finanzas europeas y se erigió en un auténtico coloso económico. Todo ello conduce a suponer que la orden fue fundada con un objetivo determinado y que su creación, respondía a un fin preestablecido.

Ya se ha visto su vinculación con las órdenes benedictinas del Císter y el rápido enriquecimiento de éstas (tanto la reformada como la original, en cuyos estatutos se apela a la pobreza y al rigor benedictinos que sólo los trapenses sabrán conservar (andando el tiempo). Por eso cabe preguntarse si en toda esta leyenda no intervienen datos e informaciones que ya obraban en poder de los discípulos de san Benito.

Como en toda tradición legendaria, un grupo de esforzados paladines (Parsifal y los caballeros de la Tabla Redonda) procura dar con el objeto sagrado en cuestión, adueñarse de él y erigirse en su guardián, para lo que, en general, hay que ser un «hombre perfecto». En este caso, se trata de algo capaz de ayudar a una orden de monjes a construirse un emporio económico y financiero en Europa y Asia Menor con tanta facilidad. Entre las

posibles respuestas destacan los objetos tradicionalmente mágicos y simbólicos, fuentes de poder material y receptáculos de fuerza espiritual: el *arca de la alianza*, la *lanza de Longinos* y el santo *Grial*, entre otros.

El arca de la alianza

Se trata de un recipiente con doble forro de oro, cerrada con una losa de oro macizo (como los contenedores de material radiactivo), dos capas de tela y una de cuero para que no mueran los portadores (como los hijos de Aarón, Nadab y Abihu, en el Tabernáculo, cuyos cuerpos fueron sacados del campamento por orden de Moisés). Según Graham Hancock (*The Sign and the Seal*), el poder mortífero del arca queda bien patente a partir de la exégesis de los textos bíblicos, pues éstos la presentan como un arma letal cuyos efectos resultan devastadores ante las murallas de Jericó, contra los filisteos (I Sam 5, 6), o los habitantes de Bet Semes, donde mueren 50.000 hombres (I Sam 6-19; I Cron 13-9,10). Meir Ben-Dov va más lejos y sostiene en *In the Shadow of the Temple* que las tablas de la Ley eran un fragmento de un meteorito y que, por tanto, debían permanecer encerradas en el arca, que les servía de recipiente y actuaba como protección para quienes se le aproximaban. La Biblia explícita el «peligro de muerte» para todos aquellos que tocaran el arca con sus manos o se aproximaban excesivamente a ella; así ocurre en diversos casos que narran las Sagradas Escrituras durante el traslado del arca por el desierto o cuando ésta es robada por los filisteos, quienes, después de comprobar en su propia carne el peligro de poseer semejante objeto, lo devuelven a los hebreos espantados del poder de Yahvé, quien a partir de entonces cobra fama de *Deus tremendae majestatis* ante el que amorreos, cananeos y otras tribus huyen despavoridos, pues las represalias del pueblo elegido son terribles.

Charpentier, por su parte, se inclina a creer que los primeros templarios encontraron el arca en las caballerizas del templo de Salomón, que un nutrido grupo de templarios la escoltó hasta Francia en secreto y que permaneció en lugar ignoto, desapareciendo otra vez a los ojos de la humanidad. Con el arca, según el autor, los *milites Christi* hallaron patrones y medidas sagradas arquitectónicas (desde las relaciones geométricas con la proporción áurea hasta otras en las que intervienen escalas musicales), quizá las propias *tablas de la ley*, entendiéndose por *ley* «el Logos, el Verbo, la Razón, el Número», que les permitió idear cánones de construcción a los que luego respondería el arte gótico y, sobre todo, unas de sus máximas creaciones, la catedral de Chartres³⁵.

³⁵ En este templo, joya de la cristiandad dedicada a Nuestra Señora (figura del cristianismo contemporáneo muy venerada por templarios y cistercienses), existe en el pórtico llamado «de los Iniciados» una columna con un altorrelieve en el que aparece el arca sobre dos ruedas, llevada por un hombre oculto tras un velo y que atraviesa un campo cubierto de cadáveres, entre ellos uno con cota de malla. Este relieve da pie a la suposición de que el arca fue transportada por los templarios fuera de Jerusalén con intenciones bélicas durante la Edad Media (CHARPENTIER, L: *El enigma de la catedral de Chartres*, op. cit.).

La lanza de Longinos

En 1097 el ejército cruzado toma, no sin dificultad, la poderosa ciudad de Antioquía, pero enseguida se ve cercado por las fuerzas militares del sultán de Mosul. Pedro Bartolomé, sacerdote provenzal, acude ante Raimundo de Tolosa, pues ha tenido un sueño revelador en el que san Andrés le indica dónde se esconde la lanza de Longinos, el centurión que atravesó en el Gólgota el costado de Cristo. Tras recuperar la lanza milagrosa en el subsuelo de una iglesia de la ciudad, los cruzados marchan triunfales sobre las tropas musulmanas, rompen el cerco y liberan la plaza. Dos años después conquistan Jerusalén y los piadosos ideales no impiden las matanzas sistemáticas y la barbarie que diezma a sus habitantes y anega en sangre la ciudad sagrada. Esta lanza, considerada un poderoso talismán cuyo poseedor no sufriría derrota alguna en batalla militar y sería capaz, como Alejandro, de conquistar el mundo en dirección al Este, pasó, según algunos, a poder de los templarios. El neotemplarismo de los siglos XIX y XX dio considerable importancia a este talismán cuya posesión, a decir de algunos, fue el verdadero objeto de la invasión hitleriana de Austria, encaminada secretamente a la obtención de la lanza, que debía encontrarse en el tesoro de la Casa imperial de Habsburgo (actualmente en la Schatzkammer de la Hofburg de Viena), junto a otros objetos de significado esotérico-religioso: la manzana imperial, la corona del Sacro Imperio Romano Germánico y la espada denominadas «de Carlomagno», el cetro gótico, la cruz imperial, el fragmento de la Veracruz y la copa de ágata, supuesto santo Grial³⁶.

El tesoro imperial de la Hofburg de Viena encierra también las joyas y objetos pertenecientes a la Orden del Toisón de Oro, fundada en 1423 por Felipe el Bueno, duque de Borgoña. entre ellos la cruz del juramento de la orden y el gran collar, que luce las dos bes entrelazadas de la Casa de Borgoña y el cordero que representa el vellocino de oro de la gesta mitológica de Jasón, todos ellos, junto a los restantes objetos del tesoro ya reseñados, símbolos tradicionales de profundo simbolismo mágico, herencia de la tradición imperial carolingia y alemana que pasaron a la Casa de Austria a través del patrimonio hereditario, unos de los Hohenstaufen y otros de la Casa de Borgoña. Los Habsburgo, con el tiempo emperadores de Alemania y Austria, y reyes de España, Bohemia y Hungría, proceden de Altenburg (hoy Suiza), del feudo de Habichtsburg, «la Morada del azor», ave que, posada en la mano izquierda de un caballero, simboliza a los templarios. Los grandes maestros de la Orden del Toisón de Oro son el rey de España, quien teóricamente es archiduque de Austria, y el heredero de la Corona imperial austro-húngara.

Durante el *Anschluss* de Austria (1938-1945) Hitler se apoderó de la santa lanza y la enterró en un lugar que él mismo eligió, en Nuremberg, ciudad en que, precisamente, serían juzgados sus generales en 1945, al término de la contienda. Como es sabido, Hitler, a quien al parecer interesaban sobremanera todos estos secretos de la tradición oculta, proyectaba crear un Estado de exclusivo dominio de las SS —como colofón al Estado nazi que, en teoría, se debería extender por todo el planeta—, precisamente en los territorios pertenecientes al ducado de Borgoña, el Franco Condado y Hainaut³⁷.

³⁶ Viena, Acento Editorial, Madrid, 1994.

³⁷ PAUWELS, L. y BERGIER, J.: El retorno de los brujos, op. cit.

5.4. El santo Grial

Wolfram von Eschenbach (hacia 1170-1220), un caballero bávaro que compuso inspirados himnos y baladas, es el autor del extenso, poema narrativo *Parzival* que sigue la línea de otro famoso trovador, Chrétien de Troyes, quien también compuso poemas dedicados a este héroe legendario (Parsifal). Ambos poemas crearon o rescataron de las profundidades de la tradición mítica europea la leyenda del sonto *Grial*, que es sin duda el cáliz en que Nuestro Señor bebió el vino durante la Última Cena y, según algunos, donde José de Arimatea recogió las gotas de sangre que manaron de su costado en la cruz. El cáliz del Grial dio después paso a las leyendas del ciclo artúrico, donde el fabuloso recipiente es también una copa que simboliza al hombre superior, renovado a través de la espiritualidad. Al cáliz, que nunca fue encontrado, se le suponen virtudes maravillosas. Otros hablan de un simbolismo místico en el que la búsqueda de este tesoro corresponde al legítimo intento de encontrar una vía superior de realización espiritual³⁸.

5.5. El arte gótico.

Descubrir los presupuestos geométricos, matemáticos y arquitectónicos del arte gótico para que éste floreciera en Europa se suele enumerar como uno más de los pretendidos fines ocultos de la orden. Aunque aparece más como una consecuencia de la labor templaria que una finalidad en sí, lo cierto es que el arte gótico surgió en Europa a partir del establecimiento de la orden en Tierra Santa y que en unos pocos años —excesivamente pocos para las dificultades técnicas y financieras de un continente asolado por el hambre, la carestía y las guerras continuas— se alzaron al cielo las agujas de un arte arquitectónico concebido con un criterio eminentemente espiritual: de 1150 a 1220 se construyeron la mayoría de las catedrales góticas francesas, muchas de ellas de considerables dimensiones (Reims, Rúan, Chartres, París entre otras). En ellas se ha querido ver —sobre todo en la de Chartres— el medio en el que se ha depositado toda una tradición oculta y una sabiduría ancestral: en sus capiteles y gárgolas, en sus símbolos tallados en la piedra, en sus medidas y proporciones, en la disposición de sus espacios, sus galerías y sus torres, en la altura de sus agujas y campanarios se ha pretendido leer todo un código que, según algunos autores, procede de los antiquísimos saberes que la humanidad ha guardado celosamente en escondidas tradiciones y a los que quizá accedieron Salomón, Moisés y otros grandes jerarcas y sabios de la Antigüedad. Y, por qué no, también los templarios³⁹.

5.6. El neotemplarismo

A partir de la disolución de la orden, parece haber datos para poder afirmar que el Temple

³⁸ PHILLIPS, G.: *En busca del santo Grial*, Edhasa, Barcelona, 1996. BERLING, P.: *Los hijos del Grial*. op. cit.

³⁹ FULCANELLI: *El misterio de las catedrales*, Biblioteca Fundamental Año Cero, Madrid, 1994. CHARPENTIER, L.: *El enigma de la catedral de Chartres*, op. cit.

«resurgió secretamente en el mismo momento de la muerte de Molay», que se eligió un nuevo maestro y que todo siguió su curso, subterráneamente.

En los siglos posteriores, bien es cierto, se crearon órdenes, logias y sociedades secretas relacionadas con otras ya existentes de trayectoria esotérico-mística (rosacruces, gnósticos, cataros) y con la francmasonería, que han recurrido en mayor o menor medida al mito templario, en su denominación, formas, ideales o presupuestos ideológicos y base doctrinal, y que van desde las que se contentan con la simple imitación hasta las que, arrogándose el derecho de ser las auténticas sucesoras de la Orden del Templo de Salomón, resultan en su trayectoria ideológica completamente opuestas a lo que los historiadores y estudiosos consideran templarismo.

Según parece, el Temple pervivió desde la muerte de Molay hasta el siglo XVIII, aunque como sociedad secreta, pues se conocen los nombres de los grandes maestros. Según M. Druon, los templarios fueron los promotores en Francia de las cofradías, que a su vez dieron origen a la francmasonería. Los cofrades dominaron los secretos de la construcción y edificaron en Tierra Santa las grandes fortalezas mediante el denominado «aparejo de los cruzados» y en Europa las catedrales góticas, utilizando métodos procedentes de la más remota Antigüedad, que obraban en conocimiento de los templarios, concedores al parecer de los secretos de la arquitectura funeraria egipcia⁴⁰.

A partir del siglo XVIII y hasta nuestros días surgen, en Europa y Estados Unidos principalmente, diversas órdenes secretas de orientación esotérica y ocultista como las de la Estricta Observancia Templaria (1756) y la de los Caballeros Bienhechores de la Ciudad Santa (1778), por citar sólo dos en un panorama amplio que no siempre se ciñe a las denominaciones templarias tradicionales. Y en este sentido no está nunca de más recordar la curiosa afirmación de Umberto Eco en su novela *El péndulo de Foucault*, que sirve tanto de reflexión como de advertencia: «Los templarios andan siempre por en medio»⁴¹.

5.7. El misterio templario

Sin embargo y tras escudriñar de un modo más atento la trayectoria histórica de la orden y las actitudes de los hermanos, tanto en lo referente a la alta política internacional en la que estuvieron indeleblemente inmersos como a reacciones más discretas y particulares y, por tanto, menos notorias para la generalidad de los investigadores, el historiador no puede por menos de preguntarse: *¿A quién sirve esta Orden?* Al papa, es la respuesta más sencilla, pero no la más completa. Quizá la respuesta deba ser más audaz: Se sirve a sí misma.

Al hacer balance de su actividad en Tierra Santa, de sus supuestos contactos con las religiones de Asia Menor y del próximo Oriente; al observar sus movimientos en pro y en favor del papado y de la Iglesia católica, de su obediencia y resistencia alternativas a los dictados de la Santa Sede; de sus movimientos ondulatorios frente al Imperio, surge de nuevo el interrogante: *¿Qué pretende realmente esta orden?*

Desde un punto de vista que abarque esos dos siglos de actuaciones y hechos concatenados

⁴⁰ DRUON, M.: *El rey de hierro*, op. cit.

⁴¹ «I Templan c'entrano sempre», Eco, U.: *Il pendolo di Foucault*, cap. 65, Bompiani, Milán, 1988.

y muchas veces contradictorios o incomprensibles, sin relación causa-efecto, sin desarrollo coherente y lógico, y, en otras ocasiones, desde un punto de vista político o social, la orden no parece tener más dueña que ella misma, no da la impresión de seguir los dictados de nadie sino sólo los que establecen sus propios intereses.

¿El santo Padre no colabora? Pues la orden le hace la guerra interna, solapadamente, y apoya o finge situarse del lado del emperador. ¿El Imperio no cede? Pues el Temple saca a relucir su estrechísimo lazo con Roma y su condición de hijo predilecto del santo Padre. Pero los templarios, que saben tantas cosas, saben también que «no se puede servir a dos señores». ¿Entonces a quién sirven?

Son acusados por muchos de estar secretamente del lado de los cataros, pero no mueven un dedo para salvarlos de la hoguera —aunque en Provenza y el Languedoc muchos albigenses se refugiaron en los castillos templarios y salvaron sus vidas—. Son acusados de entrar en connivencia con el infiel y practicar en secreto sus ritos y comulgar con la herejía, pero luego su terrible brazo ejecutor aniquila y diezma las tropas sarracenas en Tierra Santa, se erige en flagelo temible de moros e infieles en España. La orden presume de pobreza y es inmensamente rica. Se vanagloria de su humilde servicio a la cristiandad y es terriblemente poderosa.

Entonces, ¿por qué cae de un día para otro? ¿Cae porque la han abandonado sus aliados, el papa, el rey de Francia? Una mirada perspicaz basta para comprender enseguida que el papa, el rey de Francia, el emperador nunca fueron, en verdad, sus aliados. Quizá eran, en todo caso, sus enemigos, aunque la orden tuvo siempre la precaución de mantenerlos a raya y no dejar que ese terrible secreto trascendiera a una humanidad como la medieval, necesitada de bálsamos espirituales y grandes verdades humanitarias.

Hemos visto a sus hijos correr de aquí para allá, de Tierra Santa a Inglaterra, de allí a los confines de España o de Hungría. Hemos asistido a sus negociaciones con cabalistas y *ashashins*, a sus complots con cataros y teutónicos, a su rivalidad —extraña postura para órdenes religiosas que se deben respeto y caridad— con los hermanos del Hospital y con los de otras órdenes. Y sin embargo, da la sensación de que se ha pretendido cambiarlo todo para que todo quede igual. ¿Acaso, sin que sepamos por qué, esa actividad frenética en la superficie del mundo y de la Europa de los siglos XII y XIII no parece ficticia? ¿Acaso no se vislumbra algo más, agazapado debajo de tanto movimiento? Los interrogantes cruciales se agolpan.

Y cuando más encumbrada está, cuando más poder ostenta, se produce algo sorprendente: los hermanos son perseguidos, detenidos y confinados en fortalezas, interrogados, torturados, conducidos a la hoguera. Y después, nada. Después la orden desaparece aparentemente de la superficie de la Tierra. ¿Qué ha fallado? ¿Por qué ese fracaso, esa caída irremisible y definitiva? ¿Qué poder, qué apoyo ha dejado de su mano a la todopoderosa Orden del Templo de Salomón de Jerusalén?

Ése será siempre el enigma de los templarios que tantos historiadores y eruditos han pretendido descifrar desde que el Temple se convirtió en cenizas y sus hermanos se dispersaron y desaparecieron en el anonimato de otras órdenes de menos importancia.

Y pese a todos los esfuerzos realizados, no hay respuesta.

VI. ANEXOS

6.1. Glosario de términos y personajes

Albigenses o cataros: miembros de la secta cristiana que surgió en la ciudad de Albi, en el condado de Tolosa, en el siglo XII, de inspiración maniqueísta. Su predominio se extendió por toda Provenza y el Languedoc, hasta que Inocencio III decretó la «cruzada contra los albigenses», encabezada por Simón de Montfort. Tras la toma de Béziers, Narbona y Montségur (1124), los cataros, también llamados «puros» o «perfectos», fueron aniquilados a centenares por la Inquisición.

Amaury II de Lusignan (1144-1205). Rey de Jerusalén (1197-1205) y de Chipre. Accedió a la Corona jerosolimitana a través de su matrimonio con Isabel I (1197).

Amaury I (1135-1174). Rey de Jerusalén (1163-1174). Hijo de Fulco V. Sucedió a su hermano Balduino III.

André o Andrés de Montbard (siglo XII). Según algunos autores, maestre del Temple (1153-1156) (?) y uno de los nueve primeros templarios que viajaron a Tierra Santa para la fundación de la orden. Era tío de san Bernardo.

Angevinos. Pertenecientes o partidarios de la Casa de Anjou, en un principio condal y luego ducal. La política de Carlos de Anjou, hermano de Luis IX de Francia, creó en Sicilia el partido angevino y de la Casa real de Anjou (1268), cuya preponderancia terminó con la matanza de las Vísperas Sicilianas (1282). Los descendientes de la Casa de Anjou siguieron reinando en Nápoles y en Jerusalén, cuyo trono habían usurpado a los Hohenstaufen.

Archambaud de Saint-Amand (siglo XII). Caballero flamenco y uno de los nueve primeros templarios que viajaron a Tierra Santa para la fundación de la orden.

Balduino II Porfirogeneta (1217-1273). Emperador latino de Oriente (1240- 1261). Casó con María, hija de Juan de Brienne, rey de Jerusalén. Después de la toma de Constantinopla por los ejércitos de Miguel VIII Paleólogo, emperador de Bizancio, Balduino huyó a Occidente.

Balduino II (1100-1118). Rey de Jerusalén y conde de Edesa, llamado *Balduino del Burgo*. Sucedió a su primo Balduino I en la titularidad del reino de Jerusalén y posteriormente (1130) a su yerno Bohemundo II en el principado de Antioquía.

Balduino V (1176-1186). Rey de Jerusalén (1185-1186). Hijo de la princesa Sibila y Guillermo de Montferrato, sucedió a su tío, Balduino IV. Murió prematuramente.

Balduino III (1131-1163). Rey de Jerusalén (1143-1163). Hijo de Fulco V de Anjou y Melisenda de Jerusalén. Organizó la II Cruzada comandada por Luis VII de Francia. Tomó Ascalón en 1153.

Balduino IV el Leproso (1160-1185). Rey de Jerusalén (1174-1185). Hijo de Amaury I y de Inés de Courtenay-Edesa. Protegió a su sobrino Balduino (V), al que asoció al trono.

Balduino I (1098-1100). Rey de Jerusalén y conde de Edesa, llamado *Balduino de Boulogne*. Hermano de Godofredo de Bouillon, le sucedió en el trono del reino latino de Oriente, territorio que amplió con la conquista de San Juan de Acre, Beirut y Sidón a los sarracenos (1104-1110).

Barres, Everardo des. Tercer gran maestro del Temple (1149-1152).

Baybars I (d-Malik al-Zahir Rukn al-Din al-Sahlihi, 1223-1277), sultán de Egipto. Se esforzó denodadamente por reconquistar los reinos latinos de Tierra Santa y ocupó Cesárea, Jaffa, Antioquía y finalmente el Crac de los Caballeros (1271), mediante la argucia de falsificar una misiva del conde de Trípoli a la guarnición, que se rinde.

Beaujeu, Guillermo de. Vigésimoprimer gran maestro del Temple (1273-1291).

Bérard, Tomás de. Vigésimo gran maestro del Temple (1256-1273).

Bernardo de Claraval, san (1090-1153). Abad de Claraval (Clairvaux, Francia). Predicó la II Cruzada (1144). Inspirador y quizá creador de la Orden del Temple, de la que redactó sus estatutos.

Blanquefort, Beltrán o Bernardo de. Sexto gran maestro del Temple (1156-1169).

Bonifacio VIII, papa (1215-1303). Fue elegido papa en 1294, después de que abdicara Celestino V. Sus continuas bulas y excomuniones contra Felipe IV de Francia, originadas por la pretensión papal de doblegar la autoridad del rey, provocaron la definitiva hostilidad de éste. Pese a haber canonizado a su abuelo —san Luis, rey de Francia—, Felipe IV envió a Nogaret y a Sciarra Colonna a Roma, y este último abofeteó al pontífice, que murió un mes después a causa de la violencia de los hechos.

Bulas papales. Documentos que redacta el pontífice romano y que tienen rango de carta en la que otorga mercedes o privilegios, instituye misiones o dispone su voluntad respecto de un determinado asunto. Las de 1139 y 1312 crearon y suspendieron respectivamente la Orden del Temple. El nombre o título de la *bula* corresponde a las primeras palabras con las que empieza el texto pontificio.

Bures, Ricardo de. Decimoséptimo gran maestro del Temple (1244-1247).

Caravaca. Ciudad de Murcia que perteneció desde 1244 a los templarios de Castilla. El santuario de la Cruz (siglo XVII) está construido sobre planos de Francisco de Mora, discípulo de Juan de Herrera. La famosa cruz templaria, de factura patriarcal, es un importante objeto de veneración a causa de su leyenda, pues al parecer fue descubierta por la propia santa Elena, madre del emperador romano Constantino.

Carlos I de Anjou (1226-1285). Conde de Anjou, del Maine y de Forcalquier, y rey de Sicilia. Hijo de Luis VIII y de Blanca de Castilla. Con la aquiescencia de su hermano, san Luis, rey de Francia, y del papa, se apoderó del reino de Sicilia tras vencer y dar muerte en Benevento a Manfredo Hohenstaufen (1266) y en Tagliacozzo a Conrado V (1268). En 1277 compró la titularidad del reino de Jerusalén, cuya Corona pertenecía de derecho a los Hohenstaufen, igual que Sicilia. Tras las *Vísperas Sicilianas* y el desembarco catalano-aragonés en la isla de Sicilia, Carlos reinó sólo en Nápoles, pues la isla quedó en poder de Pedro III de Aragón y de Constanza Hohenstaufen.

Castilla-León, preceptoría de. En un principio, el territorio castellano-leonés perteneció a la

provincia o preceptoría templaria de Portugal. Más tarde pasó a poseer identidad propia. Los reyes de Castilla-León de la época templaria fueron: Alfonso VI; Urraca; Alfonso VII; Sancho III y Fernando II (Castilla-León); Alfonso VIII y Alfonso IX (Castilla-León); Enrique I (Castilla); Berenguela y Alfonso IX (Castilla-León); Fernando III; Alfonso X — protector de los templarios—; Sancho IV; Fernando IV.

Chartres, Guillermo de. Decimocuarto gran maestro del Temple (1119-1198).

Císter, Orden del. Fundada por san Roberto en 1098, la orden del Císter (Cîteaux. Francia) pretendía regresar a las fuentes de austeridad, pobreza y contemplación que había trazado san Benito, desvirtuadas al parecer en las reglas benedictinas de Cluny. Tras la reforma, la orden religiosa se expandió durante el gobierno de su tercer abad, san Esteban Harding (1119) y merced a la obra de san Bernardo, fundador de Claraval (Clairvaux).

Clemente V (?-1314), papa. Fue el primer romano pontífice que fijó la sede apostólica en Aviñón. Convocó el concilio de Vienne (1311-1312) que disolvió la Orden del Temple.

Clermont-Ferrand, concilio de (1095). De este concilio surgió la iniciativa de predicar la I Cruzada.

Conrado IV Hohenstaufen (1228-1254). Rey de romanos, rey de Sicilia y de Jerusalén (1228-1254). Hijo de Federico II y de Isabel de Brienne. Pese a sus intentos por conquistar el sur de Italia, tuvo que conformarse con gobernar su ducado de Suabia, pues murió prematuramente.

Conrado V Hohenstaufen, duque de Suabia, llamado Conradino (1252-1268). Rey de las Dos Sicilias; rey de Jerusalén (1254-1268). Hijo de Conrado IV, rey de Sicilia, y de Isabel de Baviera; nieto del emperador Federico II. Muere en Nápoles a los dieciséis años, ejecutado por orden de Carlos de Anjou, con lo que termina la hegemonía alemana en el reino de las Dos Sicilias. Según la leyenda, Conradino arrojó desde el cadalso un guante, que más tarde fue a parar a manos de Constanza, esposa de Pedro III de Aragón y Cataluña. Este monarca se encargaría después de dar cumplida venganza a la sangre de los Hohenstaufen tan trágicamente derramada.

Conrado III Hohenstaufen (1093-1152). Emperador de Alemania (1138-1152) y rey de romanos. Hijo de Federico I de Suabia. Durante su reinado surgieron las disputas entre güelfos y gibelinos. Apoyó y dirigió la II Cruzada.

Constantinopla, imperio latino de. Estado creado en 1204 por los cruzados de la IV Cruzada y los venecianos. Sus primeros monarcas fueron: Balduino I, conde de Flandes y de Hainaut (1204-1205), su hermano Enrique (1206-1216), Pedro de Courtenay (1217), esposo de la hermana de los anteriores, y luego ésta, Yolanda (1217-1219).

Craon, Roberto de. Segundo gran maestro del Temple (1136-1149).

Domingo de Guzmán, santo (1170-1221). Fundador de la orden de los predicadores dominicos. Pese a que el religioso no aceptó incorporarse a la *crucada* contra los albigenses, su orden fue la piedra angular del Santo Oficio, participó activamente en la persecución contra los herejes y llevó todo el peso en las perquisiciones durante el proceso contra los templarios (1307). En 1234 fue canonizado por Gregorio IX.

Dos Sicilias, reino de las. Reino constituido por los territorios del Sur de Italia —Nápoles y la isla de Sicilia— y gobernado durante los siglos XII, XIII y XIV por franconormandos

(Casa de Hauteville o Altavilla), alemanes (Hohenstaufen), franceses (angevinos) y catalano-aragoneses. Se llamó también reino de Nápoles y Sicilia.

Enrique VI Staufen, llamado *el Cruel* (1165-1197). Emperador del Sacro Imperio, rey de romanos, rey de Italia. Hijo de Federico I Barbarroja y padre de Federico II. Casado con Constanza de las Dos Sicilias (1186), su reinado se caracterizó por la intolerancia y la represión de sus enemigos, entre ellos la alta nobleza normando-italiana de las Dos Sicilias, que se alza contra los opresores alemanes en 1197 y es sangrientamente reprimida y castigada. Muere en 1197, al parecer envenenado por su esposa.

Errall, Gilberto de. Duodécimo gran maestro del Temple (1194-1201).

Federico I Barbarroja (1122-1190). Emperador del Sacro Imperio (1152-1190). Su reinado se caracterizó por la oposición al papado y las guerras en Italia, para someter los territorios del Norte a la hegemonía imperial (destrucción de Milán, 1162). Jefe de la Casa de Hohenstaufen, participó en la III Cruzada (1187), en el transcurso de la cual murió mientras se bañaba en el río Cydnos.

Federico II Staufen o Hohenstaufen (1194-1250). Emperador germánico (1220-1250), rey de Alemania, rey de romanos, rey de Sicilia y de Jerusalén. De enigmática personalidad, su actuación política osciló entre la defensa de los intereses de la cristiandad y sus particulares puntos de vista filosóficos. Luchó contra el papado para afianzar el poder imperial frente al deseo de hegemonía temporal de la Iglesia católica; renuente a aceptar su autoridad, fue excomulgado dos veces. Organizó la VI Cruzada y pactó con el sultán de Egipto la entrega de Jerusalén. Su muerte señaló el final de la Casa de los Staufen y dejó Alemania e Italia sumidas en la anarquía. Casó en 1229 con Isabel, hija de Juan de Brienne, por lo que fue coronado rey de Jerusalén; en 1235 casó con la princesa Isabel de Inglaterra, de la Casa de Welf.

Felipe II Augusto (1165-1223). Rey de Francia, hijo de Luis VII y Adela de Champaña. Dirigió en 1187 la III Cruzada, secundado por su vasallo, Ricardo Corazón de León, quien no le escatimó humillaciones, pues era más poderoso, pero éste fue derrotado y muerto en el Limousin por los ejércitos franceses (1199).

Felipe III el Atrevido (1245-1285). Rey de Francia. Hijo de Luis Di, rey de Francia, llamado el Santo, y de Margarita de Provenza. En 1262 casó con la princesa Isabel de Aragón y en 1272 con María de Brabante. Fue padre de Felipe IV el Hermoso.

Felipe IV el Hermoso (1268-1314). Rey de Francia de la Casa de Capeto. Hijo del rey de Francia Felipe III el Atrevido y de Isabel de Aragón. En 1284 casó con Juana de Champaña, reina de la Navarra francesa transpirenaica. A su muerte reinaron sus hijos sucesivamente: Luis X, Felipe V y Carlos IV. Su hija Isabel fue reina de Inglaterra por su matrimonio con el rey Eduardo II. La animadversión al Temple y su deseo de enriquecimiento a costa de los bienes de la orden lo condujo a presionar al concilio de Vienne para que los cardenales promulgaran la disolución de ésta, lo que ocurrió en 1312.

ANEXOS

Fulco de Villaret (7-1327). Gran maestro de la Orden del Hospital e San Juan (1305-1327) en la época de la disolución del Temple. Se opuso a la unificación de las órdenes militares. Asedió y conquistó Rodas en 1309, que hizo sede de la orden.

Gaudin, Teobaldo de. Vigésimosegundo gran maestre del Temple (1291-1294).

Geoffroy Bisol (siglo XII). Caballero templario. Uno de los nueve primeros que viajaron a Tierra Santa para la fundación de la orden. Nada más se sabe de su vida.

Cibelinas (de la Casa alemana de Weiblingen). Partidarios del emperador sobre el papado.

Godefroy (siglo XII). Caballero templario. Uno de los nueve primeros que viajaron a Tierra Santa para la fundación de la orden. Nada más se sabe de su vida.

Godofredo de Bouillon (1061-1100). Godofredo IV de Boulogne, duque de la Baja Lorena. Fue el adalid e inspirador de la I Cruzada, hasta el punto de que para sufragar los gastos de la empresa vendió su ducado y marchó a Tierra Santa. Tras la toma de Jerusalén en 1099 fue proclamado *protector* del Santo Sepulcro.

Godofredo de Charney (7-1314). Caballero templario, preceptor de Normandía. Durante los interrogatorios en París (1307) admitió los cargos que se le hacían a la orden de idolatría y sodomía. Tras retractarse en 1314, fue condenado y murió en la hoguera, junto a Jacobo de Molay.

Godofredo de Saint-Omer (siglo XII). Caballero francés, uno de los nueve primeros templarios que viajaron a Tierra Santa para la fundación de la orden.

Gondemare (siglo XII). Caballero templario. Uno de los nueve primeros que viajaron a Tierra Santa para la fundación de la orden. Nada más se sabe de su vida.

Güelfos (de la Casa alemana de Welfen). Partidarios del poder temporal del papado.

Harding, san Esteban 11109-1134). Abad de Citeaux e impulsor de la reforma cisterciense en la orden benedictina de Cluny.

Hauteville, Casa de. Casa real de los reyes normandos de Sicilia, procedente de Tancredo de Hauteville y sus doce hijos. *Constanza*, hija de Guillermo III de Hauteville, rey de las Dos Sicilias, casó en 1186 con el emperador germánico Enrique VI, con lo que el reino napolitano pasó a ser patrimonio de los Staufén.

Hermann de Salza (1170-1239). Gran maestre de los Caballeros Teutónicos fiel a Federico II Hohenstaufen, quien le otorgó el título de príncipe del Imperio. Al frente de su orden conquistó Prusia para el emperador.

Honorio II, papa (1124-1130). Aprobó los estatutos del Temple. *Hospital de San Juan Limosnero de Jerusalén, Orden de los caballeros del.* Orden militar fundada en 1113 por Raimundo de Puy y sancionada por Pascual II. Dedicada al cuidado de enfermos y heridos, actuó primordialmente en Tierra Santa, donde rivalizó sin cesar con los templarios. Muy pronto sirvió a los intereses de los príncipes cruzados y del reino de Jerusalén y, como el Temple, combatió contra sarracenos y musulmanes. En 1565 la orden, que tras la pérdida de Tierra Santa se había circunscrito a Malta bajo la protección de Carlos V, recibió la denominación de *Orden de Malta*. En la actualidad tiene sede en Roma y se considera Estado soberano.

Hugo III (7-1284). Rey de Chipre y de Jerusalén (1269-1284). Hijo de Enrique de Antioquía y de Isabel de Lusignan.

Hugo de Champaña (siglo XII). Conde de Champaña y décimo caballero templario de los que viajaron a Tierra Santa para la fundación de la orden.

Hugo de Pairaud (siglos XIII-XIV). Visitador general de la orden del Temple. Sufrió tortura y declaró en el proceso contra la Orden. Admitió las acusaciones de herejía y sodomía que inculpaban a la orden.

Hugues de Payns o Hugo de Payens (h. 1070-1139). Caballero cruzado, primer gran maestre de la Orden del Temple y fundador de la misma (1118-1136).

Inocencio III (1198-1216). Giovanni Lotario, conde de Segni, preceptor del emperador Federico II Staufen durante la minoría de éste. Coronado pontífice romano en 1198, se distinguió por su afán centralizador en el gobierno papal. Impulsó la IV Cruzada y la *crusada* contra los albigenses. Impuso la hegemonía feudal pontificia a Inglaterra, Portugal, Aragón y Cataluña, Castilla, Polonia, Hungría, Dinamarca y Suecia y Bulgaria.

Inquisición, Santo Tribunal de la. Creado en 1231 por Gregorio IX para combatir los excesos de la herejía en el seno de la cristiandad, muy pronto resultó, en manos de los dominicos, un arma de considerable poder político. Tras las herejías cataras y albigenses, valdenses y otras —además de su intervención directa en el proceso contra los templarios (1307)—, el Santo Oficio actuó contra judíos, musulmanes y otros, pretendiendo su conversión. Para ello no dudó en recurrir a la tortura y a métodos más expeditivos, incluida la muerte en la hoguera o por otros medios. Desde los templarios a Juana de Arco (1431), la fuerza de su brazo se hizo sentir en Europa entera contra herejes, disconformes y oponentes ideológicos de la Iglesia católica. En España y hasta su supresión en el siglo XIX, se cobró miles de víctimas; su intransigencia hizo tristemente célebres los *autos de fe*, en los que los declarados herejes ardían en la pira, sin consideración de edades o clases sociales, ante el alborozo popular y la complacencia de los príncipes y los jerarcas eclesiásticos. En 1995 Juan Pablo II pidió perdón en nombre de la Iglesia católica por las injusticias cometidas por el Santo Oficio en defensa de la fe.

Jambo de Molay (h. 1244-1314). Último y vigesimosegundo gran maestre del Temple (1294-1314), donde ingresó en 1265. Después de que el concilio de Vienne decretase en 1312 la disolución de la orden y la persecución y proceso público de sus miembros, fue desposeído de sus cargos y bienes. Torturado, confesó las faltas contra la orden que exigía la instrucción del proceso, para retractarse luego públicamente. Declarado relapso, murió en la hoguera, junto al preceptor de Normandía, el segundo cargo de importancia en la orden en París, el 19 de marzo de 1314, en la isla de los Judíos, frente a la iglesia de Notre-Dame.

Jaime I el Conquistador (1208-1276). Rey de Aragón y Cataluña. Hijo de Pedro II de Aragón y María de Montpellier. Fue rehén de Simón de Montfort, quien lo custodió en Carasona y lo devolvió a sus súbditos gracias a la contundente bula de Inocencio III. A partir de entonces se educó en Monzón, sometido a la autoridad del gran maestre del Temple. En 1220 casó con Leonor de Castilla. Conquistó Mallorca e Ibiza (1232-1235) y Valencia (1238). Casó después con Violante de Hungría y posteriormente con Teresa Gil de Vidaure. Junto a Alfonso X de Castilla luchó denodadamente por la reconquista de la península Ibérica a los sarracenos; obtuvo grandes triunfos bélicos, fue un destacado combatiente y un monarca ilustrado, erudito e inició el expansionismo catalano-aragonés por el Mediterráneo.

Jerusalén, reino de (1099-1291). Estado constituido en Jerusalén territorios circundantes después de la toma de esta ciudad a los sarracenos en 1099. Los príncipes europeos

ofrecieron la corona a Godofredo de Bouillon, tras el que reinaron diversos monarcas de la Casa de Boulogne, Montferrato, Lusignan, Hohenstaufen, Anjou y otras. Durante el gobierno de los Balduinos, el reino se caracterizó por la libertad de expresión y de cultos, llegando a celebrarse los filos de las tres religiones en los mismos templos. Tras la toma de Jerusalén por Saladino y la caída de San Juan de Acre! 1291) terminó la efímera hegemonía de este reino en Palestina.

Juan de Brienne o Breña (1148-1237). Rey de Jerusalén (1210-1225), emperador latino de Oriente (1231-1237). Casó con María de Montferrato, reina de Jerusalén, por lo que accedió a la corona jerosolimitana. Su hija Isabel casó con el emperador de Occidente Federico II Hohenstaufen y su hija María con el emperador de Oriente Balduino II.

Letrán, concilio de (1215). En este concilio se predicó la V Cruzada.

Luis IX (1215-1270). Rey de Francia, llamado san Luis de los Franceses o san Luis rey de Francia. Hijo del rey Luis VIII de Francia y de Blanca, princesa de Castilla. Casó en 1234 con Margarita de Provenza. Dirigió la VII Cruzada y participó en la VIII, en la que murió. Bonifacio VIII lo canonizó en 1296.

Lusignan o Lusiñán. Familia noble procedente de Poitou (Francia), cuyos descendientes accedieron al trono de Chipre (1192) y Jerusalén (1269). Hugo III de Poitiers-Lusignan (?-1284) fue titular de ambas Coronas.

Lyon, concilio de (1245). En este concilio se predicó la VII Cruzada.

Montagut. Pere de. Decimoquinto gran maestro del Temple (1219-1232).

Montbard, Andrés de. Quinto gran maestro del Temple (1153-1156).

Naples, Felipe de Milly o de. Séptimo gran maestro del Temple (1169-1171).

Nogaret, Guillermo de (1265-1314). Caballero francés. Juez por designación real de la senescalía de Beaucaire, se opuso continuamente a la injerencia de la Santa Sede en los asuntos internos de Francia. En 1303 encabezó la operación contra Bonifacio VIII en Anagni. Tras acceder al cargo de guardasellos real en 1307, instruyó el proceso contra el Temple.

Órdenes militares. Estas agrupaciones religioso-militares se crean era el fin de defender a la fe católica de los ataques de los sarracenos en territorios asolados o conquistados por éstos: es decir, la península Ibérica y Tierra Santa y tienen su antecedente remoto en las órdenes de caballería medievales. Además de las Órdenes del Temple y de San Juan del Hospital existieron principalmente la de los Caballeros Teutónicos, que se fusiona en 1237 con la de los caballeros alemanes de los Portaespadas. En Portugal existió la Orden de Crisita, fundada para acoger a los templarios tras la disolución de dicha Orden y en España la de Calatrava, principalmente, con la misma finalidad. Otras paralelas y afines han sido las de Monfragüe o Monsfrag, Montegaudio o del Santo Redentor, en Extremadura y luego en Teruel y Aragón, que se unieron después a la de Calatrava; la de Montesa, en el reino de Valencia; Alcántara y Santiago entre otras.

Payen de Montdidier (siglo XII). Caballero flamenco y uno de los nueve primeros templarios que viajaron a Tierra Santa para la fundación de la orden.

Pedro II el Católico 11177-1213). Rey de Aragón y Cataluña, hijo de Alfonso el Casto y

Sancha de Castilla. En 1204 casó con la condesa María de Montpellier, madre que sería de Jaime I. Durante la *cruzada* contra los albigenses, Pedro corrió en auxilio de Ramón VI de Tolosa, vasallo y cuñado suyo, y de los vizcondes de Béziers y Carcasona, que le debían obediencia feudal; pero enfrentado a Simón de Montfort en 1213 el rey pereció en la batalla de Muret, con lo que terminaron las expectativas catalano-aragonesas en Occitania.

Pedro III el Grande (1240-1285). Rey de Aragón y Cataluña, de Valencia y de Sicilia. Hijo de Jaime I y de Violante de Hungría. Monarca ilustrado y de miras universalistas, casó en 1262 con Constanza Hohenstaufen, a quien el pueblo de Sicilia consideraba legítima heredera. En 1282 desembarcó en este reino, sometido a la Casa de Anjou, que lo nombró su libertador y lo coronó rey, con lo que la dinastía catalano-aragonesa prolongó su gran expansión mediterránea. Rival eterno de Carlos de Anjou, sufrió la oposición del rey de Francia y del papa, quien lo excomulgó y concedió sus reinos a los franceses; no obstante, Pedro III supo defender sus tierras y mantener su hegemonía.

Péngord, Armando de. Decimosexto gran maestro del Temple (1232-1244).

Plessis, Felipe de. Decimotercero gran maestro del Temple (1201-1210).

Raimundo VI de Tolosa (1156-1222). Conde soberano de Tolosa (Toulouse). Fue excomulgado por Inocencio III por apoyar a sus feudatarios albigenses. En 1215, Simón de Montfort, enviado del rey de Francia para sostener la interdicción papal, asedió durante dos años la ciudad condal, desposeyó a Raimundo e inició con toda impunidad la matanza de herejes en Provenza y en el Languedoc. El concilio de Letrán (1215) concedió el feudo de Tolosa a Montfort y Raimundo huyó a Inglaterra. En 1217 el conde recuperó su feudo gracias a la intervención de los ejércitos del rey de Aragón y Cataluña.

Ricardo Corarón de León (1157-1199). Rey de Inglaterra y duque de Aquitania. Participó en la III Cruzada y tomó San Juan de Acre (1191). En lo esencial, su política arruinó considerablemente la labor consolidadora que su predecesor, Enrique II, realizó en Inglaterra. Sus divergencias con diversos príncipes cristianos fueron un gran obstáculo para la consecución de la empresa cruzada: se granjeó la enemistad del emperador Enrique VI y del rey de Francia, Felipe II Augusto, quien apoyó sin trabas a su hermano, Juan sin Tierra, y que lo venció en el Limousin.

Ridefort, Gerardo de. Décimo gran maestro del Temple (1184-1191).

Rosal (siglo XII). Caballero templario. Uno de los nueve primeros que viajaron a tierra Santa para la fundación de la orden. Nada más se sabe de su vida.

Sable, Roberto de. Undécimo gran maestro del Temple (1191-1194).

Saint-Amand, Eudes de. Octavo gran maestro del Temple (1171-1180).

Saladino, llamado en árabe *Salah al-Din Yusuf* (1138-1193). Sultán ayubí de Egipto y de Siria, fundó el mayor imperio musulmán en el Mediterráneo que existió desde el comienzo de las cruzadas. Derrotó a los cristianos en numerosas ocasiones; la toma de Jerusalén por parte de sus ejércitos (1187) marcó el inicio de la decadencia del imperio latino en Oriente.

Sinarquía. Según las teorías de Saint-Yves d'Alveydre, el orden sinárquico es un «gobierno con principios» basado en la enseñanza, la justicia y la economía. El ciudadano está representado por tres estamentos sociales, no políticos, elegidos por sufragio universal, que eligen a su vez a los cuerpos políticos, encargados de ejercer la autoridad y no el poder. El

orden sinárquico contempla el establecimiento mundial de un sistema pacífico y tolerante con ideologías y credos, regido por prohombres de alto nivel intelectual y espiritual.

Sonnac, Guillermo de. Decimooctavo gran maestro del Temple (1247-1250).

Temple, fortaleza. Las posesiones de la orden en París ocupaban un amplio espacio en lo que hoy es el *barrio del Temple*. Poseían iglesia, recinto amurallado, fortaleza, dependencias y torreón. En esta edificación fue recluido Luis XVI, con la familia real, después del asalto a las Tulerías en 1793, de donde sólo saldría para ir a la guillotina. La torre fue derruida en 1811.

Torroja, Arnau de. Noveno gran maestro del Temple (1180-1184).

Trémelay, Bernardo de. Cuarto gran maestro del Temple 1152-1153).

Troyes, concilio de (1128), donde se aprueba la regla del Temple.

Vichiers, Rinaldo de. Decimonoveno gran maestro del Temple 1250-1256).

Vienne, concilio de (1311), donde se disuelve la Orden del Temple.

6.2. Cronología

- 1099 I Cruzada: Godofredo de Bouillon toma Jerusalén.
- 1118 Hugues de Payns y otros ocho caballeros comparecen ante Balduino II para fundar la Orden del Temple.
- 1128 El concilio de Troyes aprueba la regla de la Orden de los Caballeros del Temple.
- 1190 Muere el emperador Federico I Staufen (Barbarroja) en la III Cruzada. Le sucede su segundogénito, Enrique VI.
- 1197 Enrique VI, casado en 1186 con la princesa normando-siciliana Constanza de Sicilia, muere después de un reinado de terror. Le sucede su hijo Federico II, educado por el papa Inocencio III.
- 1198 Otón, conde de Brunswick, es proclamado rey de Alemania y accede a la dignidad imperial en 1209 como Otón IV.
- 1204 Da comienzo la IV Cruzada, acometida por caballeros franceses y venecianos, que pretende la toma de Constantinopla.
- 1207 Se crea la Orden de los Hermanos de la Espada en Livonia, Alemania.
- 1209 Inocencio III proclama la *cruzada* contra los albigenses o cataros en el Languedoc, que terminará en 1229. Otón IV accede a la dignidad imperial.
- 1215 Concilio de Letrán, bajo la autoridad de Inocencio III.
- 1220 Federico II Staufen es coronado emperador en Roma.
- 1228 Da comienzo la V Cruzada. Federico II pacta con el sultán al-Qamil sin que haya derramamiento de sangre. En 1229 el emperador es proclamado rey de Jerusalén.
- 1230 La Orden de los Caballeros Teutónicos se extiende a Prusia.

- 1236 Rendición de Córdoba a los ejércitos castellano-aragoneses.
- 1237 Triunfo de Federico II Staufen sobre las ciudades-repúblicas güelfas del norte y centro de Italia.
- 1241 Los mongoles invaden el Este de Europa. Fernando III cede a los templarios la ciudad de Caravaca.
- 1244 300 templarios mueren en Gaza y el gran maestre Armand de Périgord. Los cruzados asedian Montségur y 200 *puros* suben a la hoguera.
- 1245 Federico II pierde la dignidad imperial por decisión del concilio de Lyon.
- 1250 Muere Federico II Hohenstaufen, emperador de Occidente.
- 1254 Muere Conrado IV, emperador de Occidente. 1266 Por decisión del papa Clemente IV, el reino de las Dos Sicilias pasa a Carlos de Anjou, hermano de Luis IX, rey de Francia.
- 1270 Da comienzo la VII Cruzada. El rey Luis IX de Francia se dirige a Túnez, donde muere.
- 1273 Rodolfo, conde de Habsburgo, es proclamado rey de Alemania.
Da comienzo la hegemonía de la Casa de Austria.
- 1282 Vísperas Sicilianas. Rebelión de los patriotas del reino de las Dos Sicilias contra los ocupantes franceses que, tras la invasión de las tropas de Carlos de Anjou, hermano del rey de Francia Luis IX, habían aniquilado a los últimos Staufen.
- 1307 Los judíos son expulsados de Francia. Encarcelamientos masivos de templarios en París.
- 1312 El concilio de Vienne decreta la disolución de la orden templaria.
- 1314 Mueren en la hoguera 140 templarios. El gran maestre de la orden, Jacobo de Molay, y el preceptor de Normandía son condenados y mueren en la pira.